Educar para Venezuela

Arturo Uslar Pietri

*

© Arturo Uslar Pietri
© Editorial CEC, SA, primera edición agosto 2008
© Editorial Lisbona, primera edición diciembre 1981
Primera reimpresión, enero 1982
Segunda reimpresión, febrero 1982
ISBN: 978-980-388-457-4
Depósito legal: lf54520083703711
Colección Ares, Biblioteca Arturo Uslar Pietri

Gerente de Negocios Los Libros: María Cristina Serrano
Gerente editorial: Miriam Ardizzone
Coordinador editorial: Juan Pablo Mojica
Jefe de arte: Joanna Gutiérrez

Edición y corrección: Paula Cadenas
Diseño de portada: Joanna Gutiérrez
Fotografías de portada: Photos.com
Arte final: Ediplus Producción

© Editorial CEC, S.A.

Rif: J-30448800-9

Los Libros de El Nacional

libros@el-nacional.com

Apartado postal 75194, Caracas 1071-A

Venezuela

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido reproducir parte alguna de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado, sin el permiso previo del editor.

La política de las Repúblicas, en punto a instrucción,
es formar hombres para la sociedad.
Simón Rodríguez

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

Al reunir algunos textos, escritos a lo largo de más de cuarenta años y en diferentes circunstancias, para publicar este libro, se me hacen evidentes ciertos aspectos que debo señalar.

El interés y la preocupación por la educación me ha acompañado a todo lo largo de mi vida. En mis tiempos de estudiante tuve la noción de que ingresar al aula era como penetrar en una mina prodigiosa en busca de nuevas e inesperadas riquezas. Aprender me parecía el más fascinante proceso de la relación humana. Por algunos de mis maestros llegué a sentir algo del deslumbramiento del ciego que comienza a ver.

Más tarde descubrí, con apasionado interés, la incomparable experiencia de enseñar. Dicté cursos a grupos libres, fui profesor universitario, en mi tierra y fuera de ella, conferencista, voz en la plaza pública y, por último, charlista de televisión por décadas. No conozco una relación más enriquecedora y profunda. Nunca he aprendido más, en todos los sentidos, que cuando me he esforzado por enseñar.

No solo he practicado el ejercicio de ese diálogo creador que es la enseñanza sino que, junto con él y como consecuencia de él, me ha apasionado, como cuestión esencial para el hombre y la sociedad, la naturaleza misma del carácter y contenido de la educación. En escritos, en debates, en largas reflexiones y en los dos años en que recayó sobre mí la inmensa responsabilidad de dirigir como ministro de Educación en mi país, volví muchas veces sobre el obligante tema. Como para completarlo y acotarlo en la más vasta dimensión universal tuve la oportunidad de

participar por cuatro largos años en los trabajos de la Unesco en París, como delegado permanente de Venezuela.

A todo lo largo de ese tiempo y de esas valiosas experiencias se confirmó no solo la permanencia y continuidad de una preocupación por la educación sino, además, la afirmación de la noción, cada vez más clara, de que el destino de mi país depende directa e ineluctablemente de lo que haga o deje de hacer en materia de educación. El taller donde Venezuela se hace está en la escuela y en ninguna otra parte, ni siquiera en el despacho de los altos poderes públicos. Si queremos vislumbrar la Venezuela de mañana hay que asomarse a la escuela de hoy.

Algunas nociones que ahora comienzan a parecernos evidentes no lo fueron tanto en el pasado. Casi desde el comienzo de nuestra nacionalidad se miró la escuela como un sistema de transmisión de conocimientos, cuyos procedimientos eran universales e inmutables.

Pocos fueron los que llegaron a preguntar ¿Para qué se enseña? Y una vez decidido el objeto la otra cuestión ineludible: ¿cómo enseñarlo?

Nunca faltaron, para prez de la inteligencia venezolana, voces egregias que lanzaron el grito de alerta sobre los inmensos males que derivaban de aquel aprendizaje rutinario, inerte y superficial, que muy poco o nada tomaba en cuenta la condición de los alumnos, las circunstancias del lugar y los requerimientos del futuro. Todavía resuenan, condenando nuestra desidia centenaria, las palabras inolvidables que en distintas ocasiones lanzaron, casi sin eco, Miguel José Sanz, Simón Rodríguez, el propio Bolívar, Bello, Vargas, Cecilio Acosta y no pocos más, hasta nuestros días.

Cada vez la cuestión se ha ido haciendo más angustiosa y perentoria. ¿Está dando la educación los hombres que este país requiere vitalmente para alcanzar su desarrollo y lograr un destino de pueblo justo y libre? Nadie se atrevería a responder afirmativamente. No sólo no hemos alcanzado ese supremo objetivo, sino que pareciera que cada día nos alejamos más de él, perdidos en un desarticulado y costoso aparato de educación, formal e informal, que se contradice a sí mismo y cuyo rendimiento en calidad y aun en cantidad es cada vez más escaso y más desproporcionado a los inmensos recursos que consume.

Tenemos una educación masificada, sin rumbo y sin rendimiento. No estamos produciendo los hombres que el país necesita. En una hora en que las circunstancias históricas colocan a Venezuela en una dimensión de posibilidades y responsabilidades que nunca antes había conocido en escala nacional y mundial, y en la que han de tomarse decisiones complejas y difíciles en todos los terrenos que afectarán definitivamente su porvenir, la educación venezolana parece literalmente de espaldas al país y casi desligada de él en sus requerimientos esenciales.

La cuestión sigue siendo la misma que surgió desde los orígenes de nuestra existencia independiente. ¿Para qué educamos? La respuesta no puede ser sino una sola. Tenemos que educar para Venezuela. ¿Qué significa esto? Dar a todos los venezolanos una educación efectiva que los haga conscientes de las tareas que el tiempo impone y de la respuesta que de ellos se espera, organizar un sistema de niveles y alternativas que encamine a proveer los trabajadores especializados que las infinitas actividades específicas de un país en crecimiento imponen, y llevar, finalmente, por la evaluación de las aptitudes y el estímulo de la excelencia, aquellos que

estén en capacidad efectiva de aprovecharlos, a los más altos, exigentes y severos niveles de estudio e investigación que aseguren para el mañana la mayor capacidad de decisión y de orientación. Es decir, hacer que todos sirvan, en el límite superior de sus capacidades, para los requerimientos del país que necesitamos tener desde hoy para mañana.

No es una utopía, es una estricta exigencia del tiempo presente. Los países que han logrado alcanzar un alto nivel de vida social y de capacidad económica han sabido hallar esa fórmula, independientemente del sistema político y del credo ideológico. Bien se llamen Japón o Canadá, Alemania del Este o Dinamarca. Cada día más se hace evidente que la verdadera base del poder reside en el saber. Las grandes potencias del futuro serán aquellas que dispongan de mayor y más directo acceso a la ciencia y la tecnología y que estén en capacidad de crearla y aprovecharla. El mundo de la electrónica, el átomo, la genética y la informática ya ha hecho su aparición en el escenario del planeta. Como ha sido observado y dicho tantas veces, la materia prima más preciosa del presente y futuro no será ni el petróleo, ni el hierro, ni el uranio, ni la tierra arable, sino la materia gris.

No se va a preguntar en el futuro, para medir el poderío de un pueblo, cuántas divisiones blindadas tiene, o cuántos kilovatios-hora produce, sino cuál significación tienen sus universidades, qué valen sus sabios y qué número de premios Nobel los han distinguido.

Si creemos que hay una posibilidad real de progreso para Venezuela, que tiene posibilidades efectivas que permitirían alcanzar una alto grado de desarrollo y bienestar para toda su población, si no queremos que continúe siendo un país dependiente y tributario de otros para las cosas esenciales, tenemos que reformar la educación a todos los niveles para formar los

hombres que puedan realizar y dirigir esa transformación salvadora. No hacerlo es renunciar de una vez por todas a esa abierta invitación del destino que todavía se nos ofrece.

Sin cansancio, con inquebrantable convicción, reúno hoy este puñado de palabras, dichas a lo largo de mi vida pública, para lanzarlas nuevamente a los venezolanos, con la esperanza nunca perdida de que quieran oír y además hacer todo lo que hay que hacer en este vía de salvación. Hacerlo ahora porque cada día es más tarde.

Gracias doy a mis cordiales colegas de la Junta Directiva de la C.A. de Seguros la Seguridad, que han resuelto marcar los setenta y cinco años de mi vida de la manera que podía serme más grata, volviendo a poner en circulación estas reflexiones repetidas por tanto tiempo y que continúan siendo de fe y esperanza.

AUP

Caracas, mayo de 1981

LA ESCUELA VENEZOLANA

Hay que esperar mucho y pedir mucho de los maestros. Más que nadie tienen la posibilidad de hacer o deshacer el futuro del país. Y para tan tremendas responsabilidades nunca han tenido mucha cooperación, y ni siquiera la suficiente oportunidad de reflexionar maduramente sobre el rumbo y sobre el encargo.

Ha habido ciertamente desdén para considerar la profesión del maestro, pero ha habido también errores en cuanto a la concepción de su cometido y de su misión. Errores que no solo pesan sobre todo el sistema educativo y sobre la eficiencia de la enseñanza, sino sobre la marcha toda de la vida del país.

Mucho se ha pensado del maestro como de un transmisor de conocimientos. El hombre que aprendió aritmética y la enseña a los que no la saben. En semejante concepción el énfasis se pone inmediatamente sobre la técnica de la transmisión. Que es precisamente lo que por excelencia ha venido a constituir en los últimos tiempos la esencia de la pedagogía. El arte de transmitir conocimientos se ha ido transformando en una compleja ciencia abstracta y llena de filosofías. Un ejercicio especulativo que encuentra dentro de sí mismo sus propias complicaciones y enigmas. Lo que después de todo es tanto como un estudio del medio que se transforma fatalmente en un fin.

Yo he visto a muchos buenos maestros vocacionales bracear desesperadamente dentro del torbellino de la sutiliza pedagógica y naufragar en ella. Idos de la realidad de la escuela a la nube pedagógica. Ebrios de pedagogía abstracta.

Ese morbo pedagógico es uno de los males que turban y amenazan el problema de nuestra educación. Es, después de todo, uno de los muchos síntomas de ese mal nacional que pudiéramos llamar el desarraigo. Es decir, el olvido y abandono del suelo y del medio y de sus requerimientos específicos, para entregarnos a lo conceptual abstracto.

No quiero decir con esto que haya que hacer una hoguera y quemar en ella los tratados de pedagogía. Sino que hay que librar un poco a nuestros maestros de la pesadilla pedagógica. Que por lo menos es tan importante lo que se enseña y el para qué se enseña, que el cómo se enseña. Hacer que ellos piensen más en Venezuela y en sus necesidades que en las técnicas y teorías pedagógicas, porque así lograremos que un día Venezuela toda piense un poco más en sus cosas concretas que en abstracciones e ideologías, la que no sería pequeña revolución.

Lo que más necesita nuestra educación es una cura de simplicidad. Un regresar a los conceptos básicos y a las realidades. Pensar no en la educación y en las maravillosas teorías que han elaborado filósofos de la pedagogía, sino en la educación para Venezuela. Preguntarnos simplemente ¿a quiénes tenemos que educar? Y, luego, ¿para qué tenemos que educarlos?

La simple consideración objetiva, del pueblo venezolano en su realidad dice con suficiente elocuencia lo que necesita. Esa y no otra es la norma pedagógica que debería presidir nuestros sistemas pedagógicos.

Pero esa es precisamente la que menos hemos seguido. Hemos oído y consultado todos los creadores de la ciencia pedagógica, pero muy poco hemos oído al campesino que a la puerta de su rancho está plantado como

un oscuro problema. En el planteamiento de nuestros planes educacionales ese hombre es más importante que el seños Decroly, y lo trágico es ignorarlo a él o mal entenderlo a él, y no a ningún filósofo de la educación.

Lo que necesitamos no es educar de acuerdo con esta o con aquella teoría, sino educar para Venezuela. Una educación hecha para una realidad histórica, social y económica. Una educación que sea camino y no laberinto. Una educación que nos acompañe y no que nos extravíe. Una educación para un ser real y no para un fantasma intelectual.

Esa es la cuestión fundamental y la que le da a la educación su verdadera magnitud. La educación no es el injerto de ideas o la formación artificial de mentalidades, sino el proceso por medio del cual un ser real, un hombre verdadero, llega a su más cabal y fructífero desarrollo. Tiene que partir de una realidad y de la existencia de un ser concreto.

Mal manipulada puede destruir ese ser o condenarlo al fracaso vital. Porque después de todo la educación no es sino una manera de activar y hacer más efectivo el proceso de la asimilación cultural del individuo. Pero ni el individuo es una cosa abstracta ni la cultura es una cosa abstracta. Por el contrario, la cultura no es sino la creciente adecuación del individuo a las condiciones del medio. Una correspondencia y una identidad armoniosas y fáciles. Es entonces cuando la experiencia se vuelve idea y la necesidad se transforma en técnica y en arte. De lo que el mejor ejemplo son los griegos antiguos.

La cultura verdadera es vida porque es experiencia vital acumulada. Por eso alterar el medio cultural es tan grave como alterar el medio biológico. Sus repercusiones no son menos profundas e imprevisibles.

Si alguien pudiera proponernos alterar el medio biológico en que vivimos lo oiríamos con mucho temor y cuidado. Sin embargo, no parece preocuparnos tanto la alteración y desnaturalización del medio cultural que es lo que los maestros pueden hacer todos los días.

Si desde este ángulo consideráramos el proceso de la educación nos iríamos con mucho tiento en todo lo que fuera ensayo pedagógico, en todo lo que pudiera significar alteración a la ligera de la relación de nuestro hombre con su medio, con su experiencia tradicional, con su cultura. Solemos pensar de nuestro hombre del pueblo, de nuestro campesino, como de una tabla rasa, como de un vacío cultural, sobre el que se puede ensayar cualquier cosa, como si con ello no hubiera peligro de romper nada o de perturbar nada.

Y al hacerlo así nos olvidamos de que ese hombre tiene una cultura. No una cultura libresca, sino una cultura tradicional viva. Tiene técnicas inmemoriales de adaptación a su medio, experiencias defensivas heredadas de una centenaria convivencia con las circunstancias que lo rodean, valores morales y espirituales confundidos con la substancia misma de su ser y que se expresan en su música, en sus corridos, en su refranero, en su calendario. Nos olvidamos también de que con todo ese pasado vivo tiene los requerimientos de un presente vivo. Vive sobre una tierra determinada, de una faena especial, en una relación de esfuerzo y de consumo característica.

Hay un riesgo evidente en destruir todo eso para reemplazarlo por nociones librescas. El proceso de aceleración y activación de la cultura, que es la educación, no puede consistir en la destrucción de esos elementos vitales y básicos, sino en su desarrollo, continuación y superación. Lo contrario es

desviar y desarraigar al hombre por medio de una educación falsa y mal concebida.

Por eso no pasa de ser un engaño pensar que se ha resuelto nada con enseñar a leer y a escribir al campesino. Si esa lectura y esa escritura no son el comienzo de un coordinado y maduro plan para desarrollar sus verdaderas posibilidades y llevarlo a satisfacer de un modo mejor y más armonioso sus necesidades, esa enseñanza al voleo y sin conciencia de la realidad cultural a que se aplica la más de las veces no resulta sino en levadura de desarraigo, en ruptura irremediable de la relación del individuo con los requerimientos vitales de su medio.

Hay una contradicción flagrante, una negación de los verdaderos fines de la educación, en no considerar al hombre en la realidad de su medio y en el requerimiento de su destino. Para mí, es evidente que hay una contradicción preñada de las más graves consecuencias nacionales en muchos de los sistemas educativos que hemos preconizado y ensayado en nombre de estas o aquellas filosofías pedagógicas.

No basta poner la escuela en el campo y abrir la puerta. Lo importante comienza en el momento en que el niño campesino pasa el dintel. Es, en su pobreza, en sus pies descalzos, en su traje raído, en su lenguaje típico, el representante calificado de un complejo cultural, económico y social muy caracterizado. Esa escuela que lo recibe puede desarrollar en él lo que ya está activo por la tradición, por el trabajo, por el medio, ayudándolo a superarse, o simplemente, va a desarraigarlo y a hacerlo irremediablemente incompatible con su circunstancia e irreconciliable con su medio. Si en aquellos libros que allí va a leer lo que aprende son las fechas de unas remotas batallas, los nombres de montañas, ríos y regiones que nunca ha

visto y que nada dicen a su alma; el mecanismo teórico de un gobierno que nunca ha visto funcionar; las reglas abstractas de una moral que están en contradicción con su refranero, y, por último, la repetida noción de que Venezuela es uno de los países más ricos, prósperos y gloriosos del mundo, lo que ha hecho es aprender mentiras, nociones inútiles y abstractas, y hallarse desorientado ante las realidades de su propio medio, de su propia experiencia y de su propia tradición.

Allí habría que enseñarle su región, su trabajo, sus virtudes, la noción de la dura realidad venezolana y de su función de niño campesino dentro de ella. Tanto como de la heroica evocación de la Independencia hablarle de instrumentos de labranzas, de nociones de precios, del paludismo, de la bilharzia, de la erosión, del petróleo. Aumentarle la luz natural que traía, y ampliarle el camino tradicional por el que la vida lo estaba enseñando a andar antes de pasar el dintel de la escuela.

La escuela que no enseña a vivir a nada enseña. Y no puede enseñar a vivir quien no parte de la vida real y de sus condiciones sino de teorías y nociones abstractas.

La escuela venezolana no debe ser otra cosa que preparación para la vida venezolana. Enseñar a vivir en Venezuela, enseñar a vivir con Venezuela, enseñar a vivir para Venezuela.

Que, después de todo, es enseñar a que Venezuela realice su destino, el que de sus hombres, sus suelos, sus yacimientos, su pasado, brota espontáneo para ser tejido y conjugado. Una escuela que acompañe y que no desvíe, que forme y que no mutile, que desarrolle y que no desfigure. Lo

que no es otra cosa que salvadora y verdadera pedagogía. El pedagogo era el esclavo griego que acompañaba y servía al niño.

¿TIENE UN PROVENIR LA JUVENTUD VENEZOLANA?

Situación de la juventud

Cada vez que me encuentro ante un grupo de jóvenes venezolanos me asalta la angustiosa pregunta de si tienen o no un porvenir. En su mayoría son despiertos, ávidos, adaptables, ansiosos de acción y de progreso y, sin embargo, tan solo una pequeña porción de ellos, por el juego de muchos azares, alcanzará a sacar algún sólido provecho de sus aptitudes y sus esperanzas.

La inmensa mayoría de ellos no lo puede hacer en el presente y, lo que es todavía más grave, no lo podrá lograr en el futuro. El país en que han nacido no crece con ellos, ni para ellos, ni mucho menos está preparado para convertirlos en la fuerza creadora del progreso colectivo.

No es el destino de unos pocos, o la salvación individual de una minoría lo que puede satisfacernos, es la suerte de los más y las perspectivas que el presente del país ofrece para su destino lo que debe preocuparnos.

A esa inmensa legión condenada al fracaso hay que dirigir la mirada si queremos encarar con seriedad y previsión el futuro de Venezuela. Nadie puede menos que mirar con dolor y hasta con desesperación esas manos vacías, esos ojos enfebrecidos de desesperada espera, ardidos de hambre de acción y de sed de justicia, mirando pasar los días sin tarea y los años

sin obra, como si hubieran llegado demasiado tarde o como si nuestra sociedad no tuviera sitio para ellos.

Unos están en la soledad del campo recibiendo las vagas y contradictorias informaciones de una vida desconocida que les trae el radio y la televisión. Otros están en los bancos de escuelas y colegios rutinarios y monótonos, donde el aprendizaje nada enseña, donde la ciencia y el conocimiento se destiñen en los más aburridos tecnicismos y en las más frías y descoloridas memorizaciones y donde lo único viviente es el bullicio de los corredores y la temprana incitación a la lucha política. Pocos terminan los pesados cursos y los más regresan a la pobreza sin esperanzas de una vida de abandono familiar y a la vulgaridad de un medio social poblado de las más chabacanas y corruptoras incitaciones: el ocio degradante, la viveza, que es la escuela primaria del delito, la vida sexual temprana convertida en repugnante experiencia, la promiscuidad, el cinismo, el ruin aprendizaje de las artes del pícaro y del logrero, la acción política clandestina como delito, o el delito como forma de acción y de superación, el desempleo, el vicio y el cínico envejecimiento prematuro de los que nada esperan y en nada creen.

Los más de ellos a los dieciocho años tienen que detestar el medio social en que nacieron, y antes de los veinticinco se sienten fracasados.

Han oído repetidamente las promesas de los políticos que nunca llegan a cumplimiento, han tocado vanamente en muchas puertas sin encontrar colocación, han ensayado muchos simples menesteres temporeros y se refugian en una actitud desafiante o cínica o se van detrás del hombre que los invita al sacrificio, poniéndoles un arma en la mano, para ir a ofrendar su vida por una vida más digna y una sociedad más justa.

Esta situación afecta, en grado variable, a más de la mitad de la población venezolana. Cerca de la mitad de nuestra población actual no es mayor de quince años de edad, y no menos de las dos terceras partes no pasan de veinticuatro años. Muchos de ellos no conocen padre y carecen de vida familiar. Han nacido en los tugurios de la pobreza, hijos de ignorantes mujeres abandonadas, que no están ni mental, ni moral, ni socialmente preparadas para sostener, educar y alimentar a un número desproporcionado de hijos, a quienes el Estado salva de la muerte infantil, pero no de la miseria y de la desadaptación social.

Son, sin embargo, los habitantes de uno de los países más ricos del mundo, la Venezuela de la abundante y despilfarrada riqueza petrolera, donde cuatrocientas mil personas que habitan en las chozas de los cerros de Caracas miran con engolosinados ojos el brillo de igual número de vehículos que transitan por sus avenidas suntuosas y por sus ultramodernos dispositivos de tráfico.

Han oído, o podrían llegar a saber con asombro, que el Gobierno venezolano es el que más gasta por habitante y por año en todo el continente americano con exclusión de Estados Unidos y Canadá. Que la producción anual de riqueza de Venezuela es, en términos relativos, por cabeza, una de las más altas del mundo; que viven en un país que es el primer exportador de petróleo del mundo, que en el subsuelo nacional están, en posibilidad inmediata de explotación, desmesuradas reservas de petróleo, gas y hierro que pueden estimarse en centenares de millares de millones de bolívares y que, en todo caso, podrían estimarse en un haber potencial de no menos de 10 mil dólares por habitante; que podemos desarrollar ilimitadas cantidades de energía eléctrica barata, que podemos

poner en condiciones óptimas de producción agrícola y ganadera tierras suficientes para alimentar diez veces nuestra población y que tenemos, dentro de nuestras fronteras, al sur del arco del Orinoco, alrededor de 400 mil kilómetros de tierras vírgenes donde podría caber la población de Alemania o de Inglaterra.

Todo esto tiene que sonarles a contrasentido, o a mentira.

Una educación en crisis

El estado gasta inmensas sumas en educación, en la Constitución proclamamos demagógicamente que todo hombre tiene derecho a la educación y al trabajo y, sin embargo, la triste evidencia es que de cada diez alumnos que inician el primer grado de primaria tan solo tres terminan el sexto, los otros siete van abandonando la escuela a lo largo del período sin otro beneficio que haber mal aprendido a leer, a escribir, a sacar cuentas elementales y a oír algunas nociones superficiales y rápidamente olvidadas de ciencias de la naturaleza, de historia y de legislación nacional. En esos seis años no han aprendido siquiera a hablar con propiedad, mucho menos a redactar, ni han tenido la ocasión de adquirir alguna experiencia en criar pollos, hacer una conexión eléctrica, sembrar una planta o conocer el motor de un automóvil. No se les ha revelado nada del ciclo hidrológico y de la cadena de interdependencia de todas las formas vivas, que constituye la ecología, y que hace que sepamos respetar y conservar con amor los recursos naturales, porque donde no hay tierra ni agua no hay vida vegetal y donde no hay plantas, no pueden sobrevivir los animales y, donde no hay plantas y animales el hombre tiene que desaparecer arrastrado como el último eslabón de una indisoluble cadena natural.

De los tres que pasan al liceo, tan solo la tercera parte termina la educación secundaria. Es decir, uno de los diez que iniciaron la escuela primaria once años atrás y uno de los tres que lograron llegar a la secundaria. No hablemos de los que se quedan por el camino que, obviamente, se quedan sin nada, sin del aquél, único entre los diez, que lograr, en medio de un formalismo sin sentido, recibir el título de bachiller. Durante cinco años, en más de veinte horas semanales de clases, a veces comprimidas tan solo en medio día por el fatal sistema de los dos turnos en los institutos oficiales, ha pasado en rápida revista sobre más de dos docenas de asignaturas, incompleta y apresuradamente enseñadas, más por medio de clases orales que de enseñanza experimental y práctica y más por medio de esquemáticos apuntes que por medio de libros de texto. En un anacrónico e irracional remedo del liceo francés del siglo XIX se ha pretendido que, en cinco años, pueden aprender matemáticas desde la aritmética hasta el álgebra, la geometría y el cálculo, ciencias naturales que comprenden la biología, la zoología, la botánica y elementos de antropología y sociología; la geografía del mundo, de América y de Venezuela; la historia universal, americana y nacional, una o dos lenguas extranjeras, la filosofía y su historia, nociones de derecho público y de economía, la literatura universal, la española y la nacional, la historia del arte y la educación física. De los pocos que terminan puede decirse literalmente y sin exageración que han oído hablar de todo y no saben nada de nada. No han aprendido siquiera a escribir a máquina o a manejar una calculadora simple, no han aprendido las muchachas a cocer un alimento o a practicar una primera cura, no saben consultar un diccionario o una enciclopedia, no saben preparar un papel documentado con citas y fuentes y ni siquiera una ficha bibliográfica. En una palabra, no han aprendido nada que pueda ser útil para ellos y menos para

la sociedad a la que aspiran a incorporarse. El flamante título de bachiller no significa ninguna aptitud o habilidad para desempeñar ningún trabajo determinado en ninguna parte, sino que es tan solo una contraseña para ingresar a la universidad.

Numerosas veces se ha hablado por educadores experimentados sobre la insuficiencia misma de esa educación libresca o inactual de nuestro bachillerato. No aprenden los egresados ni siquiera pasablemente las nociones fundamentales de ninguna de las asignaturas, se limitan a almacenar transitoriamente y de una manera inconexa e indigesta las noticias memorizadas que han de servirle para el supremo fin de pasar el examen. No han aprendido siquiera a componer y redactar en un castellano legible, no conocen la ortografía necesaria para escribir la más simple frase sin imperdonables errores. Los más no saben quién es Platón o Pasteur, o Edison o Einstein y mucho menos en qué consistió la Primera Revolución Industrial o en qué consiste el petróleo, cómo se ha formado y cómo se extrae.

El cuadro en la universidad no cambia mucho. También se opera en ella una deserción o fracaso de más del 70 %, también los más estudian de manera superficial por medios de apuntes, ante el ausentismo crónico de profesores que no llegan a cubrir en el año ni la mitad de la correspondiente asignatura. Una gran parte de la escasa proporción de graduados no pasa de tener muy insuficientes conocimientos para el ejercicio de una profesión, carecen de mentalidad científica y del nivel cultural propio de universitarios y, en una desproporcionada medida, se dirigen a abarrotar carreras tradicionales, con abandono de aquellas otras que más requiera un país en desarrollo. Por

cada 100 psicólogos producimos no más de 10 veterinarios o agrónomos, o ingenieros petroleros.

La pavorosa verdad es que el actual sistema de educación en Venezuela frustra y deja sin destino ni provecho para sí o para la colectividad a más del 90 % de los educandos.

Venezuela cuenta con un valioso núcleo de científicos y especialistas en las más altas disciplinas de la vida moderna, en ingeniería, en medicina, en ciencias sociales, pero no los tiene en el número suficiente, ni con la imprescindible formación homogénea para poder formar e integrar los cuadros del comando de nuestro desarrollo. Sería necesario que todo nuestro esfuerzo en la educación estuviera orientado enérgica y eficazmente a ese supremo fin.

El país necesita profesionales capaces en todas las ramas del desarrollo económico y social; requiere con urgencia técnicos superiores y medios para dirigir las instalaciones industriales y de servicios que el progreso exige, y nuestra educación no los produce ni en la forma, ni en la cantidad necesaria. No pocas veces hay que recurrir a traer del extranjero hasta obreros calificados en menesteres de la construcción, de la agricultura, de la zootecnia y de la industria porque carecemos de ellos, mientras cada año el ejército de los desempleados crece con el aporte de no menos de 100 mil nuevos reclutas que no logran sitio en el mercado de trabajo.

No encuentran sitio, no solo porque no se les ha preparado para desempeñar ninguna labor útil específica, sino porque tampoco tenemos una política económica de inversión de la riqueza en desarrollo que produzca cada año el número suficiente de nuevos empleos para absorber

con buen fruto la cosecha de brazos que el crecimiento demográfico produce.

Hace poco tiempo el director del Instituto Nacional de Cooperación Educativa, que tiene a su cargo la formación complementaria de técnicos medios y obreros calificados, declaraba que sería difícil hallar colocación en 1967 para los 8 mil egresados de los cursos de preparación. Es una cifra mínima con respecto a la población laboral, pero sin embargo no es fácil encontrarle empleo porque no hay una previsión suficiente en nuestras inversiones para asegurar la creación de nuevos empleos necesarios para absorber la nueva mano de obra. La creación de un nuevo empleo cuesta en promedio 40 mil bolívares de inversión y, por lo tanto, la creación de 100 mil nuevos empleos anuales requeriría no menos de 4 mil millones de bolívares todos los años en actividades productivas. Es obvio que no lo estamos haciendo.

Una existencia de desplazados y marginados

Quien recorre una de esas barriadas pobres, que ponen cerco de miseria a nuestras ciudades de reciente y mal empleada riqueza petrolera, encuentra a un gran número de personas, mayoritariamente jóvenes, que literalmente no tienen nada que hacer porque no han aprendido ninguna habilidad que los capacite para obtener una colocación. Son puros y simples braceros, a veces con algunos años de inútil bachillerato a cuestas, condenados a vegetar en la miseria y la inactividad.

A veces surge alguien que piensa que el problema de las barriadas miserables es de vivienda o de subsidio económico. Que lo que importa es construir suficientes viviendas higiénicas para alojar a todos esos

desplazados, sin percatarse de que no son desplazados de la vivienda sino de la actividad económica de producir riqueza y que, dentro o fuera de la vivienda, seguirán siendo desplazados, con hambre y frustración, porque no se les ha preparado para incorporarse útil y establemente a la sociedad. Y si además de la vivienda un Estado paternalista y ciego les proveyera un subsidio de sostenimiento, el problema seguiría en pie y sin solución, porque esos seres seguirán siendo desplazados, desincorporados, despojados de su dignidad de trabajadores y creadores de riqueza, para descender a perpetuidad a la condición de inválidos morales y de parásitos irrecuperables.

Hay ciertamente una grave escasez de viviendas para el volumen actual de la población y para su rata de crecimiento anual. Es posible que tengamos un déficit acumulado de más de 800 mil viviendas y una necesidad de construir no menos de 80 mil nuevas todos los años para encarar la solución del déficit viejo y de las nuevas necesidades incrementadas anualmente, pero si lo que vamos a hacer no es la casa de un trabajador incorporado últimamente a una tarea creadora de la sociedad, sino un hospicio individual para refugiados de la miseria, del desempleo y de ineptitud para el trabajo, no solo no estaríamos resolviendo el problema sino contribuyendo a agravarlo y hacer más difícil y remota su solución.

El problema no es de casas y de subsidios, estériles y degradantes, sino de incorporación activa al trabajo y a la creación nacional de riquezas de todos los venezolanos en aptitud física para hacerlo.

Esto requiere un cambio profundo de orientación, de objetivos y de métodos en la educación y en la política económica.

¿Es que somos acaso una nación de despilfarradores y de botarantes, de espaldas a las verdaderas realidades del presente y a las amenazas del futuro? ¿es que vamos a seguir despilfarrando en gastos suntuarios, en paternalismo político, en empresas estatales fallidas, en estímulos a la pereza y a la irresponsabilidad, en suicida negación de las más evidentes realidades económicas, la riqueza potencial inmensa que nos ha sido dada para construir una verdadera nación moderna?

El balance negativo del petróleo

Hemos destinado la mayor parte de los millares de millones de dólares de la renta petrolera a gastos de consumo, a burocracia infecunda y a descabelladas empresas improductivas, sin tener en cuenta la menor preocupación por costos, rendimientos y acumulación de capital, como si pareciéramos ignorar que el petróleo del que deriva esa abundancia de dinero es un recurso perecedero y no renovable y que cada barril de petróleo que sale del subsuelo es un recurso menos para Venezuela por la eternidad. Era y es obvio que hemos debido aprovechar la riqueza del subsuelo con un criterio de estricta y severa inversión en actividades reproductivas y no con un alegre e insensato criterio de consumo y bienestar para unos pocos. Más de 17 mil millones de barriles de petróleo han sido extraídos de los yacimientos venezolanos a una rata creciente de producción que hoy se acerca a los 4 millones de barriles diarios. Si la mayor parte de ese poder adquisitivo se hubiera invertido juiciosamente en crear otras fuentes de riqueza y de trabajo, distintas de la industria extractiva, en desarrollo industrial completo, en agricultura moderna y de alta productividad, en servicios económicos, en equipar al país mental y físicamente para alcanzar el pleno desarrollo, hoy deberíamos ser un envidiable ejemplo de progreso,

de riqueza colectiva y de bienestar social. Estamos lejos de serlo. Ese volumen de recursos monetarios es más del doble de toda la ayuda internacional que Europa recibió para su reconstrucción bajo el sistema del Plan Marshall. Mientras el presupuesto y las disponibilidades monetarias del Estado se han centuplicado, la población no ha aumentado más de tres veces. De 3 millones de habitantes hemos pasado a algo más de 9 millones y de 100 millones de bolívares de presupuesto hemos pasado a más de 10 mil millones.

Sin embargo, el balance es evidentemente negativo. Ha habido progreso material en algunas regiones y en ciertos sectores de la sociedad venezolana, se han hecho algunas importantes obras de infraestructura, ha habido un aumento de la capacidad industrial y agrícola, pero a la vista está, y para ello basta recorrer los suburbios de nuestras modernas ciudades y la mayor parte del campo venezolano y de los viejos pueblos, el flagrante contraste entre algunos sectores del país que disfrutan de todas las ventajas y comodidades de la más grande abundancia y del mayor progreso tecnológico y vastos sectores que viven prácticamente en la miseria tradicional de la Venezuela prepetrolera, como cuando eran los habitantes de un país atrasado y pobre, de cosecheros de café y comerciantes importadores, de montoneras de peones armados y de caudillaje ignaro, cuyos magros recursos alcanzaban apenas para racionar las montoneras del caudillo gobernante de turno.

La consigna que estaba en el fondo inconsciente del instinto colectivo de supervivencia del venezolano, y que yo formulé públicamente en la hora suspiciosa del año 193, de “sembrar el petróleo”, no se ha cumplido ni con la dimensión, ni con la continuidad, ni con los resultados que hubieran sido

necesarios para asegurar el porvenir nacional. Hemos malgastado nuestros 10 mil millones anuales de renta petrolera y estamos malgastando igualmente la más preciosa renta biológica de los 100 mil o 200 mil jóvenes venezolanos que cada año surgen buscando un camino en la creación del futuro de su patria.

Esto hace gravemente débil y vulnerable la posición de Venezuela y muy inseguras y amenazadas las perspectivas de su futuro. Dependemos de la actividad petrolera en un grado gigantesco, como lo revela el hecho de que más del 92 % de nuestras exportaciones, más del 95 % de nuestras divisas y por encima de los dos tercios de los ingresos fiscales provienen directamente de esa actividad. Otros aspectos negativos se añaden a la inestabilidad de esa situación. La explotación petrolera, en su casi totalidad, está dirigida por grandes consorcios extranjeros y depende en igual proporción de tres o cuatro mercados internacionales, sobre los cuales nosotros tenemos poca intervención directa y sobre los cuales hace presión la competencia de otras zonas productoras con costos más bajos o políticas más comerciales. No hemos podido crear una actividad productora y una exportación no petrolera suficientemente importante para aminorar esta peligrosa dependencia y debilidad. Y, por otra parte, no estamos produciendo en cantidad suficiente y con la alta calidad y el espíritu creador necesarios, los equipos humanos, que puedan llevar adelante, en todos los niveles técnicos, la transformación rápida de la economía venezolana. Somos todavía los parásitos de un producto que no está en nuestras manos y no educamos a nuestros hijos para las tareas de transformación que el presente y el porvenir exigen.

El tiempo contra nosotros

Esta situación es particularmente amenazante porque el tiempo y las circunstancias mundiales trabajan contra nosotros. El petróleo es un producto no renovable y fuertemente competido en los mercados mundiales. Cada día, lógicamente, tendremos menos petróleo y cada día también habrá más competencia de otras fuentes de energía, como el gas, el carbón y la energía atómica.

No podríamos pasivamente mirar crecer nuestra población sin destino económico a un ritmo de casi 4 % interanual, ver doblar cada diez años el hacinamiento infrahumano y antieconómico de algunas ciudades, dejar crecer la población inactiva o improductiva y la dependencia parasitaria de nuestra vida entera del petróleo.

Hemos tenido durante demasiado tiempo una actitud de indefinición peligrosa en nuestra política petrolera que se ha traducido en un amenazante deterioro de nuestra posición y perspectivas de país petrolero. La exploración se ha paralizado, se han perdido mercados, se ha entrado en un franco proceso de desinversión de capitales en la industria petrolera. El régimen legal y administrativo que rige la actividad productora de hidrocarburos en no menos del 90 % de nuestro volumen actual llega a término y caducidad en 1983. Es, por lo tanto, de acuerdo con los largos lapsos de desarrollo y previsión que caracteriza a esa industria, llegado el momento de tomar las decisiones que van a asegurar más allá de esa inminente fecha la continuidad de nuestra actual situación petrolera y del flujo de recursos monetarios que ella provee para financiar la costosa empresa de nuestro desarrollo. Si vamos a asegurar el porvenir habrá que definir en los próximos tres o cuatro años la política petrolera de nuestras grandes áreas productivas para que podamos contar con los recursos

suficientes para llevar a cabo la transformación de Venezuela. De otro modo estaríamos viviendo los últimos momentos del auge petrolero, sin posibilidad alguna de financiar nuestro desarrollo con ninguna otra fuente alternativa de riqueza.

No podemos siquiera concebir la posibilidad de que Venezuela haya vivido una etapa, más o menos larga, de riqueza y dispendiosidad petrolera y vaya a recaer en la vieja pobreza, ya olvidada, de nuestro no lejano ayer. Si no se modifican nuestras circunstancias actuales un descenso importante de la actividad petrolera significaría una verdadera catástrofe económica y social para este país. No habría divisas para pagar lo más elementales e insustituibles insumos de nuestra actividad industrial, las rentas del Estado descenderían a niveles insignificantes para las necesidades que hoy atendemos, se desataría una ola de desempleo, de inflación monetaria y de carestía de la vida y el país caería en una caótica y destructiva etapa de desesperación colectiva.

La Venezuela del siglo XIX era un país pobre, atrasado y marginal que exportaba no más de 20 millones de dólares en unos pocos productos agropecuarios. Sus posibilidades de crecimiento y de progreso eran mínimas y remotas. La rutina económica, la baja producción y productividad y la inestabilidad política eran vicios que si hubieran podido ser corregidos en poco habrían cambiado las posibilidades de adelanto rápido.

Hoy es distinto. Hoy cuenta Venezuela con una enorme riqueza en el subsuelo que basta ampliamente para financiar el alto costo de su desarrollo hasta el más ambicioso nivel y está en un mundo que ya no es el de los estáticos imperios de la Era Victoriana y de la pacífica división del mundo entre la poderosa minoría de países anglosajones y las vastas

muchedumbres sometidas del resto del planeta. La realidad política del mundo actual presenta un profundo cambio de incalculables consecuencias. Han ocurrido dos grandes guerras mundiales y más de 50 guerras locales, en las que han perecido más de 30 millones de hombres y se han consumido riquezas en furia destructiva por más de 2 millones de dólares. Viejos imperios han desaparecido, han surgido grandes estados revolucionarios y entre ellos las dos inmensas concentraciones de poder político de la Unión Soviética y de China, en el lugar de las viejas colonias han aparecido decenas de nuevos estados en África y en Asia, sacudidos, no pocas veces trágicamente, por las llamada revolución de las esperanzas crecientes y por el afán febril de librarse, en el corto plazo y a cualquier precio, del atraso y de la desigualdad económica mundial.

Todo este sacudimiento y cambio ocurre mientras se desata la llamada Segunda Revolución Industrial, que es el más completo, espectacular e intenso cambio científico, filosófico y tecnológico que el hombre haya conocido. En menos de medio siglo se ha pasado del telégrafo eléctrico a la radio y a la televisión. Se ha saltado del ferrocarril al automotor de explosión, al avión de hélice, al avión de turbina, al satélite artificial que da la vuelta a la tierra en noventa minutos y a la nave espacial que llevará tripulantes mañana a la luna y pasado mañana a otros planetas o a constelaciones distintas del sistema solar. Hemos pasado del fusil de repetición y de la bomba de TNT a la bomba termonuclear equivalente a 100 millones de toneladas de TNT, y a los proyectiles balísticos intercontinentales que en pocos minutos pueden llevar una carga de muerte nuclear de un continente a otro. Hemos entrado en la medicina antibiótica, en el trasplante de órganos y estamos al borde de producir vida en el laboratorio. Hemos comenzado a

explorar los oscuros continentes de la conciencia humana desde Freud, disponemos de drogas para modificar el pensamiento, la memoria y la conducta, le hemos vuelto la espalda a la ciencia newtoniana y avanzamos por una nueva física y una nueva concepción del mundo probabilística, no determinista, que no distingue entre materia y energía, ni entre espacio y tiempo. La lucha por la sobrevivencia y el poder entre las naciones de mañana dependerán de su capacidad para participar en el progreso científico y tecnológico y de su habilidad para integrarse en asociaciones políticas que garanticen su propia independencia y la paz del mundo, amenazada por la excesiva polarización de poder destructivo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América.

Venezuela nunca ha sido estéril en producir hombres de excepcional calidad. Los dio en el pasado en deslumbrante constelación y los tiene en el presente. Científicos y técnicos venezolanos tenemos en muy variadas disciplinas que en nada son inferiores a sus colegas extranjeros y que han probado su capacidad en la realización de obras y en el cumplimiento de servicios de la más alta y exigente especialidad. Pero ni tenemos esos hombres en la verdadera dirección del destino nacional, ni están encuadrados, apoyados y complementados en una vasta y completa estructuración de equipos humanos debidamente coordinados e integrados. El aislamiento individual, la acción personal, el desaprovechamiento de posibilidades y de hombres, la descoordinación y la falta de activa orientación superior siguen siendo las negativas características dominantes de nuestra hora presente.

La Venezuela posible

Ante tales circunstancias y condiciones Venezuela no puede tener sino una política nacional de máximo aprovechamiento de sus posibilidades y de inteligente y provechosa participación en la cambiante realidad humana. No podemos ser ni pasivos, ni tardos, ni carentes de dinámicos objetivos y metas propias.

Entre el país venezolano que se ha hecho, desde el pasado, con nuestras acciones y omisiones, con nuestros aciertos y errores, con nuestra ignorancia y conocimientos, con nuestra torpeza y nuestra inteligencia y el país que podemos hacer hay una gran distancia que cada día cree en la misma medida de las circunstancias y los recursos desaprovechados. Este es el trágico e ineludible balance entre la Venezuela que tenemos, con hombres y recursos aprovechados a medias, y la que podríamos haber hecho y hacer todavía con la más inteligente y equilibrada utilización de los dos grandes fundamentos sobre los cuales podemos apoyar esa acción creadora: nuestros hombres y nuestros recursos materiales.

El tema fundamental y el gran desafío para los pueblos de hoy es el desarrollo económico y social. Todos luchan por alcanzarlo en medio de las más adversas condiciones. Entre todos esos países en proceso y posibilidad de desarrollo, Venezuela tiene la más ventajosa y privilegiada situación, que es la que le permiten sus inmensas riquezas naturales y la impaciente y mayoritaria juventud de su pueblo. Para ello deberíamos definir, entre todos, una política verdaderamente nacional de máximo aprovechamiento de la juventud y de óptima utilización de los recursos materiales y las circunstancias históricas.

Hay una Venezuela posible, en la plenitud de realización de todas sus posibilidades, que no es ciertamente la que tenemos. Una Venezuela en la

que no quedará ningún joven sin una preparación adecuada para la vida y para el trabajo y en la que, por medio de la más eficiente y realista combinación de recursos, capital, fuerzas productivas y colaboración internacional pudiéramos llegar , en un plazo razonablemente breve y predeterminado, a lograr una actividad económica y un nivel de producción y productividad dos o tres veces superiores a los que actualmente representa el petróleo, donde el estimado de la riqueza anual producida crezca en un porcentaje no menos del doble de la población, donde, en la misma forma en que se combate la enfermedad y la muerte, todos combatamos eficazmente la enfermedad de la producción rutinaria y de la baja productividad que engendra esa muerte social que se llama atraso, donde no permitamos la existencia de empresas parásitas o deficitarias que consumen estérilmente recursos nacionales, donde el mayor porcentaje de los gastos nacionales se dirija a la inversión en obras de infraestructura y en sistemas de crédito que le permitan al trabajo de los venezolanos, educados para la albor productiva, alcanzar cada vez mayores niveles de rendimiento y de bienestar.

Esto requiere un cambio de mentalidad en las clases dirigentes para concebir un rápido cambio de orientación y de sistemas.

No podemos seguir, en la política, en la administración, en la prensa y en el flujo de ideas recibidas y repetidas, sosteniendo que el problema nacional es el de satisfacer necesidades sociales crecientes, sin poner el énfasis en que no se podrán satisfacer ni esas ni ningunas si no hacemos previamente una gran movilización nacional en favor de la productividad de riqueza. El concepto paternalista y antieconómico de que se puede entender las necesidades sociales sin una creación correspondiente de riqueza no lleva

a otra parte que al fracaso, a la frustración y a la rutina. Los países del sistema socialista o del sistema de la empresa privada que han alcanzado alto nivel de desarrollo, lo han hecho por medio de un enérgico y continuado proceso de creación de riqueza. Lo hizo la Inglaterra del siglo XIX, los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, la Unión Soviética de Stalin y la China de Mao. Lo hizo la Alemania de la postguerra. En cambio países que tenían condiciones básicas favorables para el crecimiento económico, emprendieron una política de imprevisión, paternalismo irreflexivo, remuneración del ocio, fomento de las actividades improductivas y la formación de crecientes clases de pensionados en lugar de trabajadores que crean riqueza, con el resultado de que, a pesar de sus condiciones favorables, han desembocado en la inflación, la quiebra fiscal, el desempleo y el retroceso económico. Este ha sido el trágico precio que, en grado variable, han pagado por una política demagógica y económicamente irresponsable, las antes florecientes naciones del Cono Sur de la América Meridional: Brasil, Uruguay, Argentina y Chile.

Estamos entrando en el último tercio del siglo XX. Los próximos treinta años han de ser la ocasión de los más extraordinarios cambios que la humanidad haya conocido. En la ciencia, en la técnica, en la educación, en la conducta humana, en la medicina, en la generación de energía, en los sistemas de producción, ocurrirán cambios tan espectaculares que opacarán las futuras hazañas de la navegación espacial. El viaje a los planetas vecinos y a las otras constelaciones no constituirá el más increíble progreso del hombre.

Para esos treinta años decisivos, al nivel de sus más altas instituciones científicas y gubernamentales, se están preparando por medio de costosos estudios e investigaciones las grandes potencias industriales del mundo,

con el fin de anticipar y prevenir políticas adecuadas y objetivos de desarrollo que les permitan conservar una posición preponderante en el cambiado mundo del año 2000.

Para nosotros ese desafío reviste características de angustiosa urgencia, Si en estos treinta años no somos capaces de preparar y realizar nuestro salto adelante para convertirnos en un país plenamente desarrollado e incorporado a la civilización, habremos caído para siempre en la triste condición de renuncia a toda independencia, a todo destino propio y habremos tácitamente aceptado convertirnos en zona marginal y dependiente de alguno de los grandes centros de poder existentes o que hayan de surgir en la próxima y dramática treintena.

En América Latina surgirán dos o tres grandes centro de poder. Sin duda alguna, Venezuela podría ser uno de ellos. Para eso cuenta con posibilidades y recursos superiores a los de casi todos los otros países latinoamericanos. Sin embargo, nada de eso se alcanzará si desde hoy, mejor aún hubiera sido desde ayer, no contamos con una política del hombre y de la riqueza capaz de lograrlo.

La política es mucho más, afortunadamente, que ese deslucido arte de promesas y engaños de las almas subalternas hambrientas de mando, es el medio superior de revelar y realizar grandes designios nacionales y poner a su servicio, libremente, todas las energías morales y materiales de la colectividad. Es a la posibilidad de esa política superior de la vida, del hombre y del destino nacional realizado para todos con el esfuerzo y la colaboración de todos que están dedicadas estas reflexiones.

Si vamos a intentar con decisión el cambio impostergable y salvador que la situación del país plantea, tenemos que comenzar por definir y adoptar eficazmente una nueva educación y una política económica encaminadas fundamentalmente al más pronto logro del pleno desarrollo de Venezuela a través de la capacitación de sus hombres, de la incorporación de su juventud y del aprovechamiento óptimo de sus recursos naturales.

No podemos permitir que el 90 % de los que cursan en los distintos niveles de nuestra educación se queden en fracaso sin ninguna preparación suficiente para el trabajo productivo ni para la incorporación a la vida social. La educación debe ser reorientada hacia la adquisición de aptitudes socialmente útiles y aprovechables para el proceso de desarrollo. La divisa debe ser ningún habitante sin un oficio, ningún recurso sin utilización, es decir ni hombres no recursos baldíos.

No podemos aceptar que una educación sin orientación y sin rendimiento esté condenada a la inmensa mayoría de nuestros jóvenes a convertirse en la materia prima de desadaptados y desincorporados sociales, ni que una ausencia de orientación económica creadora nos convierta en un pueblo de parásitos y burócratas, cuyo principal objetivo social es obtener una remuneración sin trabajo para convertirse de por vida en una carga pública.

La falta conjunta de una economía dinámica y de una educación para el desarrollo no sólo condena al fracaso y a la improductividad a una gran mayoría de nuestra población, sino que además y como fatal consecuencia, provoca una grave erosión moral del carácter de los hombres. No estamos ni enseñando, ni practicando, ni estimulando el sentimiento de responsabilidad individual y colectiva. No estamos formando individualidades responsables de su propio destino y del destino nacional,

sino que estamos favoreciendo las desviaciones psicológicas defensivas hacia el escepticismo y la violencia, como única respuesta ante el desplazamiento social y económico al que estamos condenando la mayoría de nuestros jóvenes.

Al nivel de todas las ramas de la educación hay que establecer metas y alternativas que aseguren que nadie pueda quedarse sin un entrenamiento suficiente para una actividad social productiva. Preparar técnicos, obreros calificados, profesionales y científicos que puedan hacerse cargo de todas las actividades específicas del desarrollo en todos los niveles.

En el campo del desarrollo económico tenemos que llevar adelante la empresa vital y aparentemente paradójica de aprovechar avaramente, inteligentemente y hasta el máximo la riqueza petrolera y los recursos del subsuelo para financiar y crear con esos ingresos la creación rápida y estable de una economía no petrolera que nos independice de la vulnerable situación actual y ponga por base de nuestro crecimiento una variada producción de riqueza renovable y creciente.

Utilizar el petróleo para hacer un país no dependiente del petróleo y aprovechar la monoproducción para hacer una economía multiproductora con acceso a los más variados mercados del mundo con una gama de productos de alto rendimiento y poderosa capacidad competitiva.

Establecer un sólido orden de prioridades para las obras de infraestructura y para el fomento de las actividades productivas primarias y fundamentales. No producir de todo sin mirar los costos y con el corto propósito de abastecer el raleado mercado nacional, sino producir un selecto grupo de artículos, en calidad y precios competitivos, para invadir con buen éxito los mercados

mundiales. Nadie duda de que podríamos ser la gran potencia petroquímica de América Latina. Sin embargo, no lo somos y hemos perdido las mejores oportunidades de serlo. Podemos producir energías hidroeléctricas a costos muy bajos que serviría de base al crecimiento de muchas industrias de exportación. Tenemos ciertas conocidas ventajas naturales y adquiridas para muchas ramas de la producción. Lo que falta es una política nacional que concentre en ellas los incentivos y las ayudas.

Hay que poner ante los ojos de toda la nación ciertos indicadores que revelen implacablemente y sin torceduras de interés político subalterno, el ritmo de crecimiento que logremos alcanzar. Señalar en todo momento cómo y en qué forma crece el producto nacional y cómo y en qué forma y proporción salen de nuestros institutos de educación los científicos, los técnicos, los obreros calificados que van a tomar en sus manos la creación de una Venezuela distinta, con una vida mejor y distinta para ellos.

Una política de inversión exigentemente alta en favorecer el desarrollo y una política del empleo, a base de nuevas empresas altamente productivas y de trabajadores calificados.

Una política de incorporación de todos los hombres y todos los recursos al proceso del rápido crecimiento y de incorporación de todo el territorio a la integración nacional. No más Guayana virgen, no más zonas de abandono y atraso, no más brazos inútiles, no más despilfarro de recursos irremplazables en burocracia estéril, en ocio remunerado, en empresas improductivas y en escuelas que no enseñan a vivir ni a trabajar y que son almácigos de hombres baldíos.

La juventud venezolana tendrá un porvenir en la medida en que la nación venezolana tenga un porvenir, en la misma medida en la que, al crear con su trabajo un porvenir para Venezuela, estén creando un porvenir deseable y digno para ellos mismos.

Tenemos la más noble, la más atractiva empresa que ofrecer a la juventud: la posibilidad de hacer crecer con su esfuerzo una gran nación moderna, no la de ser nuevas legiones de frustrados, no la de ser los desengañados servidores del cinismo, la mediocridad y la rutina, sino la de los soldados y jefes del ejército civil que va a ganar en heroica y pacífica batalla la independencia, la seguridad y la grandeza económica de Venezuela.

Ese programa de rescate del país y de rescate de la juventud venezolana tiene que trazarlo la inteligencia nacional y las clases dirigentes. El balance exacto de recursos y posibilidades que se presentan a Venezuela y las alternativas de acción para decidir y realizar esas posibilidades.

Si no lo hacemos estaremos arrebatando al país su única posibilidad de crecimiento y de salvación y habremos abandonado, por ciegos o por cobardes, nuestra juventud sin destino a todos los vendedores de ilusiones, a todos los agentes de revoluciones de segunda mano, a la desesperación, al cinismo y a la violencia.

Toda victoria es pírrica y toda promesa engañosa mientras esta suprema empresa no se realice. No es como bandera y plataforma de una parcialidad política sino como consigna de movilización general de todos los venezolanos en un tenaz y solidario esfuerzo de superación colectiva.

1968

MENSAJE A LOS MAESTROS

Agradezco profundamente esta oportunidad que se me brinda de hablar a los maestros venezolanos. Siempre he tenido, y cada día lo siento con más sinceridad, un profundo respeto por lo que estos seres representan en la vida de la nación. Y siento simultáneamente una suerte de angustia compartida por la inmensa responsabilidad que está en sus manos. Es frecuente oír decir que son los formadores del futuro de la nación y estas cosas que decimos y repetimos mucho termina por perder sentido; pero literalmente lo son. El país pone en sus manos lo más tierno, lo más maleable, lo más precioso que posee: la juventud, la niñez, los hombres y las mujeres llamados a desempeñar el papel fundamental en el desarrollo del destino nacional. Y depende en gran parte de lo que ellos logren, de lo que ellos puedan, de lo que ellos se propongan hacer con esa sustancia tan receptiva, como es el espíritu humano, que el resultado en el futuro sea bueno o sea malo, sea grande o sea mediocre, sea positivo o sea negativo.

Yo pienso que estamos, además, viviendo en una época en que la educación está sometida al más grande examen, al más grande replanteamiento que acaso se haya conocido en los últimos tiempos. Hoy en día, a escala mundial, se discute qué es y qué debe ser la educación. Ha habido fenómenos nuevos como la inmensa masificación de la educación a todos los niveles. Ya no es una pirámide educacional lo que se dibuja en el horizonte social, sino un cubo; es una masa gigantesca de población que aspira a subir cada vez un escalón más alto en el desarrollo educativo. Esto plantea problemas cuantitativos gigantescos:¿dónde están los maestros?,¿

dónde están los profesores para atender esta inmensa masa a la que hay que transmitir conocimientos y formar?

Luego, junto a este problema cuantitativo, que ya es de proporciones aterradoras por su costo y por la dificultad de encontrar en tal cantidad personal adecuado y calificado para tan delicada misión, está el problema cualitativo.¿Qué educación le vamos a dar al hombre de hoy?, ¿qué educación debe recibir el joven o la joven que está en el amanecer, en la madrugada del siglo XXI; que está presenciando y sintiendo a su alrededor cambiar a una velocidad inusitada el mundo, las costumbres, las perspectivas, las posibilidades; que está rodeado de desafíos y de riesgos que las generaciones anteriores no conocieron o no conocieron en tal grado? ¿Qué debe dárseles? ¿qué debe señalárseles en la educación?

El contenido de la educación también cambia y por lo mismo el proceso educativo; tanto el qué enseñar como al quién enseñar y cómo hacerlo, están sometidos a esta discusión.

Papel del maestro

No voy a entrar en el detalle técnico al que ustedes conocen mejor que yo porque viven diariamente este drama y saben lo que significa. Pero sí quisiera regresar a ciertas ideas fundamentales y básicas que no hay que perder de vista. Es lo que yo llamaría el papel del maestro.

De nada sirve el mejor programa; de nada serviría que diseñáramos el tipo de escuela ideal para un país como Venezuela en esta hora. De nada serviría que definiéramos los modelos, los temas, las sustancias que deben contener los programas. De nada serviría incluso que diseñáramos una

técnica educativa. Porque todo esto reposa en un suspenso básico que es la calidad humana del maestro.

No se aprende a ser maestro; se aprende a enseñar. Hay técnicas para aprender a enseñar aritmética o enseñar geografía. Pero la vocación de maestro, ese don de inspirar fe, de inspirar confianza, esa verdadera transferencia de sentimientos que se opera en el niño y en el joven hacia aquel hombre que lo acompaña, que lo guía, que lo ilumina, que comparte con él sus dudas y sus angustias, que lo ayuda a encontrarse a sí mismo y a encontrar al mundo que lo rodea, eso no se aprende; eso es vocacional y, afortunadamente, está en el fondo de una inmensa mayoría de maestros.

Cualquiera no es maestro. Es maestro el que tiene el don, el que tiene la vocación, el que tiene el gusto y el interés por enseñar, por cultivar. Es maestro el hombre que sigue el modelo de aquellos grandes maestros que tuvimos en el pasado, como Bello o como Rodríguez. Hombres que no eran simplemente titulares de una profesión, la que ejercían mal que bien, sino que eran algo mucho más importante; eran gentes que vocacionalmente se encontraban y se sentían encargado del futuro de un país, del futuro de una porción preciosa de la humanidad, de la más preciosa para ellos; maestros como lo fue igualmente Vargas y como lo fueron tantos otros que no valdría la pena ponernos a enumerar.

Yo diría a esos maestros vocacionales y espero que sea a ellos a quien me estoy dirigiendo, que están viviendo una hora muy difícil; que están viviendo una hora de cambios y de alternación de métodos, de sistemas y de contenidos, pero que, para salir adelante con éxito en ello, tienen que reposar fundamentalmente en ese don de acercarse, de comprender, de aproximarse al joven; de despertarle fe, de enseñarlo a dudar

creadoramente, de alertarlo contra todo fanatismo, contra toda servidumbre intelectual; de enseñarle el don más precioso que el hombre tiene que es la libertad de conciencia. Enseñarlo a pensar, a dudar, a buscar por sí mismo.

Caracteres de nuestra educación

Al arribar a este aspecto podría decir, y es importante que lo recordemos, que nuestra educación tiene grandes fallas, grandes riesgos y grandes peligros. Una de esas fallas es que es muy poco formativa. Atiborramos al muchacho, en la escuela y en el liceo, de conocimientos inconexos, mal aprendidos, mal dirigidos, pronto olvidados. Y no nos preocupamos de enseñar a estudiar; no nos preocupamos de enseñar a ser, de enseñar a vivir, que es lo más importante que podría enseñarse. ¿Cómo desenvolverse en la sociedad? ¿Cómo buscar un camino dentro del seno de la sociedad? ¿Cómo ser útil a sí mismo y a los demás?

Hay rasgos aterradores en nuestra educación. Nuestra educación, ya lo he dicho alguna vez, es muda. No enseña ni a hablar ni a escribir. ¿De qué me sirve a mí saber todo lo que puede saberse de geografía, o de historia o de gramática si no lo puedo transmitir, si no tengo el vocabulario necesario para decirlo, si soy incapaz de redactar en una forma inteligible lo que tengo que decir? Evidentemente que es una educación que niega su base misma, la cual es la posibilidad de la comunicación entre los seres humanos, la posibilidad de continuidad del conocimiento y del aprendizaje.

Habría que poner un gran énfasis, y sería una cosa preciosa, en que se le diera mayor importancia en la escuela a enseñar a vivir, a enseñar a actuar, a enseñar valores éticos, a enseñar libertad de conciencia y a enseñar a hablar y a escribir, antes que a tanta materia que pasa como una nube sobre

la cabeza del niño y se borra después. En cambio, aquellos serían hábitos, hábitos sociales que el educando adquiriría en permanencia.

Hoy en día la educación y la escuela están sometidas a un inmenso desafío. Cada día la información que recibimos -la que recibe el joven es apabullante- de una proporción desmesurada: información extraescolar, información que no le viene del aula, que no le viene del maestro; que le viene principalmente de lo que recibe en la calle somete al hombre actual a un torrente, a un océano de información. Ese océano de información comprende la radio, la televisión, la prensa, el cine, las revistas ilustradas y, desde luego, la vida social, la ciudad misma, que con su ejemplo y su actividad tiene un valor de formación muy importante porque se está todo el día res. De modo que lo que la escuela enseña termina por ser una parte pequeña de lo que el hombre recibe y, lo que es más res. De modo que lo que la escuela recibe y, lo que es más grave, muchas veces entre lo que la escuela enseña y ese gran océano de información que el educando recibe por vía extraescolar, hay una contradicción en la que la escuela está llamada a perder porque esos medios tienen un poder de convencimiento, un poder de penetración, un poder de llegada que no tiene la enseñanza tradicional de la escuela.

Todo lo que en la escuela tiene aspecto aburrido, de aprendizaje obligatorio, tiene en esos otros medios el atractivo de lo viviente, el atractivo de la experiencia. Si nosotros en lugar de escoger a un muchacho en la escuela y ponerlo a aprender aburridamente una lección de geografía, abriéramos delante de él, un día, el diario de la mañana y viéramos la noticia del día: qué pasa hoy en el mundo, qué pasa hoy en nuestro país; y entonces dijéramos que ha terminado la guerra del Vietnam, y ha terminado en esta forma. Al niño se le despertaría interés porque, claro, se le está hablando de

algo que está ocurriendo y que lo puede afectar. Se le diría entonces dónde queda Vietnam, qué es Vietnam, quiénes lo pueblan, por qué hay guerra en ese país, cómo se desarrolló esa guerra y de pronto en torno a ese hecho que despierta su interés y, que es tema de conversación en la calle de noticieros y de publicaciones, él adquiriría una visión de la historia y de la geografía de una manera viviente, que penetraría en él mucho más profundamente que lo que puede penetrar ese largo catálogo de nombres, de continentes, de países, de ríos y de montañas, que se le borra tan pronto como sale del aula y tan pronto como termina el período más o menos largo de la educación formal.

La educación de hoy

Hoy en día pensamos que la educación es un proceso que comprende no solamente el sistema escolar, sino todas las formas de comunicación cada vez más ricas, numerosas y poderosas de la sociedad y que además no termina. No hay un momento en que finaliza el estudio. Un hombre no deja de informarse sino cuando muere; un hombre está formándose y aprendiendo desde que nace hasta que fallece.

En la actualidad se piensa en eso que llaman la educación permanente y es porque precisamente, a la velocidad en que va la explosión de conocimientos en el mundo, no es posible pensar que hemos llegado a terminar un aprendizaje. No hay una hora en que uno diga: yo ya sé todo lo que tengo que saber de Derecho o de Ingeniería o de Biología o de Medicina o de Lenguaje. Todos los días tenemos que estar aprendiendo porque todos los días el lenguaje cambia, porque todos los días la ciencia crece, porque todos los días se crean disciplinas nuevas y el hombre que se mantuviera con lo que sabe el día que egresa de la universidad, al cabo de diez años

sería un ignorante casi total de esta misma disciplina en la cual pretende ser un especialista.

De modo que por eso se ha creado hoy en día, y se está practicando a nivel mundial, eso que llaman reciclajes, es decir, la necesidad de que periódicamente, el hombre que egresó de un instituto formativo regrese a él para recibir lo que pudiéramos llamar la actualización de sus conocimiento, la información de lo que está pasando, la noticia de las novedades que han ocurrido, de las nuevas investigaciones, de las nuevas verdades. Pero todo esto tiene que estar sometido a una noción central. A la noción de que uno no termina nunca de saber nada y de que nadie tiene la verdad en su mano.

Si en esa escuela a donde el niño va se le enseña que sabe lo que tiene que saber y que eso que tiene que saber es un dogma o una verdad que le han metido en la cabeza, lo están deformando. Al niño hay que enseñarle que mientras vive será un ignorante; que aunque estudie muchísimo es mucho más, y será siempre más, lo que ignora que lo que sabe; que toda posibilidad de experiencia humana es una posibilidad de aprendizaje; que se está aprendiendo andando por la calle; que se está aprendiendo contemplando el más banal espectáculo de la naturaleza; que todo lo que se nos ofrece es fuente de información, de estudio y de aprendizaje y que, luego, es muy importante pensar que no tenemos sino aproximaciones a la verdad. Que debemos, por lo tanto, ser humildes y modestos; que debemos partir de la base de que lo único precioso que tenemos es el reconocimiento de que cada día podemos aprender algo más y el reconocimiento de que podemos estar en el error; de que no hubo un ser supremo que nos confió una verdad únicamente para nosotros y que poseemos en plenitud; sino que nos dotó, al contrario, de un deseo de aprender, de mejorar y de avanzar en la vida y

que, por lo tanto, el gran don del ser humano, el don a preservar, es la libertad de conciencia; es la posibilidad que tengo frente a lo que se me dice, de dudar, de quererlo verificar por mí mismo.

Todos los grandes adelantos que el mundo y que el hombre ha realizado dependen de esa actitud. Fueron hombres que recibieron una noción, una enseñanza y que no se conformaron con ella. Los que se conformaron no contribuyeron en nada al progreso humano. Se quedaron con lo recibido, envejecieron mentalmente mucho más aprisa que biológicamente. Hay hombres que mentalmente son ancianos cuando aún están en la plenitud de su vida física. Hay hombres que mentalmente están en el siglo pasado cuando se vive en la víspera del siglo XXI, por pereza mental, por defecto de la educación que recibieron, porque no les despertaron la curiosidad necesaria para mantenerse al día y porque han creído que en alguna hora recibieron lo que había que saber y están en posesión de verdades infranqueables, dogmáticas, doctrinales, ideológicas o de cualquier otra índole.

Lo importante es que esa curiosidad se mantenga despierta y que el hombre esté aferrado siempre a su libertad de conciencia. La libertad de conciencia consiste en poder sopesar, en poder observar, en poder dudar, en poder buscar por su propio camino y por sus propias manos, esa verdad alusiva que es la búsqueda de la humanidad entera desde que comenzó el hombre sobre la tierra. Esa búsqueda que ha hecho que ese hombre progrese y crezca. Esa búsqueda sin término que cada día lo hace saber más, pero que también lo hace ser más consciente de su inmensa ignorancia.

Tarea del maestro de hoy

Esta es la tarea del maestro. Esto es lo que es fundamentalmente un maestro, un formador, un hombre que crea hábitos, que crea hábitos sociales: porque yo creo que es muy importante enseñare al niño cómo debe tratar a los mayores, es muy importante enseñarle al niño cómo debe hablar, cómo debe comer, cómo debe vestirse; todo eso forma parte de la conducta social, que es preciosísima. Es más preciosa que muchas otras enseñanzas sistemáticas de asignaturas. Y junto con esto debe enseñarle la actitud mental del hombre que quiere aprender.

El hombre que quiere aprender debe tener la avidez de observar lo que le rodea. En todo lo que nos rodea hay enseñanza. En todo lo que nos rodea hay posibilidad de aprendizaje. Y debe observar con la modestia de quien siempre vacila. Si lo que él cree que es verdad es realmente verdad – tal vez pudiera no serlo o serlo solo en forma parcial- no está en posibilidad de saberlo sino es verificándolo por el estudio, estando atento a lo que los otros encuentran y manteniendo abierta la conciencia a la libertad.

El hombre de hoy debe poder afirmar: yo no entrego mi libertad de conciencia a ningún precio. Yo aspiro a ser un hombre por mí, con mis luces, ayudado por las de los demás, pero no vaya aceptar magisterios impuestos, sino que vaya recibir de mis maestros todo lo que puedan darme para, con ese bagaje, seguir yo adelante el gran viaje, la gran aventura del conocimiento, que es lo que nos hace seres humanos y lo que nos da la dignidad que nos ha convertido en los grandes actores de la historia y en los grandes transformadores del medio natural.

Yo creo que en una hora como esta en que vivimos, en una hora de transformación de Venezuela, en una hora de transformación del mundo, en

los maestros, mucho más que en ninguna otra época, está la palanca decisiva del destino.

Hasta hace algunos años un maestro podía considerarse un trasmisor, un mero trasmisor de conocimientos recibidos; un hombre que tenía más o menos habilidad para enseñar lo que había aprendido. En la actualidad no. Hoy tiene que ser un nauta, tiene que ser un piloto, tiene que ser un explorador que vaya con el grupo juvenil penetrando el territorio desconocido, no para decirles “yo conozco el camino y se los voy a enseñar a ustedes”, sino “vamos a buscar el camino juntos, porque posiblemente yo me equivoque y ustedes me ayudarán en un momento dado y podrán decirme, parece que andamos extraviados, maestro”.

Ese es el maestro, ese es el maestro entrañable, ese es el insustituible, que no es maestro solamente por lo que sabe y es importante que sepa. Es maestro por la condición de guía, por la capacidad de comprensión, por la profunda simpatía humana, porque sabe entender al joven y sabe acercarse a él y no pretende imponérsele. Es el maestro que va a transmitir y a dar lo mejor que tiene y lo mejor que tiene no es lo que sabe de gramática o de aritmética o de geografía o de historia. Lo mejor que tiene es una actitud ante la vida, es la manera de hacerles comprender que la vida es una cosa maravillosa y peligrosa, llena de riesgos y de posibilidades; que la vida de un venezolano de hoy está igualmente en unas circunstancias casi únicas.

Vivimos en un país que está disfrutando de posibilidades y de desafíos gigantescos, que está necesitando material humano preparado, que está necesitando técnicos por millares, hombres con calificaciones suficientes para encarar el inmenso problema del desarrollo nacional. Un país que necesita mentes despiertas, espíritus libres. Eso es lo que el maestro puede

dar: esa condición, esa actitud, esa revelación. Despertar esos hábitos de trabajo, de estudio, de disciplina.

Por muchos años ha corrido la falacia de que la disciplina no es buena. La disciplina es buena; no ha habido ningún pueblo importante en el mundo que haya hecho historia sin disciplina social. La que es mala es la disciplina impuesta, la disciplin a zurriagazos y a látigo. La que es buena es la aceptada, la razonable. Acepto que tengo que trabajar porque si no soy un haragán y no porque detrás de mí hay un capataz con un látigo que me obliga a trabajar; acepto que tengo que saber porque si no, no voy a valer nada ni para mí ni para mi país; aprovecho todas mis horas para aprender y estudiar. Es esa disciplina autoimpuesta, autoaceptada, libremente aceptada como una de las grandes condiciones de la dignidad humana, la que hace que el hombre pueda acercarse a algún nivel de perfeccionamiento y la que hace que los países puedan crecer y prosperar.

Estas son las cosas que el maestro puede y debe enseñar; enseñar una actitud, enseñar una manera; enseñar a usar las condiciones que están innatas en nosotros, en nuestra mente, en nuestra condición humana. Porque hoy en día se piensa –y por eso se piensa en una educación de todo el hombre, en una educación de toda la vida, en una educación de todas las circunstancias y en una educación por todos los medios que no son solamente la escuela-, y así precisamente se llama uno de los más importantes informes que recientemente se hayan preparado sobre la situación n educacional del mundo, que lo que hay que aprender es a ser; a ser un ser humano. Hay que aprender a realizarse en plenitud; hay que aprender a completar un destino en propio servicio y en servicio de los demás y eso es más importante que saber mucha geografía o saber mucha

historia. Para saber geografía o historia hay tiempo; la podemos aprender dentro y fuera de la escuela. Pero desde muy temprano hay que aprender a ser hombre; desde muy temprano hay que aprender a ser *útil*; desde muy temprano hay que aprender a autodisciplinarse; desde muy temprano hay que aprender las técnicas y las maneras de conocer; a utilizar la inteligencia que está en nosotros, a desarrollarla, a completarla y a defender esa libertad de conciencia que es la base misma de la dignidad humana.

Esto es lo que yo quería decirle a los maestros venezolanos en la oportunidad que se me brinda de dirigirme a ellos. Cada vez que he podido lo he hecho; he estado en contacto con ellos por muchos años de mi vida; he tenido que ver con la educación venezolana desde muchos aspectos y el que pase, aunque sea ligeramente, sobre mi obra escrita, encontrará con una muy reveladora frecuencia la vuelta al tema del maestro, de la educación, de la escuela, del niño y del destino de Venezuela, porque es el destino de Venezuela el que está en la escuela y es el destino de Venezuela lo que debe importarnos a todos fundamentalmente.

1965

LA ESCUELA Y LA SOCIEDAD

En el tiempo en que nos toca vivir, todas las instituciones están sometidas a un proceso sumamente active de revisión, de replanteamiento, de redefinición, de cuestionamiento que configura lo que algunos llaman una gran revolución que está ocurriendo en el mundo, o una gran crisis de la cual va a salir una sociedad transformada y distinta a la que conocimos en la historia hasta ayer.

Ese proceso que afecta a todas las formas institucionalizadas de la vida social, que afecta las relaciones mismas del hombre con la sociedad, que afecta los valores mismos de los que el hombre ha vivido, su perspectiva, su visión del futuro, la noción de su situación frente al mundo y la sociedad que lo rodea, tienen que reflejarse de un modo dramático y directo en una institución clave como es la escuela, es decir, la Educación. No hay duda, de que allí está una de las cuestiones fundamentales de nuestros tiempos. Si la sociedad está cambiando, si todo está sometido a un proceso de profunda alteración y redefinición, no es posible pensar que la escuela puede continuar en sus métodos, en su contenido, en sus objetivos, siendo la misma e inalterable que conocieron nuestros padres y conocieron nuestros abuelos. Eso sería un contrasentido y ese contrasentido no puede subsistir, porque no puede una sociedad vivir en un contrasentido tan grave como el hecho de que su educación cada vez corresponda menos a lo que es la vida colectiva, a lo que se exige del individuo en la sociedad o a la sociedad en la que el hombre se va a encontrar, a menos que la escuela se vaya convirtiendo en una isla, en un quiste, en un recinto aislado e incomunicado con el resto.

Esto sería negar el sentido mismo de lo que es la educación. Porque ¿qué es la educación? La educación son dos cosas fundamentales. La educación es formación e información. Es trasmisión de conocimientos, es decir, enseñar al hombre, al niño, al joven todo lo que tiene que saber para poder vivir mejor e incorporarse mejor a la sociedad en la que ha nacido. Esto ha sido un proceso de siglos, para que el hombre llegue a elaborar las disciplinas, los métodos, las maneras de enseñar, las materias que se van a enseñar, desde leer y escribir, porque la lectura y la escritura eran el medio

fundamental de comunicación del hombre hasta ayer, y el modo en que estas cosas se enseñaban, hasta las matemáticas, las ciencias biológicas, las ciencias naturales, la historia, los conocimientos de lo que pudiéramos llamar las ciencias humanas, todo esto se lo daba en la forma que se consideraba más eficaz al joven en la escuela. Solo que la mayor parte de esa enseñanza, tanto en el contenido científico como en la forma de darla, ha ido divorciándose de la realidad que le rodea y ha ido convirtiéndose cada vez más en el menor medio de comunicación, en el menor medio de formación y de información, porque el ser está sometido a otras presiones, a otros aprendizajes, a otras incorporaciones y conexiones que no solamente son mucho más eficaces y duraderas que la escuela, sino que están muchas veces en contradicción abierta con ella, y, por lo tanto, esa crisis es una crisis que se va agravando.

El único objeto de la escuela, para decirlo de un modo muy simple, es enseñar a vivir. La escuela es un semillero, la escuela es un gimnasio, la escuela es un campo de entrenamiento para la vida, donde se va a preparar a la gente joven desde el comienzo mismo de su vida, porque hoy se piensa que el momento en que el hombre está más apto para recibir conocimientos empieza a los dos años de edad, para darle toda la formación y toda la información para incorporarse sutilmente a la sociedad de la que forma parte. Claro, esto ha ido evolucionando con el tiempo, hasta llegar a la situación actual, en que se piensa que la mayor parte de lo que se aprende en la escuela, no es aprendizaje para la vida, que la mayor parte de ello es aprendizaje irrelevante para la vida y, por lo tanto, desconectado de la sociedad y del mundo que lo rodea.

Esto no fue siempre así, hubo una enseñanza primitiva, la del hombre primitivo en la tribu, que correspondía a una enseñanza directa para la vida. El hombre de la tribu, ese hombre primitivo que todavía subsiste en algunas formas de sociedades primitivas, no tenía escuela, es decir, no había un recinto, no había un lugar, ni había una época del año en la que la persona iba a un lugar a aprender lo que tenía que aprender. El niño desde que nacía aprendía viviendo, la tribu toda, la sociedad toda que le rodeaba era su escuela, aprendía acompañando a su padre a la cacería y a la pesca, aprendía ayudando con sus torpes manos a construir una choza o a ,labrar una canoa, es decir, estaba incorporado a la vida, aprendía sentado en la reunión de los mayores oyendo las historias de las cacerías, oyendo el cuento de sus dioses o de sus guerras, conociendo los peligros que le rodeaban y la manera de enfrentarlos, sabiendo cómo se construye un arco o cómo se construye un arpón, o como se construye un anzuelo. De modo que ésta era una enseñanza viviente y que además no terminaba, ni se daba en un lugar cerrado, llamado escuela, ni se limitaba a una época de la vida. El hombre estaba aprendiendo en ese contacto perfecto de la sociedad de la que formaba parte, que era la que lo educaba y lo integraba. Esto, claro, se rompió cuando la sociedad creció, se complicó y se extendió.

Si luego nos dirigimos, por ejemplo, a uno mundo que está más cerca de nosotros que el de la tribu, que fue el de los griegos, encontraremos que tampoco los griegos tenían una escuela como la entendemos nosotros. La educación de ellos era una educación para la vida y era una educación por medio de la vida. Era una educación que daba una persona que acompañaba al niño. La palabra *pedagogo*, lo que quiere decir en el griego original es, acompañante del niño, era un hombre que le acompañaba, que

le llevaba a recorrer la ciudad, que le mostraba las cosas, que le explicaba las cosas que él veía y vivía y así se hizo en todos los grados, de tal modo, por ejemplo, que los griegos tampoco tuvieron universidad, la universidad de los griegos era sencillamente un maestro que se rodeaba de algunos discípulos que él escogía y con los que salía a la calle como salía Sócrates a dialogar, a conversar, a enfrentar la vida que los rodeaba, a aprender del contraste de lo que los rodeaba, en una enseñanza que estaba vinculada directamente al hecho de lo social, a la realidad, no había segregación, no había separación, no había hiato, entre aprendizaje y vida y no había término, se estaba aprendiendo toda la vida. Sócrates estuvo aprendiendo y enseñando toda la vida y los hombres que le acompañaron estuvieron aprendiendo y enseñando, porque eran funciones inseparables, toda la vida. Todo el mundo era aprendiz y todo el mundo era en algún grado maestro, y así lo era desde que empezaba la vida hasta que terminaba la vida. Pero cuando la sociedad se fue complicando, cuando se empezó a especializar, cuando empezó a aparecer la sociedad industrial que desarraigó al hombre de la naturaleza, cuando se crearon las grandes ciudades, entonces empezó a aparecer un divorcio entre la sociedad y la vida, claro que este divorcio tenía y tiene consecuencias graves. Sin embargo, no era tan grave y tan grande el divorcio, hasta el siglo XIX. Imaginemos, por ejemplo una sociedad muy cerrada, una sociedad muy estricta, una sociedad muy sólida y homogénea en su estructura, como era por ejemplo la de la Inglaterra victoriana. En la Inglaterra de la reina Victoria había una gran unidad dentro de la estructura social, todo inglés sabía lo que era Inglaterra, lo que era el Imperio Británico, lo que era el mundo, tenía una concepción del mundo y lo que era su papel dentro de ese mundo y la enseñanza que se le daba en la escuela atendía simple y llanamente a prepararlo, a adaptarlo, a formarlo

para incorporarse de la manera más completa y útil a ese mundo De modo que no había ningún hiato, ninguna diferencia. Esa educación formaba los funcionarios, los intelectuales, los militares; los hombres que iban a desempeñar un papel dentro de esa gran red muy tejida, dentro de ese juego de valores muy aceptado y prácticamente no objetado que constituía el mundo del Imperio Británico y eso se refleja en la escuela, esa escuela en la que un dómine dictaba su clase a un grupo de niños, dentro de grandes y lúgubres salones, como lo vemos reflejado en las novelas de Dickens explicándoles lo que había que saber. El maestro sabía lo que había que saber y el niño aprendía lo que había que saber, y lo que había que saber era lo que servía para incorporarse a la vida inglesa en tiempos de la reina Victoria y del Imperio Británico.

De modo que no había rotura, no había vacilación ninguna, en lo que había que aprender y esto explica mucho una anécdota famosa que ilustra de un modo muy claro lo que significó y lo que significa esta enseñanza. Se cuenta que cuando el duque de Wellington, después de sus victorias y de convertirse en el gran personaje histórico que llegó a ser, fue a visitar la escuela Eton donde él estuvo de niño, y recorrió las salas de clase y vio los campos de deportes que lo rodeaban y los plácidos bosques, en una frase muy significativa, dijo, que en esos campos se ganó la batalla de Waterloo, con lo cual no decía otra cosa sino esto, la educación que me dieron era la que se necesitaba para que yo desempeñara en la vida el papel que logré desempeñar como hombre y el papel que logré desempeñar como inglés, es decir, había una adaptación perfecta, esa educación contribuyó a hacerme lo que yo soy, no me desvió, no me desnaturalizó, estaba perfectamente adaptada para hacer de mí el mejor hombre que podría

sacarse de mí. Esa anécdota hace ver hasta qué punto había homogeneidad entre educación y sociedad. Pero eso se rompe a fines del siglo XIX, se rompe con las dos guerras mundiales, con el surgimiento de la sociedad tecnológica, con el desarrollo de las comunicaciones de masas, porque ese surgimiento lo que significa es que entre sociedad, realidad, vida y escuela se va creando una separación. La educación ya no correspondía plenamente a la vida, una gran parte de lo que se enseñaba no tenía relación con la realidad de los hechos, ni la ciencia que se estaba enseñando era muchas veces ciencia viva, porque era una ciencia retrasada que estaba en inmenso retardo con lo que se estaba enseñando y aprendiendo. Todavía hace treinta años o cuarenta años se le siguió un juicio en una ciudad de los Estados Unidos a un profesor de secundaria porque se atrevió a explicar la doctrina de Darwin y se consideraba que eso no debía enseñarse. A ese extremo de retardo en la información y en la formación se estaba.

Por otra parte, ese juego de valores que se enseñaba en la escuela lo encontraba el joven desmentido en la vida, se encontraba enfrentando a las guerras crueles, a las, destrucciones más despiadadas, a las formas más atroces de la violencia, al cinismo más rampante. De modo que todo eso provoca una dicotomía, una contradicción muy grave en el ánimo de la gente que venía de las dos guerras mundiales; de las dos atroces postguerras, de los cambios violentos más grandes que la sociedad hubiera experimentado y que empezaron a estar sumergidos en el vehículo inmenso de comunicación de masas que se fue creando.

El siglo XIX vio la aurora, pero el siglo XX vio la confirmación de la comunicación de masas. Es decir, aparecieron la gran prensa, el cine, que es un espectáculo de muchedumbres gigantesco, la radio, la televisión,

todos ellos medios de información y de formación muchísimo más poderosos que la escuela. En término medio un niño está sometido a no más de treinta y tal vez veinticinco horas semanales de escuela, en las cuales se le enseña lo que la escuela enseña, de la manera que la escuela enseña, pero en cambio de las dieciséis horas diarias de vigilia que tiene, descontando esas cinco generalmente aburridas y pesadas en las cuales muy poca cosa recibe de útil, pasa once horas diarias mínimas sometido al mundo de las comunicaciones de masas, al mundo de la calle y de la sociedad y de la gente que le rodea. Es en ese ambiente de la familia, de la calle, de la radio, de la televisión, de la prensa, del cine donde el niño está recibiendo formaciones e informaciones de un poder de convicción y de arrastre muchísimo más gigantesco que todo cuanto pudiera haberle revelado o enseñado la escuela, y es esa dicotomía, la que es más grave, es decir, la escuela se ha ido volviendo paulatinamente el menor recinto del menor aprendizaje en el menor tiempo y, la calle, la familia, la pandilla, el cine, la radio de transistores a la que va enchufado materialmente el joven en la calle y la televisión, lo rodean, lo abarcan, lo acompañan y lo comunican todo, la mayor parte significativa de su tiempo de vigilia.

Es que lo que ha ocurrido, y esto lo decía con mucha claridad uno de los hombres que más profundamente ha sacudido a nuestro mundo actual en sus concepciones tradicionales sobre las comunicaciones, que es Marshall McLuhan, lo que pasa es que hemos entrado sin darnos cuenta a vivir en una ciudad que abarca el globo entero, ya no hay prácticamente distancia, somos testigos, somos partícipes, de un modo como no lo fue nunca jamás sino el vecino de la ciudad para lo que ocurría en ella, de las cosas importantes que ocurren en el mundo entero. Asistimos a un estadium en

que caben 600 millones de personas para ver un juego de fútbol o ver un match de boxeo, trasmitido por televisión y por satélite, es una experiencia de comunicación, de participación, de interdependencia, de vecindad, que no tuvo ningún hombre anterior en la humanidad en los últimos quince, diez o doce años. Lo mismo ocurre con la radio de transistores que llevamos en el bolsillo y que nos lleva enchufados, literalmente enchufados, a una fuente de emisión, de información que está actuando las veinticuatro horas del día y lo mismo ocurre con el cine, que es un mundo en el cual penetramos con una frecuencia continua, y también con la prensa.

El hombre está sometido a toda esa influencia que viene a ser su vida, la influencia de la pandilla, de la calle, del amigo, de la información clandestina de todo lo que revela el cine, la radio, la televisión, la prensa, los medios de comunicación de masas en los que está sumergido y la escuela sigue siendo un recinto aislado, apartado y separado.

Es esa noción de la ciudad global la que hace que tengamos que repensar la escuela. Las tres grandes cuestiones a las cuales la escuela tiene que contestar son éstas: qué enseñar, para qué enseñar y cómo enseñar. Ya en el qué enseñar habrá que hacer una gran revisión, porque mucha de la ciencia que hoy se enseña es inútil o no es relevante, o está muerta en sus raíces porque el adelanto científico va a una velocidad de transformación que hace que la mayoría de los manuales de divulgación ya no contengan toda la verdad, o una parte suficiente de la verdad, sino una gran parte de lo que ya no es verdad al nivel de la ciencia más adelantada. Luego, el para qué enseñar tiene que sufrir una revisión igualmente. Tenemos que enseñar para incorporar a este mundo, para hacer del hombre un habitante útil de la ciudad global que se está creando entre toda la humanidad. Ahora, el cómo

enseñar, tenemos que revisarlo igualmente. Ya no podemos pensar en el dómine de la escuela victoriana inglesa; sentado en su cátedra solemne explicando una lección para memorizar porque allí estaba toda la sabiduría, tenemos que recurrir a estos medios en que estamos viviendo, tenemos que enseñar viviendo, tenemos que romper el recinto de la escuela, ya no se puede pensar que en la escuela es donde se aprende y que se aprende durante unos años, sino que se aprende durante toda la vida, como aprendía el hombre de la tribu y se aprende en todas partes.

La escuela tiene que salir a la calle, la universidad tiene que salir a la calle, la enseñanza tiene que hacerse viviendo, la gente tiene que aprender teatro yendo al teatro, tiene que aprender mecánica yendo a los talleres y viendo cómo se trabaja, tiene que aprender todas las formas de actividad humanas asociándose en alguna forma a ellas y mirándolas, y no en unas salas de clase inertes en que se les transmite en una forma simbólica ese conocimiento.

Esto significa que se requiere un puente para reincorporar la escuela a esa sociedad global que se está creando en el mundo y para impedir esta trágica y peligrosa separación que se ha ido estableciendo. Hay que utilizar la televisión, la radio, los medios audiovisuales poderosísimos de que el hombre dispone, hay que actualizar la enseñanza, hay que llevar el periódico a la escuela, y en lugar de explicarles todos los días al niño una vaga lección de geografía o de historia, abrirle el periódico todas las mañanas y sobre las noticias del día, que son noticias, decirle al niño la geografía que está involucrada en ellas, la historia que está involucrada en ellas, la economía que está involucrada en ellas, las ciencias biológicas que implican esas noticias, de modo que el niño aprenda conociendo la

actualidad que lo rodea, incorporándose a ella y llegando a su casa con la emoción de decirle a sus padres, no una vaga lección tediosa, sino explicándole el sentido de lo que está ocurriendo a la luz de lo que ha aprendido como un ser incorporado a toda la acción del mundo que lo rodea.

Eso es lo que está en pie, lo que está en pie es sencilla y llanamente esa voluntad de participar, esa voluntad de incorporarse que a veces se manifiesta en nuestra sociedad por esas desesperadas tentativas de repudio o protesta que revisten formas pintorescas, pero que en el fondo son un deseo de encontrar algunas otras maneras de incorporarse y de participar, y de volver a tener una participación y un sentido en la vida colectiva que se había roto o que se había perdido. Y en ese camino no hay nada que pueda reemplazar a la escuela, la escuela tiene que ser relevante, la escuela o la educación para decirlo con una palabra más pretenciosa tiene que ser formativa e informativa, pero para serlo tiene que formar para el mundo que existe y tiene que informar de la inmensa realidad transformadora del mundo que nos rodea. Para esas dos cosas habrá que transformar los métodos, el contenido y el sentido mismo de la educación y es ese uno de los procesos que tiene que cumplirse en nuestro tiempo y cumplirse inteligentemente, porque cualquier error, cualquier falla, y cualquier dogmatismo que se tuviera en este materia pudiera pagarse al precio de la desgracia, de la desadaptación o de la desorientación de generaciones irremplazables de seres humanos con un lastre y un peso negativo para el desarrollo y el crecimiento de las sociedades a que pertenecen. Este es el valor de esta cuestión fundamental, es en la escuela donde debemos plantear el problema del hombre de hoy, de la vida de hoy y del futuro inmediato.

1970

LA UNIVERSIDAD Y EL PAÍS

La universidad venezolana está lejos de rendir los beneficios que la sociedad debe esperar de ella. No hay disciplina suficiente de estudio, es bajo el nivel de enseñanza y preparación, abundan los profesores que no dan regularmente sus cursos y, por lo tanto, los estudiantes que no asisten a clases y que no logran adquirir una suficiente preparación en las asignaturas; es elevado el porcentaje de reprobados y repitientes; se han creado, de hecho, absurdas instituciones de complacencia con la irresponsabilidad, tales como la inscripción condicional y el arrastre de materias, o la inscripción simultánea en varias facultades.

Mientras existan tales condiciones es casi imposible que la universidad le pueda dar al país los hombres de ciencia y de técnica capaces de enfrentarse con eficiencia a las tareas de vencer el atraso y mucho menos los investigadores, los creadores y los pensadores que puedan contribuir decisivamente a fijar el rumbo del destino nacional.

Un país en el que una gran parte de la población no alcanza ingresos anuales superiores a mil bolívares, tiene que ser cuidadoso y exigente con el rendimiento de una universidad que le cuesta al Estado más de 6 mil bolívares por año y estudiante. Ese beneficio debe ser retribuido con estudio y rendimiento y con la preparación de los mejores equipos humanos, pues de otro modo resultaría un absurdo y odioso privilegio que estaría en abierta contradicción con la esencia misma de la democracia.

Con la sensación de angustia que me producen estas carencias y estas urgencias escribí cuatro artículos en la prensa con el título general de “La universidad y el país”. Muchos sectores de opinión, universitarios y extrauniversitarios, los recibieron favorablemente. El profesor Rodolfo Quintero, desde un punto de vista de extraordinaria rigidez y simplismo marxistas, replicó, lo que dio motivo a una breve y esclarecedora polémica.

En la ocasión en que se recogieron en un folleto mis artículos, quise incluir los de la polémica porque no me pareció justo publicar mi parte de la discusión sin que el lector tuviera ocasión de conocer lo expresado por mi contrincante. Sin embargo, con posterioridad, el Boletín Bibliográfico del Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Economía de la Universidad central de Venezuela, bajo el título de *Universidad y Política*, publicó un folleto con los puntos de vista del señor Quintero en la citada polémica, complementados con nuevos aportes del mismo autor y un trabajo del señor Eduardo Vásquez.

El lector desprevenido de esa publicación, a base de las citas aisladas que se hacen de mis opiniones, podría llegar a creer que yo no he sostenido sino dislates sobre este grave asunto. Como creo que esta es una cuestión de la más alta importancia para el presente y el futuro de nuestra universidad, que debe ser conocida, evaluada y debatida por todos los que tienen interés en el rumbo y las posibilidades de nuestro país, y de manera muy especial por todos los universitarios, he pedido al señor rector que se publiquen mis artículos completos, incluyendo los de la polémica, y se pongan al alcance de todos los interesados, dentro y fuera de la universidad. Debo agradecer al señor rector el espíritu de equidad con que ha accedido a mi reclamo.

Así queda, en estas páginas, sucintamente expuesta, mi posición ante el presente y el destino de la universidad venezolana, tan estrecha y vitalmente ligados a lo que Venezuela pueda y quiera ser. Afortunadamente, no es una posición mía, sino de legión de hombres que comparten las mismas preocupaciones y convicciones. Y tampoco es una preocupación de hoy, que esperó a manifestarse el surgimiento de las circunstancias actuales o el calor de una polémica. Lo sustancial de ella ya lo había sostenido y practicado hace más de veinte años. En la *Introducción a la Memoria y Cuenta del Ministerio de Educación Nacional* que presenté al Congreso de la República en 1941 en mi condición de ministro del ramo para entonces, decía estas palabras, las que puedo hoy suscribir sin necesidad de añadir ni quitar nada:

> Las oportunidades del individuo en la lucha por la vida, la aptitud de la nación para llenar su destino espiritual, histórico y económico son, indudablemente, cuestiones cuya respuesta básica está en la educación.
>
> En cada oportunidad histórica como en cada medio social y físico, sus propias condiciones y tendencias determinan las aptitudes que el ser humano ha de desarrollar so pena de fracasar en su misión y de dimitir la empresa que le está asignada en la inmensa labor colectiva de la historia.
>
> La labor de la educación no puede ser otra que desarrollar en el individuo el conjunto de virtudes y capacidades necesarias para cumplir su cometido histórico. Es este el sentido en que la educación es formativa.

Una reforma educacional venezolana no podría, pues tener otro objeto que formar hasta donde es posible los hombres que Venezuela está necesitando. Hombres de recia disciplina moral y social contra la anarquía y la indolencia que por tantos años nos han destruido; hombres de capacidad técnica para el trabajo y la producción, contra el empirismo, la improvisación y el escaso rendimiento; hombres capaces de luchar con éxito contra la naturaleza hostil; hombres con un claro sentido de sus deberes para con la patria, para con los demás venezolanos y para consigo mismo; hombres, en una palabra, capaces de sacar adelante la empresa de crear una gran nación en el maravilloso marco geográfico de Venezuela.

Las verdades dolorosas

Sobre pocas cosas se hablan más, con menos acierto y objetividad, que sobre la universidad venezolana. Pareciera que estuviéramos condenados a tratar de ella en un clima de emocionalismo, de pugna de intereses políticos y de aceptación tácita de mentiras convencionales.

Todo esfuerzo que se haga por plantear el problema de la universidad en términos objetivos, considerada exclusivamente desde el punto de vista de lo que una universidad debe ser y de lo que en un país puede y debe esperar y exigir de su universidad, constituye una contribución útil a la solución de una de las más graves cuestiones que condicionan el presente y el porvenir de Venezuela.

Nadie puede sostener que la universidad venezolana funciona de un modo satisfactorio. Está sobrecargada de estudiantes, el porcentaje de repitientes y de reprobados es excesivo, el rendimiento de la enseñanza es bajo, el nivel medio de conocimientos del estudiantado es francamente deficiente, muchos de los profesores carecen de aptitudes docentes y los más de ellos no alcanzan a cubrir los programas de sus respectivas materias, las interrupciones de labores son demasiado frecuentes, las atenciones extrauniversitarias consumen una parte demasiado grande del tiempo y de los recursos de la institución y, por último, el nivel científico y profesional de los egresados deja mucho que desear. Esto significa que nuestra universidad no es, siquiera, una aceptable fábrica de profesionales, para poder, ni remotamente, pretender ser un centro de investigación, de creación, de progreso científico y de formación de sabios, de investigadores y de hombres de la más alta calificación en las diferentes disciplinas científicas y técnicas.

Para convencerse de la veracidad de estas graves afirmaciones basta con verificar lo que pudiéramos llamar la calificación internacional de la universidad venezolana. En el mundo actual existe un grupo de universidades de primera clase. Son, por lo general, los centros docentes de los países más importantes en la escena universal. Y no por una mera coincidencia, sino por una relación de causa a efecto. Los grandes países han descubierto, hace mucho tiempo, que es en la universidad y en el laboratorio de investigación donde se lucha por la preeminencia internacional. La posición de un país en las relaciones internacionales, aun la que se refiere a lo militar y a lo económico, está determinada por el desarrollo de su ciencia y por el número y capacidad de sus hombres de

estudio. La era de la energía atómica se inició en un laboratorio de la Universidad de Chicago. La nueva psicología surgió, no por azar, de la consulta clínica de la Universidad de Viena, donde el doctor Freud examinaba a los histéricos de la época; la relatividad, la física ondulatoria, la geometría no euclidiana, la física probabilística, que tan profunda y radicalmente están determinando el destino de la humanidad, son el producto directo de la investigación y el estudio en las grandes universidades. Las grandes universidades americanas, las grandes universidades inglesas, las grandes universidades europeas de Suecia, Francia, Alemania e Italia, y las grandes universidades rusas donde la Unión Soviética realiza sus más decisivos esfuerzos para ganar la hegemonía mundial.

Es doloroso, pero es necesario decirlo, no sólo la universidad venezolana está lejos de figurar en el rango de esas grandes universidades creadoras, sino que ninguna de ellas reconoce validez a nuestros certificados y títulos. En el escalafón mundial de las universidades de primera y aun de segunda clase no figura la universidad venezolana. Y no es por una injusticia.

Estas son las dolorosas verdades que los venezolanos tenemos que encarar si queremos hallar soluciones verdaderas a nuestros problemas y no contentarnos con repetir las mentiras convencionales con las que nos hemos conformado cobardemente por tanto tiempo, como si le tuviéramos miedo a la verdad.

Lo más grave es que no se trata de un problema de dinero o de recursos materiales. Lo que Venezuela gasta en universidades es más que lo que cuesta el funcionamiento eficiente y admirable de algunas de las más respetadas universidades del mundo. El costo por estudiante en muchas de

nuestras facultades es uno de los más elevados que existan. La verdad es que no ha habido falta de recursos. Si a medir fuéramos por los recursos que se han asignado del tesoro público para la universidad venezolana, la nuestra debiera ser una de las mejores del mundo. Es un problema de espíritu. Si no hay espíritu universitario no puede haber universidad, aunque se gasten todos los millones inimaginables. Y el espíritu universitario es un espíritu de estudio, de pasión por la busca de la verdad, de sed de conocimiento, de trabajo sin tregua en la investigación y en el aprendizaje, de abnegación y renunciación a todo lo que no sea el conocimiento, de entrega total al deseo del saber.

Con recursos modestos, pero con ese insustituible espíritu universitario, se han logrado algunas de las más grandes hazañas científicas de los tiempos modernos. No era mucho más que un modesto laboratorio de farmaceuta aquel en que Pasteur fundó la bacteriología y renovó totalmente la medicina; era apenas un desván estrecho de la Universidad de París aquel en que los Curie descubrieron el rádium; para cambiar la estructura del universo, al profesor Einstein le bastaron un lápiz y unas libretas. La verdad es que donde hay espíritu universitario, aunque no haya recursos, hay universidad, y donde éste no existe, todos los recursos imaginables no lograrán nunca crear una universidad digna de este nombre.

Esta dolorosa descalificación de la universidad venezolana no es obra exclusiva de nuestros días. Somos los herederos de una tradición y de una concepción de la universidad que no eran las mejores para la creación de una universidad moderna y eficiente. El legado de ayer ha pesado sobre nosotros con poderosa inercia y no hemos tenido ni la decisión ni la

convicción suficientes para oponernos a él y darle cabalmente a Venezuela la universidad que necesita para realizar su destino.

Conviene dar una ojeada a ese pasado.

De Trento a Córdoba

La universidad venezolana nace tardía y retardada. Aparece tímidamente a comienzos del siglo XVIII, casi doscientos años después de las de México y Lima, como una mera transformación formal del Colegio Seminario de Santa Rosa. Nace Regia y Pontificia, es decir, tridentina, como rama otoñal de la concepción educacional que surge del Concilio de Trento y del movimiento de la Contrarreforma española. Se había detenido y bifurcado el viejo impulso de la universidad medieval, que era una corporación independiente de maestros y estudiantes, un “estudio general” volcado hacia la suprema problemática de la teología y de la filosofía.

Mientras en el norte cismático la universidad tiene a convertirse, según el ejemplo de Tubinga, en escuela consagrada a la adquisición de “todas las ciencias sean divinas o humanas”, en el sur español la enseñanza superior se convierte en un bastión de defensa de la escolástica y de la autoridad papal.

Nuestra universidad nace consagrada a la disputa de tomistas y escotistas, como si tendiera un puente ideal sobre las conmociones de la Europa del siglo XVII para regresar al ambiente de las escuelas en los siglos XIII y XIV y entregarse al numeroso debate entre los alumnos del doctor Angélico y los del doctor Sutil.

Hay que esperar hasta 1770 para que en forma aislada y accidental, primero en la enseñanza de Valverde y luego en la de Baltasar Marrero, asomen las

concepciones de la para entonces llamada moderna filosofía. Habrá que esperar hasta Vargas para que haya un laboratorio y un herbario. Sin embargo, en el siglo XVI se había publicado el libro fundamental de Copérnico, entre 1623 y 1638 las obras capitales de Galileo, en 1637 el *Discurso del Método* de Descartes y en 1687 la *Philosophia naturalis* de Newton, que es el libro en que se establecen la concepción del universo del hombre moderno.

Esto significa que para llegar a asomar a los claustros de nuestra universidad estas ideas, sobre las que reposa toda la nueva sabiduría del hombre, tardaron más de cien años.

En los tiempos sucesivos, el retardo se hace menor, pero no desaparece. El positivismo llega a la universidad a fines del siglo XIX, con no menos de cuarenta años de retraso.

Este retraso permanente, que se reduce, pero no desaparece, a través de las distintas épocas, significa que nuestra universidad no ha sido creadora activa, sino recibidora y repetidora tardía de un conocimiento venido de afuera. Esta actitud pasiva la ha llevado a perder de vista sus fines verdaderos y a ser sumisa y discontinua imitadora de algunas formas externas de otras instituciones.

Con la independencia la universidad deja de ser Regia y Pontificia, y cambia el modelo español por el francés. La universidad francesa había sufrido la profunda crisis de la Revolución, en la que desapareció totalmente, porque se la tuvo por cosa del Antiguo Régimen y, según la apabullantes estupidez de alguien, que es mejor no recordar: “La República no necesitaba de sabios, sino de hombres libres”.

Napoleón la restablece en 1806, bajo un estilo cesáreo y centralizado y la pone al servicio de la idea imperial. Esta universidad sometida al Estado como instrumento de política es la que va a servir de modelo a la nuestra; clara o embozadamente, hasta la Primera Guerra Mundial.

Durante el siglo XIX, hay varias tentativas de modernizar la universidad y ponerla al día, convirtiéndola en el centro de formación de un comando científico e intelectual para Venezuela. Vargas lo intenta en 1827. Estos propósitos naufragan en la pobreza y el atraso de las guerras civiles. Con la autocracia de Guzmán hay un nuevo ensayo de resurgimiento. Es la época de Ernst y de la falange ilustre de médicos y de naturalistas, de físicos y matemáticos, en la que figuran Lobo, Alvarado, Razetti, Domínici, José Gregorio Hernández, los Delgado Palacios, Ugueto, Aguerrevere, Calcaño, etc. La larga etapa de dictadura que se inicia en 1899 actúa negativamente sobre la universidad.

Es entonces cuando, hacia 1918, surge en la América Latina un curioso e importante movimiento de reforma universitaria, que tiene su punto de partida en una universidad de provincia argentina, la Universidad de Córdoba.

Por las circunstancias políticas reinantes en muchos países americanos las universidades habíanse convertido en centro y refugio de la actividad de oposición y de revuelta. Muchos estudiantes y no pocos profesores sentían que, antes que ningún otro deber académico, tenían la obligación previa de trabajar activamente para cambiar por medio de la acción directa la situación política existente.

La reforma de Córdoba, que consistió en luchar por la autonomía de la universidad con respecto a los poderes públicos y a convertirla internamente en un organismo aislado gobernado por una democracia propia, en cuyo gobierno intervenían estudiantes y profesores, vino a resultar, en el hecho, en la creación nacional de un poderoso centro de lucha contra los gobiernos reaccionarios, pero en lo formal, paradójicamente, fue un inesperado regreso, por encima de los siglos, al concepto medieval de la universidad como corporación independiente de maestros y estudiantes.

En un tiempo de lucha y de exaltación liberal de la juventud el ejemplo de Córdoba se convirtió en una bandera para los universitarios hispanoamericanos. Desde la Argentina a Chile, al Perú, a México, en nombre de esa bandera se libraron heroicas luchas estudiantiles. A Venezuela llega el fermento en los prodromos del movimiento de 1928.

Siguiendo el ejemplo de Córdoba las universidades hispanoamericanas, se convirtieron en centro de actividad política predominante y el estudiante en un abanderado de la lucha de partidos. Este cambio se operó en indudable detrimento de los fines propia e irrenunciablemente universitarios. Antes que como una casa de estudio para formar el comando científico e intelectual del país, la universidad latinoamericana llegó a ser concebida como una avanzada en la lucha política nacional. La universidad hispanoamericana, por un grave error de perspectiva, perdió de mira el ejemplo de los grandes centros de enseñanza del mundo, y sus deberes formativos y creadores, para entregarse al forcejeo político de la plaza pública siguiendo el ejemplo de la universidad de Córdoba. Pusimos a Córdoba, donde hubiéramos debido poner a Gotinga, o a Londres, o a París, o a Princeton o a Moscú.

Esto implicó entre nosotros un verdadero cambio y adulteración de los fines propios de la universidad. Y de ello sufre profundamente. Por estas circunstanciales razones, nuestra universidad, que había sido tridentina y napoleónica, se hizo cordobesa y se convirtió en una especie de vanguardia de la lucha política del país, en un centro nervioso suprasensible, donde las corrientes ideológicas y los intereses de partido se afrontan con extraordinaria acometividad, en una caja de resonancia donde la pugna de la plaza pública se agudiza y extrema.

Esto implica una confusión de tiempo y de fines. No se va a la universidad para prepararse a la lucha de mañana, al adelanto del país, a la configuración de su destino, sino para enguerrillarse de inmediato en la lucha de hoy.

Esto no significa que no debe haber una política universitaria, Lo que pasa es que la política universitaria no puede ser la política de la calle sino al precio de sacrificar la universidad.

Hay una política universitaria, que no es otra que la de preparar el futuro y dar hombres para realizarlo.

En todos los tiempos las universidades han tenido una política, o lo que es lo mismo, han estado al servicio de un gran designio nacional o humano. Han tenido una concepción del hombre y de su destino y han procurado formar los servidores y realizadores de esa concepción. Eso significó la universidad medieval para con la iglesia, eso significó la universidad humanista del Renacimiento, eso significó la universidad científica y nacionalista del siglo XIX. La Alemania del predominio europeo se hizo en las universidades alemanas. Los designios de Rusia pretenden fundarse en

las universidades rusas. Desde el siglo XIII se puso el papel que las universidades podían desempeñar en la formación de una conciencia colectiva. Los grandes designios nacionales, para alcanzar toda la profundidad y eficacia necesarias, tuvieron como base una concepción cultural y científica formulada y mantenida en la universidad. Las universidades han sido grandes formadoras de la conciencia histórica y del destino nacional y humano. Esta y no otra es la política de la universidad.

Los nuevos tiempos

Ningún tiempo de la historia universal ha sido más complejo, difícil y rico, al mismo tiempo, en posibilidades de todo género que éste que estamos viviendo. Su mejor símbolo es la liberación de la energía atómica en la que, por igual, reside la posibilidad de transformar todo el supuesto material de la situación del hombre en progreso y ocio y abundancia, como también la de exterminar y destruir, no solo la civilización, sino todo vestigio de vida en la tierra.

El designio de la universidad venezolana, en este tiempo, no puede ser otro que dar los hombres que le van a permitir al país desempeñar un papel importante en esta etapa de la humanidad. Si la universidad no le da al país esa conciencia y no forma los hombres que la van a encarnar en conocimientos y acción creadora, Venezuela quedará excluida de ese gran proceso y su mismo destino escapará de sus manos.

Basta lanzar una mirada rápida a los grandes aspectos de esta hora para percatarse de la magnitud de lo que está en juego.

Estamos en presencia de una nueva humanidad. El fin de la era colonial y de la hegemonía europea ha cambiado las bases sobre las cuales la historia

humana se ha desarrollado en los últimos quinientos años. Asia y África están pobladas de países independientes, que crecen en fuerza y en capacidad y que están ansiosos de desempeñar un papel preponderante en la escena mundial. La política de un país como Ghana o como Indonesia influye hoy en la decisión de importantes cuestiones internacionales. Nombres de negros, de asiáticos, de musulmanes, figuran en las principales funciones de los organismos internacionales. Si Rudyard Kipling, el gran cantor del imperio y del predominio blanco, resucitará de su tumba no podría reconocer casi nada de lo que dejó, en el mundo presente.

Nombres de japoneses y de chinos figuran hoy entre los Premios Nobel y de ciencias, en las grandes universidades de América, de Europa y de Rusia pululan por millares los estudiantes asiáticos y africanos que se aprestan ávidamente a ocupar, como avanzadas de sus países, un lugar de primer orden en el mundo del conocimiento y de la investigación.

La división del mundo en los dos grandes bloques enemigos presididos por la Unión Soviética y los Estados Unidos de América presenta a nuestro tiempo inmensos problemas de toda índole que requieren el esfuerzo desvelado de especialistas de la más alta calificación en todas las ramas del saber humano. Estamos lejos de los tiempos, casi idílicos, en que la Venezuela de Guzmán se enteraba pintorescamente de los resultados de la pugna francoprusiana, sin más resultado inmediato que un cambio en la preferencia por el tipo de uniforme para las tropas en los días de parada. Lo que pasa hoy, a cada minuto, entre Washington y Moscú afecta de modo decisivo el destino de los venezolanos con el de toda la humanidad. No podemos resignarnos a ser espectadores pasivos de ese gran drama, que es ciertamente el drama de nuestro propio destino.

Entre esos grandes cambios de la nueva humanidad están también la existencia de un bloque de naciones neutrales y la tendencia de Europa a constituirse en grandes ententes económicas y políticas. Una Europa reunida en uno o dos grupos de mercado común y de colaboración militar y científica, puede desempeñar de nuevo, y de otra manera, una función rectora en la historia del mundo. La Europa de Euratom, de la Nato, del Mercado Común, de la proyectada universidad europea, puede llegar a ser el más importante bloque de ciencias, de cultura y de dirección humana del mundo de los próximos años.

No sólo hay una nueva humanidad sino también una nueva ciencia. La geometría y la física de nuestros manuales está muerta. El universo newtoniano está casi tan caduco como llegó a estar el universo de Ptolomeo. Hablar de la materia y de la energía, como cosas distintas, es tan anacrónico e inexacto, como lo fue ayer hablar de que la naturaleza le tiene horror al vacío. Durante el último medio siglo ha surgido una nueva y totalmente distinta concepción del universo, una física nueva, una química nueva, una concepción probabilística de la causalidad, y una ciencia de las comunicaciones que, como primer paso, le ha permitido al hombre crear los cerebros electrónicos y que le ofrece posibilidades para las que, en nuestro atrasado vocabulario, solamente encontramos los adjetivos de mágico o diabólico. En las fórmulas de la física matemática se ha encontrado hasta un nuevo diablo que se llama la entropía.

Se está al borde de la producción de la fotosíntesis artificial, que significará la posibilidad de libertar al hombre del cultivo de la tierra. En grandes plantas industriales se producirán por procesos químicos los alimentos que hoy dan

las cosechas. Los grandes espacios naturales podrán convertirse en jardines o en bosques.

Todo este proceso científico que estamos viviendo con una dramática celeridad, precipitado por la pugna de dominio entre los dos grandes bloques mundiales, ha traído como consecuencia lo que algunos llaman la Segunda Revolución Industrial. La primera, que ocurrió con la invención de la máquina manufacturera en Inglaterra, cambió radicalmente la faz del mundo. Surgieron los grandes centros fabriles, crecieron las ciudades vertiginosamente, se formó el proletariado industrial, se constituyó el mercado mundial y la producción de bienes alcanzó niveles que nunca pudieron soñarse en épocas anteriores. Esto lo hicieron la energía del vapor y las máquinas de trabajo que reemplazaron la fuerza muscular y el trabajo humano.

La Segunda Revolución Industrial, que está en pleno desarrollo, se caracteriza por la aparición de la energía atómica y de la llamada automación o automatización. La utilización de la energía atómica pone al alcance del hombre la posibilidad de la fuente de energía más poderosa, más manuable, más compacta y más independiente de condiciones geográficas. Las viejas fuentes de energía, aún el carbón, el petróleo y la electricidad hidráulica, estaban limitadas en su aprovechamiento por cierta especialización geográfica, derivada de la localización de las fuentes. La instalación de un reactor nuclear no está condicionada, prácticamente, por ningún factor geográfico. En teoría, es posible instalarlo en cualquier parte. Esto significa que el privilegio geográfico de los países poseedores de fuentes primordiales de energía va a terminar. Esto significa que las posibilidades de desarrollo económico, en un tiempo de energía atómica y

de fotosíntesis artificial, más que de factores geográficos dependerá de factores humanos. Es decir, dependerá de la calificación científica y técnica y de la capacidad de trabajo y creación de los habitantes de cada país. O lo que es lo mismo, dependerá del nivel de rendimiento de sus universidades.

La automación significa el reemplazo del hombre por la máquina en muchas de las funciones de dirección, de cálculo y de decisión que no le había arrebatado la Primera Revolución Industrial. Hoy es posible concebir plantas industriales en las que se requiere la intervención de muy pocos seres humanos. No solamente las máquinas realizan el proceso de la producción material de objetos, sino que otras máquinas las dirigen, las corrigen y las analizan.

El desarrollo de la Segunda Revolución Industrial le va a plantear al hombre algunos de los más extraordinarios problemas sociales y psicológicos de toda su existencia. El problema del futuro podría no ser el del trabajo, sino el del ocio de millones de seres humanos, liberados por las máquinas de la tarea diaria. ¿Qué se va a hacer con el ocio de esos millones de hombres para que no se degraden y se destruyan moralmente al sentirse inútiles?

Entre ese vértice combatiente del hombre de hoy está Venezuela. Venezuela que necesita adoptar la actitud más previsiva e inteligente posible ante esos cambios y, simultáneamente, resolver los problemas que viene de su pasado.

Venezuela no sólo necesita prepararse para ese nuevo mundo que comienza, sino que tiene que dar la orientación y los hombres para lograr su más completo desarrollo, para la ocupación útil de su territorio, para la utilización racional y completa de sus recursos, para dar a cada uno de sus

habitantes la posibilidad efectiva de una vida humana, sin miseria, sin ignorancia, sin frustraciones, dándole a cada quien todas las posibilidades razonables de ser útil a sí mismo y a los demás, y abriendo a los mejores todas las facilidades de realización y de ascenso.

Esta obra de salvación, este gran designio nacional, tiene que tener su asiento y su punto de partida en la universidad venezolana. En una universidad venezolana que no se contente con ser solamente el reflejo pasivo del país presente, sino el activo semillero del país que el futuro reclama.

En una universidad que no sólo produzca los profesionales de la más alta calificación que las tareas de ese futuro exigen, sino que se empeñe en las labores de estudio, investigación y creación, al nivel de las primeras universidades del mundo, para asegurar a Venezuela la posibilidad de desempeñar un papel en ese futuro.

El designio nacional

Son los fines los que deben determinar la estructura y el funcionamiento de la universidad. La universidad medieval fue esencialmente transmisora del saber superior de su tiempo. Lo que había que saber estaba sabido por alguien y no había por qué molestarse en dudar y descubrir. La universidad renacentista fue orientadora del espíritu hacia nuevos rumbos en los que implícitamente estaba comprendida una revaloración del mundo y del hombre. Se había pasado del teólogo al humanista. La universidad del siglo XIX tuvo el fin predominantemente utilitario de producir profesionales para las nuevas tareas de la vida social. Esto la llevó a comprender que estaban por hacer los hombres para las nuevas necesidades, pero que también

estaban por hacer las nuevas ciencias. Fue el tiempo auroral de la investigación creadora.

Dentro de ese cambio, la universidad alemana cobra una fisonomía peculiar. Por encima de toda otra preocupación se pone al servicio del destino alemán y para servirlo más cabalmente repiensa la ciencia y la filosofía y la historia. Es el largo tiempo de Hegel y de Gaus y de Humboldt, y de Ranke y de Ratzel. Es la intención abierta que se revela cuando Fichte escribe sus *Discursos a la nación alemana*. Es una universidad movida por un gran designio nacional.

Si la universidad venezolana va a ser únicamente un centro de transmisión de conocimientos, o tan sólo una escuela de formación de profesionales, su organización, su fisonomía y su espíritu tienen que ser distintos de lo que se requeriría si va a ser, además de eso y por sobre eso, la proa del destino venezolano, la avanzada intelectual y el semillero donde se va a anticipar el porvenir, y los objetivos nacionales dentro de ese porvenir, para preparar los conocimientos y los hombres que han de convertirlo en realidad favorable.

Las grandes líneas que el futuro mediato e inmediato presenta como un desafío a los venezolanos son conocidas. Basta reflexionar, con un poco de objetividad, sobre las condiciones presentes del país y del mundo para darse cuenta de ellas. Somos un país de riqueza actual y potencial con graves desigualdades de desarrollo. Tenemos un gran porcentaje de gente baldía, de tierra baldía y de recursos baldíos. Resolver ese problema adecuadamente supone el estudio y la laboriosa dedicación de muchos hombres de ciencia y de técnicos, que tendrán que realizar desde un replanteamiento de nuestra geografía, desde una reclasificación y reacondicionamiento del capital humano, desde una nueva concepción de

la educación, desde una nueva reestructuración de la familia, desde una pedagogía, y de una profilaxia y una higiene y una terapéutica, hasta una nueva concepción de los problemas del urbanismo y de la vivienda, y una justa solución tecnológica, económica y humana de los problemas de la producción, la distribución y el mercado. Simplemente, tenemos planteado, porque en parte lo hemos heredado y en parte lo hemos tratado de resolver en forma inadecuada, un problema del hombre, del medio y del mundo. Cómo lograr lo mejor del hombre venezolano y del medio venezolano para que Venezuela pueda contribuir de una manera activa e importante al destino del mundo.

Los hombres para la concepción y realización de ese gran designio nacional no pueden salir sino de la universidad venezolana. Si la universidad no está en capacidad de darlos, Venezuela se quedará retrasada, desviada y pasiva, malgastando su inteligencia y sus energías en pugnas secundarias, porque no tendrá manera de reemplazar a esos hombres para lograr ese destino.

Está dentro de las posibilidades reales y efectivas del presente que Venezuela pueda ser el país más desarrollado económica y socialmente de la América Latina, el país que haya logrado el mejor aprovechamiento de su territorio y de sus recursos, el país con la mayor productividad, con la mejor calificación profesional de sus hombres y con el más alto nivel de vida para su pueblo, y, por lo tanto, el país más influyente, autónomo y respetado de nuestra América. Para ello cuenta con el precioso instrumento, con la enorme masa de capital gratuito y utilizable que representan los recursos naturales de su suelo y de su subsuelo. No nos falta sino saber utilizar inteligente y eficazmente esa posibilidad instrumental.

Pero para ello tendríamos que comenzar por tener una universidad venezolana que, en lugar de ser reflejo pasivo de las pugnas del presente, fuera la semilla poderosa del futuro. Una universidad que fuera la imagen laboriosa y fecunda de esa Venezuela que ha de comenzar a hacerse en ella. El anticipo vivo del gran designio nacional.

En la universidad venezolana se está decidiendo el destino de Venezuela. En ella y en ninguna otra parte. Si logramos entre todos, legos y sabios, gobernantes y gobernados, estudiantes y docentes, concebir el problema en estos exactos y graves términos comprenderíamos que, con una urgencia de vida o muerte, con una prioridad acaso superior a ninguna otra cuestión, Venezuela necesita una universidad de primera clase, una universidad al nivel de las más adelantadas y eficientes del mundo, porque Venezuela necesita asegurar su mejor futuro y si la universidad no los da, Venezuela estará condenada a quedarse sin esos hombres imprescindibles y, por lo tanto, sin ese futuro.

Sobre esto deberíamos pensar con sinceridad desgarrada todos los venezolanos, y más que nadie aquellos que tienen a su cargo, como autoridades, profesores o estudiantes, la vida y el rendimiento de nuestros institutos universitarios.

La universidad y el destino nacional están indisolublemente unidos. Si yo tuviera la facultad de hacerlo pondría a la puerta de cada uno de nuestros institutos superiores, este simple letrero para la diaria meditación de estudiantes y profesores: “Con una universidad de segunda clase no se puede hacer un país de primera clase”.

1962

CONTRARRÉPLICA SOBRE EL MISMO TEMA[1]

I. El país, la universidad y el esquema marxista

En un largo y divagante artículo el profesor Rodolfo Quintero, para cumplir con sus deberes de secta, trata de rebatir lo que yo, en este mismo diario, escribí sobre "La universidad y el país".

En mi exposición señalaba yo las deficiencias y el retraso de la universidad venezolana como uno de los hemos más amenazantemente negativos de

---

[1] El profesor Rodolfo Quintero, de la Universidad Central de Venezuela, sostuvo puntos de vista diametralmente diferentes en una serie de artículos que a manera de réplica publicó en esa ocasión. Para mayor diafanidad de la exposición de mi punto de vista, creo útil recoger aquí mi parte de esa polémica (Nota del autor).

nuestro presente. Sorpresivamente para mí, el profesor Quintero se muestra de acuerdo con esto, al decir en su artículo: “Las fallas que se anotan son reales y han sido acusadas por investigadores y comentaristas diversos”, y más adelante añade: “las deficiencias señaladas por el doctor Uslar Pietri existen y ya eran conocidas. La mayoría de esas imperfecciones reflejan una crisis universitaria de crecimiento y desarrollo y muchas pueden y deben superarse ahora mismo”. Esto pareciera revelar que no hay materia de discusión, puesto que el aparente contrincante se muestra de acuerdo con la afirmación fundamental que hice en mi artículo. Sin embargo, para terminar confesando que las críticas que he formulado a la universidad venezolana son ciertas, el profesor Quintero hace referencia a muchas cosas, que son poco defendibles para un criterio objetivo.

No parece dolerle que la universidad venezolana sea de segunda clase, porque según él. Venezuela también es un país de segunda clase y no puede tener una universidad mejor que ésta: deficiente y deformada que padecemos. Dice al efecto:

> En el escalafón occidental de las universidades, la venezolana ocupa el puesto asignado a los centros culturales de los países semiindustrializados. No hay ejemplo de universidades de “primera clase” en países de economía y estructura atrasadas. La ciencia moderna se desarrolla con la industrialización. ¿Acaso conoce el doctor Uslar Pietri alguna Universidad de primera que funciones en algún país monoproductor?

Una de las cosas más desoladoras e inaceptables que tiene el marxismo, para todo espíritu libre, es su dogmatismo simplista y su reducido conjunto de fórmulas y recetas hechas, listas para ser aplicadas a toda situación

histórica o social, pasada o presente, que pueda ofrecerse a consideración. Están en posesión de la verdad y la han reducido a esquemas simples que permiten explicarlo y comprenderlo todo. Los que no aceptan ese esquema (y son muchos y, entre ellos, algunas de las más brillantes inteligencias del mundo moderno) están en el error o son ideólogos, es decir gentes malévolas que se empeñan desesperadamente en no aceptar la verdad y en ocultar la realidad para tratar de preservar y defender determinadas situaciones sociales que las favorecen. Para el profesor Quintero yo no puedo estar sino en el error y no soy sino un ideólogo; "el más talentoso y hábil ideólogo de las clases sociales predominantes del país". Debo agradecerle el elogio en que ha envuelto el dardo. Esta simplificación marxista, anticientífica y estancadora del progreso intelectual, lleva a algunos hasta creer que con el sólo hecho de hacerse marxista se descargan para siempre del trabajo de pensar, del trabajo de analizar, de buscar y de dudar, que ha sido el punto de partida de todo el progreso del conocimiento, para dedicarse pasivamente a buscar en el arsenal de las divulgaciones marxistas la fórmula hecha que puedan aplicar a cualquier situación dada. Pasa con los marxistas un poco lo que llegó a pasar con los escolásticos de la Edad Media. Para todos ellos toda verdad filosófica estaba en Aristóteles y todo el esfuerzo mental se reducía a buscar en el estagirita la fórmula que aplicar al problema que se les presentara. Estamos asistiendo hoy, a estas alturas de la civilización occidental, a una especie de aparición rígida de una escolástica marxista, donde todo el trabajo se reduce a buscar en el maestro las fórmulas ya hechas, puesto que toda la verdad está en él, y todo lo que fue anterior a él, o está en desacuerdo con él, es sencillamente craso error o contumacia ideológica. El primero que se hubiera reído de este fariseísmo, de este anacrónico escolasticismo hubiera

sido el propio Marx que, por encima de todo, fue siempre un hombre de ciencia, de búsqueda, de duda y de análisis y nunca un descolorido repetidor de dogmas filosóficos.

Pero no se trata aquí de discutir el marxismo, que es materia larga y compleja, sino de explicar algunas contradicciones.

El profesor Quintero lo que parece decir es que fuera de los grandes países industrializados no puede haber universidad, porque "la ciencia se desarrolla con la industrialización". Toda la historia niega este aserto, que no es sino la aplicación apresurada de una fórmula marxista de segunda mano. Los griegos crearon la filosofía y la ciencia sin industrialización. Euclides creó la geometría cuando se estaba a millares de años de fabricar el primer motor. La más grande construcción del pensamiento de los tiempos modernos, la filosofía de Kant, surgió en una ciudad provinciana de la Prusia agrícola del siglo XVIII. Las más de las concepciones que han hecho el mundo moderno surgieron antes de la Revolución Industrial. Descartes, Hegel, Gauss, son preindustriales. Tampoco es cierto que no pueda haber una buena universidad en un país monoproductor. La universidad médica de Sao Paulo, en Brasil, es hoy una de las mejores del continente americano. Para hacer una buena universidad no se necesita sino maestros de primera clase, y el poder reunir esos maestros no depende en nada del grado de diversificación industrial de un país. Con el dinero que gastamos en la actual universidad, podríamos haberlos reunido en Caracas y, si creáramos espíritu universitario, tendríamos una universidad de primera clase. ¿O es que se piensa que por el hecho de que se establezca en Venezuela unos altos hornos y dos o tres fábricas de tractores cualquiera de los que enseñamos se va convertir, ipso facto, en un mejor profesor? Esto, en todo

caso, pertenecería a la magia y no al marxismo. Tampoco creo que por el hecho de pasar el país de la esfera occidental a la soviética fuera tampoco a mejorar por ese sólo hecho la universidad. Mejorará si en ella se reúnen sabios y dedicados profesores y estudiantes selectos y disciplinados movidos por el deseo de aprender. Y ello es factible e uno u otro régimen.

Con esto basta para señalar mi desacuerdo con esas manifestaciones. El profesor Quintero parece creer que Venezuela está condenada a ser un país de segunda clase y a tener, fatalmente, una universidad de segunda clase mientras no ocurran ciertos "cambios en nuestra organización social". Es decir, mientras no ocurra una revolución socialista. Yo no lo creo así. El profesor puede aceptar el atraso venezolano como una fatalidad marxista, porque él pone su esperanza en la incorporación del país al bloque socialista, con lo que, de inmediato, se resolverían todos los problemas. Yo tengo la desventaja de no poder resignarme a esperarlo así, porque, desgraciadamente, no tengo sino un país, que es Venezuela, y sólo con él gano y pierdo y uno mi suerte, sin que pueda compensarme, ni consolarme, lo que ocurra en Nueva York o en Moscú. Para mí, como para muchos otros venezolanos, es vital que Venezuela sea un país de primera clase y tenga una universidad de primera clase. Es vital y es posible.

II. El esquema y el absurdo

El profesor Rodolfo Quintero en otro artículo, esta vez más corto, se esfuerza en replicar lo que me vi obligado a escribir frente a sus temerarias aseveraciones sobre la situación y el destino de la universidad venezolana.

Las contradicciones y los absurdos en que el esquema marxista, que necesita aplicar a rajatabla, la colocan, se hacen todavía más evidentes e insalvables en esta oportunidad.

No es cierto que yo rehúya discutir el marxismo y su validez como explicación filosófica, económica e histórica. Para hacerlo con buenas armas me bastaría con recurrir, cómodamente, a las extensas y serias objeciones y refutaciones que muchas de las mejores mentalidades del mundo contemporáneo le han dirigido. Para ello podría contar con la ayuda y cooperación de gentes tan notables y diversas como Benedetto Croce, Dilthey, Toynbee, Jaspers, Max Scheler, Huizinga, Albert Camus, Bertrand, Russell, Sartre, Heidegger, Ortega y Gasset, Manheim, Einstein, el gran físico Gibbs, el sabio Oppenheimer, etc. Este sería un debate muy necesario e iluminador del que se beneficiaría mucho la opinión ilustrada del país que ha estado demasiado tiempo bajo el son de una sola campana doctrinaria.

Pero por ahora nos vamos a atener a lo que el profesor Quintero llama "un balance simple y objetivo del estado de la discusión de hoy".

La materia de la discusión no parece ser la existencia de graves deficiencias en la universidad venezolana, que la imposibilitan para desempeñar la función que el país tiene derecho a esperar de ella, y que yo he señalado someramente en mis artículos anteriores, puesto que Quintero acepta que esas deficiencias y que muchas de ellas son corregibles.

La materia debatible, según él, parece ser otra. Dice en efecto:

> …pero la verdad es que sí hay materia de discusión. Están en juego dos concepciones sobre Venezuela y su futuro (una que se conoce leyendo los artículos de UP, y otra que se desarrolla en el

> artículo de RQ) sobre la Universidad y su función social, dos ideologías, dos manifestaciones del fenómeno que conocemos con el nombre de patriotismo.

Acepto que mi patriotismo es distinto y seguramente más estrecho que el suyo, puesto que en el mío no entra sino Venezuela, mientras que en el de él, además de Venezuela, entra todo el orbe soviético. Este hecho es aparentemente infranqueable e irremediable. El profesor Quintero es comunista y yo no lo soy. Su pensamiento está dirigido y condicionado por el objetivo de extender la revolución soviética a Venezuela y al resto del mundo. Mi pensamiento, bastante ecléctico e independiente, tiene por objeto la problemática venezolana, es decir, cómo hacer de este un país verdaderamente grande, verdaderamente desarrollado, verdaderamente independiente, que no sea satélite pasivo de ningún gran centro de poder universal. Sobre estos puntos va a ser muy difícil que él y yo lleguemos a ponernos de acuerdo.

Sin embargo, no es esta tampoco la materia del debate, puesto que el profesor Quintero, hasta ahora, no ha dicho que es indispensable ingresar a la órbita soviética para tener una universidad de primera clase. Haberlo dicho sería lo mismo que sostener el exabrupto de que las de Londres, Oxford, París, Gotinga, Heidelberg, Harvard o Chicago no son universidades de primera clase. Por lo tanto, debemos dar por admitido, que no es imprescindible que Venezuela ingrese al campo soviético para poder tener una universidad satisfactoria.

Lo que mi contrincante parece sostener es otra cosa diferente, a saber, que la posibilidad de tener una universidad de primera clase está estrechamente relacionada con el grado de desarrollo industrial. Esto es lo que reitera en

varias ocasiones en su artículo. Y cuando se ve obligado a admitir que en la ciudad de San Paulo, del Brasil monoproductor, funciona una universidad del más alto rango científico, lo declara “un ejemplo excepcional en todo caso que fortalece nuestro planteamiento sin necesidad de referirnos la potencialidad industrial donde funciona esa universidad”.

Aunque no veo la razón por la cual en Venezuela no pudiera haber una “excepción” semejante, lo que deseo destacar es el límite de absurdo en que la necesidad de aplicar de manera simplista el esquema marxista lo coloca.

Las consecuencias finales de su punto de vista serían que la ciencia ni es universal, ni es transmisible, ni es asequible, sino que la posibilidad de desarrollarla, compartirla y adquirirla está geográficamente limitada a las zonas en que existe un gran desarrollo industrial. La realidad niega que las grandes universidades estén en los grandes centros industriales. Muchas de las más famosas de ellas están más bien en pequeñas ciudades apartadas, lejos de los centros fabriles, como es el caso de Cambridge, o de Yale, o de Princeton, o de Lovaina, o de Heidelberg. Esto significa que puede haber una buena universidad lejos de un centro industrial a condición de que logre reunir profesores y estudiantes de alta calificación. No veo la razón por la cual, si es posible establecer una universidad de primera clase a mil kilómetros de distancia de un gran centro industrial no haya de ser posible establecerla a 4 mil o a 8 mil kilómetros de distancia del mismo. Es decir, en Caracas, en lugar de Sao Paulo.

A menos que, lo que no quisiera ni sospechar, el esquema marxista simplificado pueda llegar a la formulación de una curiosa especie de ley de la sabiduría decreciente, por la cual los conocimientos que puede adquirir

un hombre están en razón directa de su proximidad a un gran centro industrial y en razón inversamente proporcional a su alejamiento del mismo. Habría que trazar radios desde Pittsburgh o desde el Ruhr para determinar la distancia máxima a la cual puede existir universidad o sabiduría y acaso habría que llegar al extremo de admitir que los sabios van dejando de serlo inexorablemente a la misma velocidad en que se alejan de los centros industriales.

El prurito de aplicar esquemas rígidos a los fluidos procesos sociales de la historia lleva con frecuencia a bordear estos extremos de absurdo, sobre los cuales ya no es posible intentar una discusión.

Los esquemas rígidos son los mayores enemigos del pensamiento y de la ciencia y terminan por esterilizar las mentes. Toda mente libre, preocupada por la búsqueda de la verdad, tiene que mirar con espanto esas simplificaciones que por querer abarcarlo todo terminan por carecer de significación y validez. El mismo Marx hubo de asustarse ante el surgimiento en su propia vida de estos apresurados e inaceptables esquemas de su pensamiento según lo ha recordado Federico Engels: "Esos señores (estudiantes, literatos y demás jóvenes burgueses degradados de clase) hacen marxismo pero de la especie que usted conoció en Francia hace diez años y que hacía exclamar a Marx: "Lo único que sé es que yo no soy marxista". (Carta de F. Engels a P. Lafargue de 27 de octubre de 1890, Prefacio del instituto Marx-Engels-Lenin a *La Guerra Civil*, de Karl Marx. Bur. D´Ed. 1933, p.13).

Si Marx lo ha dicho yo no podría decir menos.

III. ¿Está condenada Venezuela a ser país de segunda clase?

Todo tiene que llegar a su fin. Hasta las discusiones con el profesor Rodolfo Quintero. Esta ha sido una discusión divagante, en la que, por una especie de truco de transformista de circo, a cada momento parece cambiar la cuestión debatida. Mi contrincante, cuando se siente acorralado en un punto, se esfuma y reaparece en otro sosteniendo un nuevo punto de vista. Yo no creo que este boxeo con una sombra cambiante ofrezca ya interés para mí y mucho menos para los lectores de estos artículos, quienes ya han recibido suficiente información para poder formarse un criterio objetivo.

Sin embargo, podríamos hacer un breve resumen y recapitulación. Primero dije yo que la universidad venezolana estaba plagada de deficiencias y que el país requería transformarla y mejorarla para que pudiera dar el rendimiento que de ella podía esperarse. A esto replicó el profesor Quintero reconociendo que la universidad tiene esas deficiencias, pero que no pueden ser superadas, porque los países de segunda clase no pueden tener universidades de primera clase. La explicación de por qué Venezuela es un país de segunda clase, condenado a permanecer siendo para siempre un país de segunda clase y, por lo tanto, con una universidad deficiente, no la llegó a dar nunca. La razón de esta fatalidad no podía ser que no perteneciéramos a la órbita soviética, porque nadie se ha atrevido a afirmar, hasta ahora, que las solas universidades de primera clase que existen son las del mundo soviético. Para decir esto hubiera tenido que borrar del mapa a las más grandes y famosas universidades existentes que son, precisamente, las que han creado la ciencia moderna.

Tampoco al hecho de que Venezuela no sea una gran potencia industrial, puesto que la ciencia es universal y transmisible y nada impide que se formen sabios venezolanos y que sabios de otros países vengan a enseñar

entre nosotros. Es decir, que si se puede establecer una buena universidad a mil kilómetros de un centro industrial, no existe ninguna imposibilidad para que pueda establecerse a 4 mil u 8 mil kilómetros. Para tener una buena universidad en Venezuela no hace ninguna falta que nos afiliemos a la órbita soviética, ni que establezcamos previamente grandes industrias pesadas. Esto no pasa de ser un absurdo. Lo que necesitamos es invertir sensatamente el dinero, que hoy malgastamos, en hacer una buena universidad seleccionando alumnado y profesorado y poniéndolos a trabajar, con buenas dotaciones y bibliotecas a un ritmo de pleno y eficiente trabajo universitario. Como lo hacen todas las universidades de primera clase del mundo y como también lo hace la universidad soviética, donde los profesores se dedican exclusivamente a la enseñanza y la investigación, donde los estudiantes son constante y rigurosamente seleccionados en cada nivel de educación, donde se realizan frecuentes exámenes y pruebas, donde no se admite siquiera la posibilidad de un repitiente y donde las labores universitarias absorben todo el tiempo útil. No existe ninguna maldición faraónica que impida que sea posible realizar esto en Venezuela, si los venezolanos nos resolvemos a hacerlo, conscientes de que, sin una buena universidad, no podremos sacar adelante la empresa de hacer a Venezuela.

Esto es lo que yo he sostenido y sobre esto no parece quedar materia de discusión.

Sin embargo, el profesor Quintero, afirma en su último artículo, que ha logrado encontrar “solamente dos cuestiones relacionadas íntimamente con el asunto”. Por un elemental deber de cortesía me quiero referir a ellas antes de concluir.

Una es que yo pretendo negar “la interrelación entre el desarrollo de los centros de investigación y estudio y la industrialización”. No sé dónde haya podido yo decir que existe una especie de ciencia inerte, separada de la vida y de sus aplicaciones prácticas, y un desarrollo industrial, huérfano de toda vinculación científica. Esta clase de absurdas simplificaciones no están entre los pecados intelectuales en que yo pueda incurrir. Hay una relación evidente entre el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones prácticas a la industria y a los armamentos. Esto lo sabe cualquier lector de periódicos. Lo que sí no puede sostenerse, y es el error en que incurre el profesor Quintero por su manía de esquematizar, es que la ciencia y sus aplicaciones estén circunscritas a los países o a las zonas de gran desarrollo industrial. La ciencia es universal y comunicable y sus aplicaciones pueden extenderse a todo el planeta. La pueden adquirir los chinos, los congoleses o los paraguayos, lo mismo que la adquirieron los canadienses o los noruegos. El esquema marxista, que circunscribía las posibilidades de ciertos desarrollos sociales, políticos y culturales a determinadas zonas, quedó destruido por la repetida negación de la historia. El Japón feudal del siglo XIX pasó en una generación, bajo el Emperador Meiji, a convertirse en una gran potencia. Simple y llanamente porque un grupo de hombres esclarecidos, concibieron un gran designio nacional y lo pusieron en práctica de manera eficaz. También contra el esquema marxista, la revolución socialista no se realizó en ninguno de los grandes centros industriales del mundo occidental, sino en la Rusia feudal, campesina y atrasada del zar Nicolás II, por obra de un puñado de hombres de férrea voluntad, unidos en un común designio. En ambos casos, la historia se realizó en contradicción contra el esquema marxista. No veo por qué en el caso de Venezuela no pueda ocurrir lo mismo

y hacer nosotros, en la vida de una generación, una universidad de primera y un país de primera.

El segundo punto consiste en afirmar que la Universidad de Sao Paulo es una excepción. Pregunto yo: ¿una excepción a qué? ¿Al esquema seudomarxista de que no puede haber una buena universidad en un país no industrializado? Creo que la validez de ese esquema ha quedado destruida por la historia. En Sao Paulo hay una universidad de primera clase, no por obra de una milagrosa excepción a una rígida ley histórica infranqueable, sino porque un puñado de hombres se decidieron a poner los medios necesarios para lograrla y la lograron. Los medios son los mismos que han empleado las grandes universidades del mundo, soviéticas o no, y están a nuestro alcance.

Esto es todo, lo demás pertenece al criterio de cada quien. Pero para no quedar de menos, quiero corresponder a la cita que hace Quintero de una frase de Sartre, con otra del mismo autor que confirma mucho de lo que he dicho en estos artículos que hoy concluyo:

> …la doctrina marxista va secándose; sin controversias internas, se ha degradado hasta un determinismo estúpido. Marx, Engels y Lenin han dicho mil veces que la explicación por las causas debía ceder el sitio al proceso dialectico, pero la dialéctica no se dejar meter en fórmulas de catecismo. Se difunde por todas partes una ciencia primaria y se reseña la historia por yuxtaposición de series causales y lineales; el último de los grandes ingenios del comunismo francés, Politzer, fue obligado a enseñar, poco antes de la guerra que " el cerebro segrega el pensamiento" como una glándula endocrina segrega sus hormonas; cuando quiere, hoy,

interpretar la historia o las conductas humanas, el intelectual comunista toma de la ideología burguesa una psicología determinista fundada en la ley del interés y del mecanismo (J.P. Sartre. ¿Qué es la literatura? Losada. Buenos Aires, p.225).

UNIVERSIDAD Y REVOLUCIÓN

En el conmovido y cambiante mundo de los últimos años ha surgido con caracteres extraordinarios el fenómeno de la agitación estudiantil. En las primeras planas de los diarios ha sido frecuente encontrar la información de la violencia juvenil en sus más variadas formas. Desde la vasta insurrección que sacudió a París en mayo de 1968, hasta los graves incidentes en las universidades de Estados Unidos, Alemania, Italia y otros países. Fue la inesperada irrupción de un hecho nuevo, casi como una invasión inusitada en el quieto ambiente de los "campus" y las aulas tan serenos y laboriosos de las viejas universidades. Estudios, libros, conferencias, se han destinado al análisis de este importante fenómeno de la vida contemporánea. Ha tenido sus profetas y sus críticos, se le ha escudriñado como fenómeno político, como hecho psicológico, como brecha generacional, como rebeldía contra la civilización, como crisis de la cultura y como proceso de mutación humana y social.

Los incidentes en las viejas universidades de los grandes países desarrollados, han ido disminuyendo paulatinamente desde su apogeo de hace cuatro o cinco años. Se han iniciado importantes procesos de modificación y reestructuración del concepto y los mecanismos de los institutos superiores de estudio, se han creado muchas nuevas formas

experimentales y, sin duda, se está en camino de otras muchas y mayores transformaciones en todo el campo de lo educativo. Para darse cuenta de ello basta leer un libro como el informe de la comisión Faure, que ha publicado la Unesco recientemente bajo el título de *Aprender a ser*.

Sin embargo, mientras la tempestad parece calmarse o cambiar de signo y rumbo en los viejos países industriales, la situación en los llamados países subdesarrollados no ha mejorado sensiblemente. Desde El Cairo hasta Bogotá y desde Buenos Aires hasta las recientes capitales del África negra, la agitación estudiantil no parece amainar. El trabajo universitario se encuentra interrumpido u obstaculizado con mucha frecuencia por manifestaciones, protestas, tomas y contradictorias aspiraciones que no hallan otro cauce que el de la violencia. Hay como un desesperado e irracional propósito de hacer, simbólica y destructivamente, una especie de asalto revolucionario a la institución universitaria, con lo que no llega a ser ni revolución ni universidad.

Esta es una importante característica de la juventud del llamado Tercer Mundo, o por lo menos de buena y actuante parte de ella.

En el fondo de esto existe, y es lo importante, una idea o un propósito. No son estallidos esporádicos o fenómenos aleatorios que surgen un poco por combustión espontánea, sino que hay detrás de ellos una concepción y esa concepción, dentro de una variedad de puntos de vista políticos de muy diversa índole, se caracteriza fundamentalmente por pensar que la universidad puede ser un instrumento de revolución, que en la universidad puede hacerse la revolución, que es posible llevar a un país a una revolución política a través de la lucha violenta en la universidad. El centro de poder que había que tomar para apoderarse de un país o de una ciudad

se ha convertido, a los ojos de algunos jóvenes, en la universidad. Ya no es la Bastilla o el Palacio de Invierno lo que hay que conquistar, sino la universidad para lograr, como consecuencia, la destrucción o alteración de todo el sistema socioeconómico dentro del cual está inserta la universidad. Es ciertamente un procedimiento a largo plazo.

Esta hipótesis, que puede ser defendida, contiene, a mi modo de ver, muy objetables presunciones y parte de supuestos que no son ciertos.

La revolución en la universidad

El problema es éste y, me parece a mí que aquí reside el malentendido fundamental. ¿Qué es lo que se quiere? ¿la revolución en la universidad para los que quieren la revolución y el cambio, o la universidad en la revolución? No es lo mismo, no es exactamente lo mismo. Hacer la revolución en la universidad es relativamente fácil y puede consistir sencillamente en impedir que la universidad funcione, en hacer manifestaciones violentas, en interrumpir el curso de la enseñanza, en destruir instalaciones, en crear un clima de inestabilidad y de discontinuidad que paralice la universidad. Esto sería la revolución en la universidad, que es una aplicación simplista de los métodos por los que la insurrección se hace en una ciudad o en un país, es decir, la conquista violenta del poder. Sólo que el poder universitario no se conquista aislada ni violentamente, porque la universidad no es un ente aparte de la sociedad a la que pertenece y por más que lograra un grupo impedir el funcionamiento de la universidad, con esto no habría conquistado el poder en el país ni habría entrado en posesión de los instrumentos que le permitirían utilizar esa universidad para otros fines. De modo que hay en esto un malentendido o un espejismo.

En cambio, la idea de la universidad en la revolución sí tiene sentido. Todo hombre que piense con seriedad en que el mundo tiene que progresar, en que el progreso se ha hecho a base de herejías, en que la civilización se ha hecho con gentes que han encontrado nuevas verdades o que las han buscado desesperadamente, tiene que admitir que el gran instrumento de cambio y de progreso del hombre es el saber, no el puño, no es el grito, no es el golpe, no es el arma, es la cabeza, es el saber, es el conocimiento el que ha hecho que el mundo se transforme y es esto y no lo otro lo que ha estado detrás de todas las grandes revoluciones. Todos los que han decidido que debe haber una revolución, han comenzado por armarse, es decir, por absorber dentro del medio superior de aprendizaje que es la universidad, toda la suma de conocimientos para poner esos conocimientos al servicio del programa revolucionario, es decir, la universidad en la revolución y no la revolución en la universidad, que desgraciadamente es tan fácil de intentar y, a la vez, tan inoperante y tan negativo.

Si se lograra el programa de paralizar las universidades para intentar la revolución en ellas, lo que no puede tener consecuencia final porque mientras la sociedad no sea cambiada la universidad no puede serlo aisladamente, lo que debe ocurrir va a ser exactamente lo contrario de lo que se proponían. El principal instrumento de crecimiento y desarrollo que tiene un país, que es su educación superior, su capacidad de absorber ciencia y tecnología y distribuirla, se va a paralizar. Ese país que paraliza sus universidades o dentro del cual ocurre un movimiento que paraliza a sus universidades, inevitablemente se retrasa, pierde tiempo y rango, malogra sus instrumentos y armas para luchar por su independencia en escala mundial y para su reconocimiento: como país soberano, es decir, fatalmente

se condena a ser una país dependiente en lo más grave que tiene la dependencia, que es la dependencia mental, la dependencia de la ignorancia, la del atraso, que es la más grave de todas las dependencias porque es la más insalvable.

Pensamiento y revolución

Detrás de todas las grandes revoluciones que el mundo ha conocido hay un pensamiento y está, en alguna forma, la suma de la ciencia. El pensamiento revolucionario, el propósito transformador del mundo ha surgido precisamente de aquellos hombres que han logrado acumular en su cabeza la suma de conocimientos de su tiempo y es esta suma de conocimientos la que les ha permitido hacer una análisis con resultados y consecuencias nuevas del cuadro social, político y económico que los rodea y sobre cuyos hallazgos y resultados se han estructurado los movimientos revolucionarios.

Las grandes revoluciones han sido las hijas del saber, en una o en otra forma, e ignorarlo es una de las más graves ignorancias que puede haber. El gran movimiento que agitó a Europa y que está en la raíz del mundo moderno, que se llama la Reforma, comienza por ser un cuestionario dentro del saber teológico y filosófico que venía de la Edad Media y se inicia como una renovación del pensamiento superior en el siglo XVI, y luego se va a extender para afectar toda la estructura de la sociedad hasta que desemboca finalmente en la revolución de los puritanos en Inglaterra, con todas las inmensas consecuencias políticas, sociales y económicas que esto va a tener.

Lo inician quienes estaban entre los más altos pensadores de su tiempo. Es indudable que antes de que llegara siquiera a convertirse en la violencia

luterana, esto estuvo en la cabeza de un hombre que representaba el más elevado pensamiento del siglo XVI y que rea Erasmo de Rotterdam. Erasmo era la suma de la ciencia de su tiempo, el paradigma del sabio y fue el análisis de Erasmo sobre las Escrituras y sobre los orígenes del cristianismo, lo que puso la semilla de la cual salió después Lutero, que no era tampoco un ignorante ni un activista semiletrado, sino una de las inteligencias más altas y uno de los teólogos más sabios de su época. De Lutero y de Erasmo este movimiento se extendió a la política, llegó a los hombres de acción, pero se apoyaba fundamentalmente en toda una motivación ideológica y, para decirlo con la palabra exacta, científica, y así llegó a la gran revolución puritana de Inglaterra, que transformó el destino político de Europa y que estableció las bases del liberalismo moderno, del capitalismo y de grandes y profundas transformaciones en la condición del hombre. No fue destruyendo a las universidades, no fue contra los hombres de pensamiento, no fue contra el conocimiento universitario como se hizo este movimiento, sino dentro de él, aprovechándolo, partiendo de la suma de todo lo que se sabía.

El caso de la revolución francesa tampoco es distinto. También detrás de ella lo que estaba era la suma del conocimiento contemporáneo. Por un hecho simbólico y ejemplar, la Revolución Francesa tiene su raíz en una empresa de divulgación científica, en un esfuerzo supremo de poner al día el conocimiento, que es lo que se llamó la Gran Enciclopedia. En Francia, a mediados del siglo XVIII, un grupo de hombres que consideraba que no se evolucionaba con un paso suficientemente rápido y que el mundo estaba preso de errores y de supersticiones y de instituciones muertas, se dedicó a poner al día todos los conocimientos en todas las ramas científicas y a hacer

un inmenso libro donde esos conocimientos estuvieran juntos, que fue la Gran Enciclopedia. Esto lo hicieron gentes como Diderot, como Voltaire, como Rousseau, es decir, los hombres que en su tiempo y en su hora representaban la flor del pensamiento y del conocimiento científico. Nunca dijeron vamos a quemar los libros o a paralizar el conocimiento, sino, al contrario, se empeñaron en conocer hasta el fondo lo que se sabía y a ponerlo al día, para que a la luz de esto fueran visibles los errores y se abriera el camino del progreso. Cuando el pueblo de París toma la Bastilla, lo que ocurre allí no es un movimiento espontáneo de violencia, detrás de esa violencia estaba medio siglo de sabiduría, de estudio, de análisis, estaban las obras de Montesquieu, las de Voltaire, las de Rousseau y la gran Enciclopedia, por eso esa revolución tuvo un sentido y por eso esa revolución terminó siendo un movimiento hacia el progreso y no simple y llanamente una destrucción iconoclasta de lo que el hombre sabía, que lo hubiera condenado a la barbarie.

Cuando pasamos a la revolución más importante y reciente de nuestro tiempo, que es la Revolución Rusa, el caso es semejante. Todo el proceso de la Revolución Rusa no tiene por marco e instrumento únicamente la violencia callejera y la guerra civil, todo ese proceso que conocemos desde la toma del Palacio de Invierno hasta el golpe del estado del soviet de Petrogrado, no era sino el capítulo final, el resultado, traducido a acción y a violencia, de lo que había sido fundamentalmente conocimiento y ciencia.

Una hija de la universidad alemana

La Revolución Rusa es una hija de la universidad alemana, un vástago de la más exigente universidad alemana, de la más alta ciencia universitaria del siglo XIX. Se forma en la cabeza de un gran universitario alemán, de un

discípulo de Negel, de un hombre que absorbió toda la sabiduría filosófica que se enseñaba en las universidades del siglo XIX, que se llamaba Carlos Marx, y porque absorbió todo el conocimiento filosófico de su tiempo, porque era universitario en el más alto grado, porque fue un hombre que se dedicó a conocer y a estudiar toda la ciencia económica de su tiempo, toda la explicación histórica y toda la filosofía, por estar tan al día en el saber, pudo replantear el conflicto del hombre en sociedad en términos nuevos de los cuales salió la base para todo el movimiento socialista de los últimos cien años.

Cuando el soviet de Petrogrado toma el poder, lo que hace es escribir el capítulo final traducido a los hechos de lo que había sido fundamentalmente un proceso de la inteligencia y de la disciplina universitaria. Si los hombres como Marx, hubieran pensado que había que hacer la revolución en la universidad paralizándola y obstaculizándola porque esa universidad representaba al reaccionario rey de Prusia, esos hombres no hubieran creado el marxismo, no hubieran echado las bases sobre las cuales se hizo el gran movimiento revolucionario de nuestro siglo.

Es obvio y claro que ellos llevaron la universidad a la revolución, es decir, forjaron en la universidad el instrumental intelectual y científico, para darle un sentido a la revolución, pero no se les ocurrió llevar la violencia revolucionaria a la universidad, porque si lo hubieran hecho, si hubieran sido Carlos Marx o Federico Engels agitadores del tipo Cohn Bendit en sus tiempos de estudiantes, o el mismo Lenin, posiblemente no hubieran pasado de allí, no hubieran podido hacer lo que hicieron, no hubieran creado una ideología y una teoría revolucionarias. Hubieran sido los autores de un

olvidado episodio y no una fuerza mayor de la historia. En esto, precisamente, consiste el grave y peligroso malentendido.

Si esto ha sido así en el pasado inmediato, no lo puede ser menos en nuestros días, por muchas razones. Estamos viviendo en medio de la más extraordinaria explosión del conocimiento humano. Todos los días se crean ciencias nuevas, se hacen hallazgos científicos y tecnológicos, el progreso del mando no se está haciendo en las calles, sino en los laboratorios, lo hacen silenciosamente, recatadamente, los hombres que están poniendo en cuestionamiento las viejas verdades, los que están encontrando los nuevos hechos biológico, físicos, matemáticos y científicos de toda índole y son estos hechos los que se están traduciendo rápidamente en progreso y avance tecnológico.

Descerebrar un país

De modo que destruir la universidad es destruir el cable de conexión que un país tiene con el conocimiento del mundo, con el progreso científico, convertir la universidad en un campo de combate violento es sencillamente desnaturalizarla. Si alguna conspiración internacional se propusiera mantener a los países subdesarrollados en el subdesarrollo y en el atraso, esa conspiración no podría tener programa más eficaz que el de destruir las universidades en esos países. Quien destruya la universidad de un país le destruye el cerebro, quien le destruye el cerebro a un hombre lo convierte en un autómata, lo convierte en el más infeliz de los esclavos, porque es un esclavo que no sabe que es esclavo. De modo que destruir la universidad, hacer imposible que la universidad funcione, es la actitud más antirrevolucionaria que puede haber, más antiprogresista, es la más completa declaración de dependencia, de resignación y feliz dependencia

que pudiera hacerse. Si los hombres del Tercer Mundo, si los habitantes de los países en desarrollo quieren que esos países desempeñen un papel en la historia universal, surjan de su condición limitada, atrasada o dependiente, tienen un instrumento para lograrlo y es la universidad. Tienen que empeñarse en que en esos países funcionen universidades, funcionen las mejores universidades posibles, con el rendimiento más alto posible, para producir: en cantidad suficiente sabios, eruditos, especialistas, profesionales de todas las ramas fundamentales del conocimiento, porque es con ese instrumento como se logra la independencia y se gana el progreso en el mundo de hoy. Destruir la universidad es destruir, aniquilar e imposibilitar toda aspiración al progreso. Cuando nosotros vemos el camino que lleva la investigación científica en el mundo, cuando presenciamos cómo se reúnen centenares y millares de científicos de todas las procedencias en torno de aquellos inmensos equipos de ciclotrones, para estudiar todas las nuevas implicaciones de la estructura de la materia o de la energía, de donde salen estas hazañas tecnológicas que nos asombran entendemos que es allí donde está el asiento del poder y del progreso.

Saber es poder

Hoy más que nunca saber es poder. Los pueblos no van a ser grandes en el futuro, ni poderosos, por los millones de kilómetros cuadrados que tengan, ni por los millones de habitantes, ni siquiera por el volumen de sus riquezas naturales. Con todo eso pueden pasar a ser naciones de segundo, de tercero o de cuarto orden; con todo eso pueden pasar a la más absoluta dependencia, que es la dependencia de la ignorancia. Por el contrario, en la medida en que esos países, por pequeños que sean, por limitados que sean

en su extensión o en su población, por escasos que sean sus recursos naturales, se esfuercen por formar núcleos de científicos puestos al día, por lograr que sus altos centros de enseñanza estén al nivel más exigente del mundo, esos países pueden liberarse de sus limitaciones y desempeñar un gran papel en el mundo. Mucho mayor papel desempeña en el mundo Suiza, que es un pequeño país, que Ceilán que es extenso y lleno de habitantes y, ¿por qué?, ¿por qué Suiza tiene más riquezas?, no, Suiza es un país casi sin riquezas naturales, ¿por qué tiene más población?, tampoco, es un país pequeño y con poca población; lo es, ciertamente, porque ha logrado, a través de la inteligencia de sus hijos, un desarrollo científico y tecnológico que la equipara con los países más adelantados del mundo y a nadie se le ocurre pensar que la pequeña Suiza es inferior, en significación y valor humano, a la Unión Soviética o a los inmensos Estados Unidos. Este es también el caso de otros países relativamente despoblados y pobres de recursos, como Suecia, Noruega o Dinamarca, como Holanda o Bélgica. Son países que ocupan un alto rango y desempeñan gran papel mundial gracias al nivel intelectual que han alcanzado sus pueblos, porque han comprendido desde hace mucho tiempo que la llave y el instrumento maestro del desarrollo es uno solo, es la universidad, la ciencia y la tecnología y que quien destruye la universidad cierra y bloquea, de un modo grave y casi irreparable, el camino hacia el progreso, hacia la independencia y hacia el crecimiento de cualquier pueblo del mundo.

No hay daño más grande que se le pueda hacer a una nación. Por eso es importante que nuestras gentes y particularmente nuestros jóvenes entiendan que si son revolucionarios debe llevar la universidad a la revolución, pero que si van a hacer lo contrario, que es llevar la violencia

revolucionaria a la universidad, están precisamente haciendo lo que el peor enemigo de la independencia de un país podría hacer para condenarlo al atraso, a la dependencia y a la humillación nacional.

1974

ESCUELA Y VIDA

A todos los que se preocupan por el presente y el porvenir de las sociedades, científicos, políticos, pensadores, los atormenta el problema de la separación que se ha ido creando en mundo moderno entre la escuela y la vida.

La escuela formal se ha ido convirtiendo en un islote, casi incomunicado, en medio del agitado y extenso mar de la vida urbana. No es sólo la contradicción creciente entre los valores y las nociones que la escuela pretende transmitir y las solicitaciones y usos que la realidad social impone y que llega a desembocar en irresolubles antinomias, que casi siempre concluyen en una trágica derrota para lo que la escuela pretende inculcar en el alumno. Se forma una constante dicotomía entre la enseñanza formal, recibida en la escuela, y todos los aprendizajes y contravalores adquiridos en el torrente de la vida ordinaria de un barrio de una ciudad, por innumerables medios que abarcan casi toda la vida de relación del individuo.

Otro aspecto no menos importante aparece en esa situación tan peligrosa. A medida que ha ido aumentando la población urbana en casi todos los países, le enseñanza de la escuela se ha ido haciendo libresca, abstracta, inaplicable a la existencia diaria y sin relación con la sociedad y el trabajo productivo. Esta ha sido una de las consecuencias no deseadas ni esperadas de pasar del mundo de la cultura oral al de la cultura escrita.

El mundo de la cultura oral cubría la mayor parte de la sociedad humana, casi hasta el siglo XIX. Fueron la Revolución Industrial y el galopante fenómeno del urbanismo, que fue su consecuencia, los que determinaron la aparición del nuevo problema. Cuando el 80 % o más de la población europea era de campesinos el mundo de la cultura oral, predominante en los campos, aseguraba, por una tradición milenaria, la conjunción indestructible entre vida y aprendizaje. El niño, desde que podía valerse por sí mismo, participaba en los trabajos de sus mayores. Salía a la tarea con ellos a sembrar, cuidar de los animales, realizar el riego, aprender de viva voz las tradiciones locales y la sabiduría práctica, las fechas de sembrar, las épocas de mal tiempo, el pronóstico de las cosechas, el sistema de producción y mercadeo, las creencias y los valores del grupo humano al que se había empezado a pertenecer. Esta estrecha vinculación, que se ve claramente en las sociedades primitivas, hacia inseparables la vida y el aprendizaje. Vivir y aprender era la misma cosa. El hijo del pescador aprendía todos los aspectos de aquel oficio desde la infancia. Aprendía a conocer el mar y sus secretos al mismo tiempo en que aprendía a incorporarse a la familia en la que había nacido. La escuela formal vino a romper este maravilloso vínculo.

Escuela y vida se separaron, lo que significó que, a la postre, la escuela y la sociedad tendieran también a separarse. Lo que se aprendía en la escuela no tenía relación directa ni inmediata aplicación a la vida ordinaria del niño. Era, a veces, un saber que, por ajeno a su realidad vital, terminaba por desarraigarlo y alejarlo de los suyos.

Amadou Mahtar M'Bow, el actual director general de la Unesco, ha expresado muchas veces su preocupación por esta situación. Este hombre,

admirable por tantos motivos, es nativo de Senegal. Le he oído muchas veces contar en forma conmovedora sus recuerdos de infancia, en una aldea de África Ecuatorial, sumergido en el atraso y la pobreza de un mundo tribal y aislado pero, al mismo tiempo, señalaba aquellas circunstancias que hacían que el niño participara de la vida de los adultos desde el comienzo de su conciencia y lo convertía continua y seguramente en otro miembro útil de la colectividad. Señalaba M´Bow cómo la introducción de la educación formal y de la escuela a la europea estaba rompiendo dramáticamente ese vínculo. La escuela terminaba por segregar al niño de su medio, por cortarle el aprendizaje vital tradicional y por alejarlo por una ruta que lo hacía en gran parte inútil y ajeno a los suyos.

El remedio a esta grave situación, que hoy se da en escala mundial, no es fácil. ¿Cómo hacer que la escuela no divorcie de la vida y del trabajo? ¿cómo hacer para que la escuela prepare para la vida y no se limite solamente a transmitir saberes sin aplicación práctica? Se han ensayado muchas formas diferentes según los regímenes y concepciones políticas, desde el trabajo obligatorio y por turnos en campos y fábricas de los niños, como se ensayó en China y en Cuba, hasta distintas formas de acompañar los estudios formales de primaria y secundaria con el aprendizaje de algún oficio que vaya más allá de las simples manualidades.

Hay que recordar como muchos lo han hecho, bajo pena de ser demasiado obvio y poco original, que el hombre no es solo un cerebro, sino también unas manos. Una educación que sólo se ocupe de almacenar información en el cerebro, mientras deja la mano sin provecho y sin utilización, equivale a una mutilación no sólo del individuo, sino de la sociedad entera que es, sin duda, una de las fuentes mayores de sus actuales desajustes.

Tenemos que volver a valorizar lo que significó en las sociedades tradicionales la indisoluble mezcla de vida y aprendizaje que determinó el carácter del hombre hasta hace apenas dos siglos. Hay que buscar la forma adecuada para que la escuela y la vida se confundan nuevamente y que el niño no esté condenado a amputarse de su medio y de su realidad humana.

1980

ENSEÑAR A VIVIR

Hace pocos años un grupo eminente de grandes personalidades, con alto conocimiento y experiencia de los problemas de la educación en diversas regiones del mundo, fue invitado por la Unesco para preparar un informe general sobre los problemas de la educación en el mundo entero y sus posibles soluciones. El resultado de ese importante trabajo, que presidió el antiguo presidente del Gobierno francés Edgar Faure, fue un libro que produjo un gran impacto en todos los medios cultos del planeta y que constituyó la enunciación fundamental de un nuevo concepto de la educación.

El libro se llama *Aprender a ser* y señalaba la necesidad de ampliar de un modo audaz el campo, los métodos y el contenido de la educación. Ya no podía limitarse la enseñanza al aprendizaje, más o menos fragmentario e inconexo, de nociones científicas, sino que había que preparar a los educandos para incorporarse plena y útilmente a la vida social que les aguardaba. Enseñados a realizarse como seres humanos con todas sus potencialidades y prepararlos para su incorporación a una sociedad compleja y exigente.

Nadie, válidamente, podía objetar aquellas conclusiones. Se había ido creando un creciente divorcio entre la escuela y la vida. Poco prepara la enseñanza tradicional para poder integrar el individuo a la trama social tan variada y difícil de abarcar. Se le enseñan nociones científicas pero no se le prepara para actuar y orientarse útilmente dentro de la vida colectiva.

Causa sorpresa y hasta asombro comprobar que esas mismas ideas, con muy pocas diferencias, fueron expresadas y ensayadas en la práctica hace siglo y medio por un hispanoamericano. Un hombre genial e iluminado que se adelantó a su tiempo y que anticipó extraordinariamente lo que hoy nos parecen audaces novedades y brillantes concepciones.

Este hombre fue Simón Rodríguez, nació en Caracas hacia 1769, tuvo una larga y dura vida que lo llevó a recorrer Europa, Estados Unidos y los países americanos, desde su nativa Venzuela hasta Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

Es escandaloso el desconocimiento en que se le ha tenido. Apenas se le recuerda anecdóticamente por haber sido maestro de Bolívar y por algunas pintorescas situaciones, no pocas veces falsas.

Lo que logró escribir y publicar en vida, que no es sino una parte pequeña de lo mucho que había escrito y predicado, cayó en olvido. Apenas en los últimos 30 o 40 años se han reeditado, en cortas ediciones, algunos de sus libros, se ha recogido en dos tomos todo lo conocido hasta hoy y se le han dedicado algunas biografías. Y sin embargo, debía ser conocido en toda América como el más grande y original de sus pensadores en materia de educación. No fue un importador o traductor de ideas europeas, sino un pensador de insólita originalidad. Colocado ante el cuadro de la América

Latina, en el peligroso caos que siguió a la Independencia, vio de manera penetrante y reveladora que toda la clave de la posibilidad de transformar la sociedad estaba en la escuela. En una escuela nueva, que no sólo transmitiera las enseñanzas tradicionales, sino que preparara para el trabajo, para la vida y para la incorporación a una nueva sociedad. Pensaba que para hacer repúblicas había que comenzar por hacer republicanos y que, para que los hombres pudieran vivir en libertad había que comenzar por enseñarles un oficio que les permitiera no tener que venderse y además enseñarles lo que él llamaba “sociabilidad”.

El programa que Rodríguez concibió y ensayó desde 1823 en Bogotá, 1825 en Bolivia y, luego, en muchos lugares y publicaciones, desde Concepción de Chile hasta Latacunga del Ecuador, es todavía de una originalidad pasmosa. Educación para la vida, educación para el trabajo, educación para la sociedad igualitaria. Se proponía nada menos que cortar la tradición con su carga de prejuicios y poner la nación entera ”en noviciado”. Para ”colonizar el país con sus propios habitantes”.

La síntesis de todas sus extraordinarias ideas y de su genial anticipación la formuló, en una frase, que anuncia con ciento cincuenta años de anticipación al hallazgo de la Unesco: “ha llegado el tiempo de enseñar a las gentes a vivir”.

¿Pero quién se acuerda, en esta América olvidadiza, de ese gigante ignorado que se llamó Simón Rodríguez?

1979

UNA EDUCACIÓN MUDA

La educación venezolana no enseña a hablar, ni a escribir. No sé si este grave mal, lleno de amenazas para el presente y el fututo, se extiende a otros países hispanoparlantes. El caso constituye la más absurda y dañina contradicción. Nos empeñamos, en la escuela, en hacer aprender un heterogéneo cúmulo de conocimientos dispersos e incompletos sobre todas las ramas de la ciencia, la historia y la literatura, pero del instrumento fundamental, sin el cual esos conocimientos quedarán sin contenido y sin posibilidad de comunicación, que es la lengua, no enseñamos prácticamente nada.

O mejor dicho, enseñamos lo que tiene menos importancia. Hacemos pasar a los estudiantes largas horas tediosas memorizando inútiles reglas de gramática y muy poco o nada se hace para hacerles aprender, con la práctica continua y viva, cómo usar con propiedad y limpieza la lengua hablada y escrita.

No aprender a expresarse es salir de la educación mudo y aislado. El más importante instrumentos, casi diría el solo instrumento que el hombre posee de conocimiento y comunicación, es la lengua. Quien no sabe hablar es un mutilado, un maltrecho, un ser incompleto aunque haya acumulado en su memoria todas las ecuaciones matemáticas o todas las formulas químicas.

La lengua es mucho más que un instrumento, es el medio de pensar y entender. Quien no sabe expresarse bien no puede pensar bien. Es la precisión de la palabra empleada la que lleva la precisión del concepto y el matiz del conocimiento. Los antiguos creían, con razón, que el don fundamental que los dioses habían dado a los hombres era la lengua. Shelley, precisamente un gran poeta, es decir, un hombre que tenía cabal sentido del poder de la palabra, decía bella y atinadamente en su poema a

Prometeo; “Dio al hombre la palabra y la palabra creó el pensamiento, que es la medida del universo”.

Mientras la escuela hace muy poco para enseñar a usar el lenguaje, otros medios, más poderosos que ella, hacen todo lo posible con terrible eficacia para empobrecer, desnaturalizar y destruir el lenguaje.

La calle de nuestras ciudades es un aula abierta de corrupción del lenguaje. Jergas de “hippies”, de peloteros, de pandilleros, llenas de comodines deformados y deformantes, de imitaciones fonéticas de otras lenguas, predominan en una conversación casi inarticulada que no emplea más de algunas docenas de palabras.

La contribución mayor a este proceso de empobrecimiento y adulteración la hacen los medios modernos de comunicación de masas. Los programas cómicos, los comentarios deportivos y muchos novelones seriales se convierten en muy eficaces focos de infección del lenguaje. Se recurre a la barata comicidad de hablar mal, con palabras adulteradas, con pronunciaciones grotescas, para hacer reír sin mayor esfuerzo intelectual y de paso se siembre a todo lo ancho del país un vocabulario y una manera de hablar que muy poco tienen que ver con ese maravillosos medio de expresión y comunicación que es el castellano.

La proliferación ostentosa y satisfecha del mal hablar se extiende ya a todas las edades y a todas las capas sociales. Es sorprendente la pobreza de léxico, el abuso de comodines y palabrotas, la incapacidad de describir de la mayoría de las gentes con las que en el curso de una jornada hay que comunicarse para los más variados fines. A este paso puede llegarse al punto en que los más hablarán una o varias jergas, un “patois”, una “lingua

franca", un dialecto de bajos fondos, que impedirá toda posibilidad eficaz de comunicación, de lectura o de escritura. Lo más triste es que muchas de estas gentes que destrozan literalmente su lengua materna, hablan con propiedad y corrección alguna lengua extranjera. Sencillamente porque se las han enseñado mejor que la propia.

En su día, Andrés Bello vio con temor la posibilidad de que el castellano se desintegrara, siguiendo el ejemplo del latín, y diera nacimiento a varios dialectos incomunicables entre sí. Para evitar esa nefasta tendencia escribió su monumental *Gramática* y se esforzó, a todo lo largo de su fecunda vida, en hacer que las gentes hablaran mejor. No hubiera podido prever Bello que el mal no iba a venir de la gente ineducada sino, precisamente, de los más grandes y avanzados medios tecnológicos de comunicación que el hombre ha inventado.

Por una dolorosa paradoja, estamos en camino de poder tener los más modernos instrumentos científicos, las construcciones más atrevidas, las ciudades más modernas, los sistemas electrónicos más eficaces pero ante ellos, cada día más, vamos a expresarnos en un habla más pobre, más vil, más sucia, más elemental y más aislante. Vamos a disponer de todos los medios pero no vamos a saber cómo hablar de ellos y por medio de ellos.

"Habla para que te pueda ver", decía un olvidado autor alemán. Nada revela más a la persona que su lenguaje. Al hablar declaramos inequívocamente quiénes somos y hasta dónde llega nuestra cultura. La lengua corrompida que estamos hablando desnuda y revela una condición incompatible con ninguna aspiración de cultura.

1974

ESCUELA Y ANTIESCUELA

Frente a la escuela hay una antiescuela. En la barriada pobre es fácil ver la contradicción de las dos. La una es el caserón huero, frío, tedioso, donde se va por unas cuantas horas aburridas a oír la monótona lección de los maestros, mientras se piensa en otra cosa y se espera con impaciencia el momento de volver a la calle. La otra, la antiescuela, no tiene casa, está en la calle, en la esquina, en la pandilla, en el cine, en la radio, en la televisión, en el juego audaz que se convierte en agresión o en menuda delincuencia. No tiene horario ni aburridos maestros. Está abierta a toda hora para ofrecer en lugar de tareas de memoria su posibilidad de aventura y su sal de riesgo.

Allí se aprende mucho más que todo lo que la escuela enseña. Se aprende viviendo, burlando, fingiendo más fuerza o más viveza de la que se tiene, estimulando las posibilidades gregarias o agresivas de cada individuo, creando una continua competencia y una pugna sin tregua que estimula todas las fuerzas y las mañas del niño.

El muchacho distraído, rebelde o burlón que no avanza en los cursos, que fracasa en los exámenes, que rompe la disciplina y que, por último, a fuerza de fracasos sucesivos termina por abandonar la escuela es el mismo que, simultáneamente, forma parte de la pandilla, aprende rápidamente la jerga orillera, finge maneras de adulto, y trata de ser más en todo que sus compañeros de vida callejera.

Mucho se ha dicho que el alto porcentaje de fracaso y de deserción entre los estudiantes de la primaria se debe a las condiciones mismas de pobreza

y abandono en que muchos de ellos viven. Se piensa en la desnutrición y en el abandono como causas del crecido porcentaje de fracasados. Pocos persisten en la escuela, pocos la aprovechan, menos aún logran adquirir un conocimiento útil que los encamine en la lucha por la vida. Se piensa que las condiciones sociales en que se desenvuelven explica el escaso rendimiento en la escuela. No se puede negar que esta circunstancia dolorosa desempeña una papel importante en la falta de asiduidad y de resultados favorables en la enseñanza escolar, sin embargo, no deja de plantear muy serios interrogantes el hecho de que muchos de esos niños, formados en la misma condición, son los que se incorporar con increíble aplicación y avidez al áspero aprendizaje de la antiescuela que en sus exigentes etapas enseña a vivir eficazmente contra la sociedad y en el delito.

Ese muchacho que puede transformarse en un pandillero, en un pequeño vagabundo, en un delincuente en agraz, revela condiciones valiosas de adaptabilidad, inteligencia y decisión. Ya en el alba de la picaresca, en la remota España de Carlos V, el tremendo ciego malandrín le dice a Lazarillo la exigente consigna: “el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo”. Es mucho pedir, bastante más de lo que la enseñanza normal pudiera exigir y, sin embargo, la escuela no logra obtener de ese niño ni una ínfima parte de la entusiasta respuesta que la antiescuela obtiene con tanta facilidad y abundancia.

En el fondo de este dilema está planteado el grave problema de la eficacia de la escuela tradicional. Algo tendríamos que aprender de la antiescuela para reformar útilmente la escuela. Algo tendríamos que tomar de sus métodos para acercarnos a sus resultados.

Lo primero que nos enseña es que no hay sustituto para la vida real. Hay poca vida y menos realidad en la escuela. Es una convención, un ejercicio de paciencia que más bien tiende a ser diferente y hasta distinguirse de la manera espontánea y abrumadora con que la vida enseña en la calle y el contacto social. En la calle se aprende pronto y eficazmente un lenguaje viviente, corrompido, sucio, pero eficaz y viviente para las diarias necesidades. En la escuela se aprende gramática, un conjunto de reglas vanas y descarnadas, que nadie parece utilizar. En la calle se está en el continuo aprendizaje práctico de todas las formas visibles y ocultas de la relación social, mientras en la escuela hay que memorizar la historia o los rudimentos de las ciencias sociales, En la calle hay una inmediata y tangible recompensa, en poder, en prestigio y hasta en bienes materiales, del esfuerzo de cada quien, mientras en la escuela sólo hay el temor de los exámenes o una borrosa perspectiva de alguna carrera mal entrevista.

Tendría la escuela que esforzarse en adquirir algo de la terrible eficacia de la antiescuela, en ser igualmente vida y experiencia más que lección y tarea. Si el niño entrará en ella sin sentir que ha salido de su existencia ordinaria, sino que al contrario la continúa para enriquecerla y si los fines sanos y positivos lograran algo del atractivo de los dañosos y destructivos, estaría llenando plenamente los objetivos para los cuales se pretende haberla concebido.

Una escuela que fuera la antesala atractiva y verdadera de una sociedad madura y generosa, donde el niño entrara atraído como por un camino lleno de las mejores y más valiosas posibilidades de la gran aventura de la vida, y no un oscuro deber divorciado de la vida.

La antiescuela, de un modo muy eficaz, recluta y selecciona a los trabajadores de la antisociedad y los seguidores de la anticultura. Por eso es tan difícil luchar contra ella. Acaso principalmente porque los medios que se emplean son inadecuados y más la ayudan que la combaten.

Habría que revisar a fondo nuestro concepto de la escuela y de la educación toda, para esforzarnos en lograr una fórmula de aprendizaje activo y eficaz que derrote la antiescuela y rescate el capital humano que aquella daña y destruye.

1974

SIMÓN RODRÍGUEZ

De Simón Rodríguez la más de las gentes sólo tienen la vaga noticia de que fue maestro de Bolívar o el recuerdo de algunas anécdotas risibles o desvergonzadas. Es de una inmensa injusticia esa imagen deformada y caricatural de un hombre tan extraordinario que es uno de los primeros y más penetrantes pensadores que ha dado la América Latina y que expresó algunas de las ideas más originales y válidas sobre el carácter y destino de estos pueblos.

Cosas que todavía hoy se tienen por audaces novedades, en materia de educación, de formas e instrumentos del progreso social, de análisis de las características del mundo hispanoamericano, las escribió y practicó ese caraqueño insigne, por lo menos, desde 1823, año de su largo y definitivo regreso al continente nativo.

Fue la suya una vida dura y combatida, hecha toda en dificultad y a contra corriente de los prejuicios y los usos predominantes. En lucha desproporcionada contra las resistencias de una situación trisecular que se

oponía a toda innovación. Diciendo a los Libertadores y a los pueblos en jolgorio por la nueva y aparente libertad, que habían decretado la República pero que no la habían fundado. Para tener República había que comenzar por hacerlos republicanos, por formar pueblo, por crear una nueva mentalidad. "Una revolución política requiere una revolución económica". América no podía resignarse a copiar servil y superficialmente las instituciones democráticas de otros países distintos, sino que estaba condenada a ser original y a encontrar soluciones propias. Más valía entender a un indio que a Ovidio. Y el instrumento básico e insustituible de esa transformación era la educación. Lo dijo con una frase que hoy comienza a ser aceptada con valor de consigna universal: "Ha llegado el tiempo de enseñar a las gentes a vivir". A vivir en República, a tener un oficio, a aprender "sociabilidad", a valerse por sí mismos, porque si no serán falsas repúblicas de apariencia, sin pueblo que las sostenga.

Todo en él estuvo marcado por un destino de insurgencia y ruptura. Nace en Caracas, probablemente en el año 1769, en condición de expósito. Hijo de nadie, hijo de todos, brotado de la anonimia de la pequeña villa. En la casa vecina, la del pintor Juan Pedro López, iba a nacer, doce años después, Andrés Bello. Se educa en cada de cura, en vecindario de convento, en rescoldo de grandes noticias y cambios mundiales. Surge una república en la América del Norte que proclama la libertad y la igualdad de los hombres. Llega la resaca del mar de nuevas ideas que agita a Europa, circula en libros venidos más o menos clandestinamente, se asoma en muchas formas tentadoras de testimonio y de rumor en las vecina Antillas extranjeras, y penetra en la ceremoniosa universidad en la Cátedra de Baltasar Marrero y de otros.

Muy pronto debió comenzar a leer con dificultades de texto y traducción obras de Rousseau. El *Emilio* debió deslumbrarlo. Muy joven debió comenzar a trabajar en la enseñanza, en la única escuela de primeras letras de la municipalidad que existía en la ciudad colonial. Su maestro y guía debió ser Guillermo Pelgrón, que era también profesor de gramática y latinidad. La confluencia contradictoria de las ideas pedagógicas de Rousseau y las prácticas tradicionales de aquella instrucción sin sentido de vida abre en su espíritu un proceso tenaz de busca de soluciones. Las va a ensayar desde muy pronto en la propia escuela y más tarde, cuando lo designan en propiedad maestro, presentará, en 1794, un plan de organización del sistema escolar que contiene el primer y ya maduro esbozo de sus ideas pedagógicas. Es una educación nueva la que propone a los pacatos miembros del Cabildo. Abarca desde los locales y los muebles hasta la formación de los maestros. Esboza una educación que renueva sistemas y que tiene por miras preparar al niño a incorporarse útil y adecuadamente a la vida social. Propone extenderla a todos los hasta entonces excluidos por la pobreza y la fasta, pardos y pobres, quiere formar artesanos y hombres útiles, combate los prejuicios y las prácticas viciadas y describe una escuela que tiene por propósito fundamental formar hombres para una sociedad mejor y una vida digna. El Cabildo no acoge esta audaz innovación y Rodríguez renuncia y se retira a la enseñanza privada.

Por ese tiempo entra en contacto con el niño Simón Bolívar. Un encuentro providencial y lleno de consecuencias para ambos. El niño huérfano y rico, como Emilio, frecuentó la Escuela Municipal, también debió tratarlo y darle enseñanza en la casa de su abuelo materno, don Feliciano Palacios, a quien Rodríguez sirvió por ese tiempo como amanuense y, más tarde, con motivo

de un grave incidente surgido entre el huérfano y uno de sus tíos, fue confiado por la municipalidad a Rodríguez, quien lo recibió como interno en su casa por un tiempo.

Poco se sabe de su vida en esos días. Es de suponerse que, fuera de la escuela, debía mantener amistad y contacto con otros personajes que se preocupaban por las alarmantes y tentadoras novedades del aquel agitado final de siglo. Es el tiempo en que se ha cortado la cabeza al rey de Francia y se ha proclamado la República a la sombra de la guillotina. No faltaban en aquella Caracas gentes curiosas e inquietas, preocupadas por la hora del mundo y por las consecuencias de aquellos acontecimientos extraordinarios. Conocemos, por un fragmento, algunas ideas sobre educación del licenciado Miguel José Sanz que coinciden muy de cerca con las que Rodríguez esbozó en su proyecto. Sabemos que existían activas tertulias literarias entre la gente culta. No es de dudarse que Rodríguez tomara parte activa en algunas de ellas y que allí discutiera sobre las nuevas doctrinas y sucesos. Es por entonces cuando comienzan a tenderse las redes de una conspiración que se conoce en nuestra historia con el nombre de sus principales promotores: Gual y España. Bajo la inspiración de unos reos de Estado enviados de Madrid a la prisión de La Guaira, comienza a circular el audaz proyecto de fundar una República. Pasan de mano en mano la declaración de los derechos del hombre de los revolucionarios franceses, un proyecto de organización y la letra de algunas canciones subversivas. La conspiración fue descubierta y sus principales agentes detenidos.

No hay prueba, pero es de suponerse que Rodríguez debió tener conocimiento de ella y muy posiblemente alguna participación en el

propósito. Es significativo que ese mismo año, separándose de la esposa con la que se había casado pocos años antes, se marche del país para una ausencia que va a durar toda su larga vida.

Sale rumbo a la Antilla inglesa de Jamaica y es tan evidente su propósito de cambiar y renacer a una nueva vida en un medio diferente que, simultáneamente, adopta un nuevo nombre, Samuel Róbinson, que es el que va a usar por los próximos veinticinco años, hasta 1823, en sus andanzas por el mundo.

Es extraordinariamente poco lo que se sabe hasta hoy de esos largos años. De Jamaica pasó a los Estados Unidos. Allí aprendió el inglés y el oficio de tipógrafo y conoció una sociedad de ley, igualdad y libertad totalmente distinta de la de su país de nacimiento. Esta realidad nueva y deslumbradora para un hombre de sus curiosidades o inclinaciones debió confirmarlo en los principios e inclinaciones que había derivado de sus lecturas de Rousseau en Caracas.

Alrededor de 1800 se traslada a Bayona. Allí comienza su larga etapa europea. Su más larga e importante permanencia va a ser en Francia. Con visitas más o menos prolongadas a otros países como Italia, Bélgica, Holanda, Polonia y Rusia. Los dos o tres años finales de esa larga permanencia los va a pasar en Londres.

Es en ese tiempo cuando su personalidad termina de definirse y se fijan sus ideas, en materia social, en orientación política y, sobre todo, en el diseño de una nueva educación. Amplió sus conocimientos y los enriqueció de manera extraordinaria, como más tarde se puede ver en su obra, en matemáticas, física, química, mineralogía, botánica, y hasta mecánica y

tecnología industrial. Es entonces cuando da un importante paso de avance sobre el pensamiento puramente racionalista del siglo XVIII y se asoma audazmente a las nuevas concepciones que van a marcar el surgimiento del positivismo y del socialismo. Es evidente que algún conocimiento tuvo de las intuiciones y novedades de Saint-Simón y sus discípulos fervorosos. Comprendió que estaba surgiendo una nueva sociedad y una nueva ciencia y que se iniciaba una especie de ciencia natural de la sociedad, basada en la producción industrial.

Al comienzo de esos largos años en Europa ocurre su nuevo encuentro con Bolívar. Ahora ya es el atormentado viudo joven que viene a olvidar su tragedia en París. Lo acompaña en el viaje a Italia y en el profético y teatral juramento de Roma. Fue en esa ocasión, que va a durar casi cuatro años, cuando su influencia sobre Bolívar se afirma y profundiza. Bajo su guía, y en un diálogo continuo, Bolívar conocerá el pensamiento político y científico de los enciclopedistas, tendrá los primeros atisbos del romanticismo naciente y formará definitivamente el gran designio de luchar por la independencia de su tierra.

No hay testimonio alguno de que Rodríguez haya tenido participación, ni de cerca ni de lejos, en el largo y cruento proceso de la Independencia. De esos años, numerosos y cargados de extraordinarios sucesos que van de 1810 a 1823, no ha quedado ningún testimonio de su actitud. Ni siquiera una carta para Bolívar, sin prevenir a nadie y sin ningún preparativo conocido se presenta en Bogotá en 1823. Recupera el nombre de Simón Rodríguez y comienza la larga y difícil etapa final de su existencia que va a prolongarse, por más de treinta años, hasta 1854.

Es el tiempo de ensayar sus planes educativos en América y de publicar algo de lo mucho que tenía pensado sobre educación, sobre organización política y social del nuevo mundo y de realizar un análisis penetrante y valeroso sobre la realidad que ha surgido de la Independencia.

En Bogotá, con Bolívar ausente en el Perú, va a realizar un primer ensayo de escuela-taller. No le va a ser fácil obtener ayuda y va a suscitar de inmediato resistencias, críticas y agresiones de los que piensan que aquellas son peligrosas y disparatadas novedades de un loco o de un enemigo del orden que van en contra de todos los principios aceptados y de todas las tradiciones respetadas.

Esta va a ser su trágica posición hasta el fin. Hay un solo momento en que parece que la suerte va a cambiar y es cuando se reúne con Bolívar en Lima y lo acompaña, hasta el Cuzco y Chuquisaca, a la fundación de Bolivia. Bolívar lo recibe con las demostraciones más extraordinarias de afecto y entusiasmo. Lo nombra superintendente de educación y de caminos para Bolivia y lo deja junto al mariscal Sucre, elegido presidente del nuevo Estado. El caso de Bogotá va a repetirse. En mayor escala y con más duras consecuencias. Sus innovaciones educativas chocan abiertamente con la manera de pensar de quienes dirigen el nuevo gobierno. Nadie parece comprenderlo. Sucre mismo se pone finalmente en su contra y lo destituye.

Su propósito y sus ideas sobrepasaban el nivel y las posibilidades de aquella situación histórica y cultural. Su expresión todavía hoy resulta extraordinariamente inusitada y audaz. “El establecimiento es social, su combinación es nueva, en una nueva palabra es la República”. Pensaba que una “revolución política pide una revolución económica” y se proponía, por medio de la educación “colonizar el país con sus propios habitantes”.

Allí comienza la larga época final y dolorosa de su vida. Ya no se volverá a encontrar con Bolívar, en escuelas privadas hará el ensayo de sus métodos, en el Perú, en Chile, en el Ecuador. Alternará la labor de maestro con precarias industrias domésticas, pondrá fábricas caseras de velas y jabón. “Virtudes y luces americanas”, anunciará en la puerta.

Es también el tiempo en que publica las obras que nos han quedado de él. La *Defensa de Bolívar*, que publica en Chuquisaca en 1830 y que contiene extraordinarias apreciaciones sobre la realidad política y social de la América de su tiempo y una valerosa defensa del Libertador, en una hora en que poderosos enemigos se ensañaban con él.

Allí mismo publica un extracto, lo que él llama Pródromo, de su obra *Sociedades Americanas en 1828* que completó y modificó en ediciones posteriores sin que nunca llegara a poderla editar en toda su extensión. Este libro, junto con los escritos ocasionales que dejó sobre educación, constituye la base cierta de su derecho a ser reconocido y proclamado como uno de los pensadores más originales que ha producido la América Latina en toda su historia. Allí se adelanta a su época en la apreciación de la realidad histórica y de los factores sociales que determinan la realidad hispanoamericana. Piensa que la América Latina está obligada a ser original, ni puede ni debe imitar a Europa y a los Estados Unidos, sino hallar soluciones propias para sus situaciones características. La Independencia ha sido declarada pero no ha sido fundada. Terminada la guerra heroica queda por la hacer la parte más importante que es la organización para la democracia de los nuevos Estados. Aquí analiza los obstáculos que la historia y la tradición oponen y los efectos negativos de la imitación superficial de instituciones extranjeras. Para concluir, repitiendo su obsesiva

preocupación de que no hay solución duradera y eficaz, sino en la educación. Una educación para todos, para preparar para la vida y el trabajo y para formar los republicanos que, al fin, harán la República.

Viejo y solitario muere el año de 1854 en el pueblo de San Nicolás de Amotape en la costa peruana. Muchos de los papeles que dejó hubieron de perderse.

Es relativamente poco lo que nos ha llegado de él pero es suficiente para advertir que nadie en su tiempo alcanzó a comprender con tanta hondura y claridad la situación de los países americanos, la naturaleza de sus conflictos sociales y políticos y las vías posibles para alcanzar el progreso y la democracia.

Es tiempo de rescatar de tanto olvido y restituir a la validez de los debates de hoy la presencia de este hombre extraordinario, de este gigante olvidado que tanto quiso hacer por su pueblo ayer y que tanto bien pudiera seguir haciendo hoy.

1980

HACER HOMBRE

José Antonio Páez es una de las figuras más completas de la Guerra de Independencia de Venezuela. Su contribución al triunfo militar fue inmensa y decisiva. Se convirtió en un caudillo de excepcional sagacidad y en el más eficaz mantenedor del régimen constitucional de la República, a la que presidió en tres ocasiones diferentes. Sin embargo, nada parecía prepararlo al comienzo de su vida para tan excepcional destino.

Nacido en la pobreza de una aldea de los llanos no tuvo acceso sino a una educación rudimentaria. Apenas entrado en la adolescencia un incidente desgraciado le hizo huir a lo más salvaje de las llanuras, donde hubo de servir en las condiciones más duras, como peón de ganados, a las órdenes de un implacable capataz que era un esclavo del propietario, a quien llamaban Manuelote.

En sus *Memorias* Páez recuerda conmovido esta recia etapa de su existencia: "Imagine el lector cuán duro había de ser el aprendizaje de semejante vida". Montar potros salvajes, cruzar ríos llenos de caimanes, alcanzar los toros cimarrones, pasar días y noches a la intemperie en medio de la inmensa soledad y recibir constantemente el brutal trato del inapelable capataz.

Fue este el exigente aprendizaje en que aquilató sus excepcionales condiciones el futuro gran caudillo de la Independencia. Algunos años más tarde, en plena guerra, cuando ya era el general Páez, después de un combate contra los realistas, al pasar revista a los prisioneros halló entre ellos al antiguo capataz:

> Le trate con la mayor bondad, hasta hacerlo sentar a mi propia mesa, y un día que le manifesté el deseo de serle útil en alguna cosa, me suplicó como único favor que le diera un salvoconducto para retirarse a su casa. Al momento, le complací, por lo que, agradecido al buen tratamiento que había recibido, se incorporó más tarde en mis filas.

Los soldados le hacían befa, repitiendo en su presencia las brutales formas en que había solido dar órdenes a Páez: "Yo sé-replicaba-, que ustedes

dicen eso por mí, pero a mí me deben el tener a la cabeza un hombre tan fuerte y la patria una de las mejores lanzas, porque fui yo quien lo hice hombre”.

Al escribir esas frases el anciano héroe, lleno de honores y merecimientos, hacía públicamente el reconocimiento de todo lo que le debía a Manuelote y a su ruda escuela. No vacilaba el general Páez en reconocer de ese modo generoso que era aquel áspero capataz quien lo había hecho hombre.

Muchas veces me ha venido a la memoria este hecho significativo y conmovedor. ¿Qué mejor escuela pudo tener aquel hombre extraordinario que la escueta y heroica pedagogía de Manuelote, ni de que otra manera hubiera podido prepararse para una lucha tan difícil y terrible como la que le iba a tocar protagonizar por tantos años hasta convertirse en un héroe de leyenda?

Este ejemplo de dureza espartana para la formación del carácter se repite con reveladora insistencia a lo largo de la historia. Pareciera como si el hombre no llegara a dar todas sus potencialidades sino bajo la presión de la necesidad y la escasez de medios. Porque en el fondo toda educación eficaz no es sino una autoeducación en la que el individuo encuentra dentro de sí mismo la respuesta adecuada a las casi insuperables exigencias que el medio le impone.

Se podría pensar que acaso el hombre es como una planta xerófila, a la que la abundancia de riesgo y abono debilita y corrompe y que requiere un cierto grado de pobreza de medios y dificultades para dar de sí todo lo que tiene en potencia. La facilidad lo enerva y ablanda, mientras que la dureza lo estimula a poner a valer todos sus recursos. Tal vez para hacerse hombre,

como parecía saberlo Manuelote, se requiere de una ingrata cantidad de dificultades y carencias.

Porque el propósito final de la educación tiene que ser más global y completo que el de instruir en determinados conocimientos y ha de proponerse el ambicioso fin que anunciaba Manuelote de decir: “Lo hice hombre”.

Un cierto grado de tensión y de lucha, de aquel “polemos” que el griego Heráclito veía en todo, parece formar parte inseparable de ese difícil e insigne propósito, que se aleja cada vez más de la mentalidad de las sociedades que llamamos civilizadas.

1980

CULTURA ORAL Y CULTURA ESCRITA

Este año, a través de su Consejo Ejecutivo, la Unesco se ha ocupado nuevamente del problema del analfabetismo en el mundo y sobre la posibilidad de declarar internacionalmente un Decenio para la Alfabetización.

El problema sigue revistiendo las mismas graves proporciones que lo han caracterizado en el pasado. Después de todos los esfuerzos realizados a escala nacional e internacional se estima que hay en el mundo, por sobre la edad de quince años, 783 millones de analfabetos, lo que representa un aumento en cifras absolutas de cerca de 30 millones, aun cuando no en cifras relativas, con respecto a la situación de 1960.

Hasta ahora todo el esfuerzo se ha dirigido a encontrar medios prácticos, baratos y eficaces que logran extender la capacidad de leer y escribir a esa

inmensa masa. Los resultados no han sido satisfactorios. La mayor parte del volumen de analfabetos se encuentra dispersa en los países más pobres y sobre todo en las zonas rurales atrasadas. El esfuerzo por enseñar a leer y a escribir se ha disuelto entre esa población miserable y aislada. No sólo es difícil llevarles la enseñanza necesaria, sino que, cuando se logra llegar, gran parte del esfuerzo se pierde porque la habilidad de comenzar a leer y escribir que adquieren esos adultos termina por desaparecer y no desarrollarse por la falta de uso y de medios.

Esto hace pensar que acaso el procedimiento de extender mecánicamente una rápida y superficial enseñanza de la lectura y la escritura a los adultos de las zonas atrasadas del campo no ha tomado suficientemente en cuenta las realidades sociales y culturales. No es posible hacer pasar de una situación social y cultural a otra por medio de la simple enseñanza de una habilidad. Hay una cultura de la palabra escrita que supone escuelas, libros, periódicos y curiosidad mental y hay otra que es la cultura oral, tradicional de las zonas campesinas atrasadas. La mera enseñanza de la habilidad de leer no es suficiente para hacer pasar a un ser humano del mundo de la cultura oral tradicional al libro y al saber escrito. Fuera de la esfera de los impresos, de la comunicación escrita y de la lectura esa habilidad tiene que perderse en un medio en el que hay muy poca necesidad de ejercitarla. El paso de la cultura oral a la galaxia de Gutenberg, como diría Mc Luhan, requiere mucho más que el simple aprendizaje de la lectura. Exige una incorporación, un traslado real de un ambiente cultural a otro.

Esa difícil operación, que equivale a un cambio de clima mental, exige mucho más que la técnica elemental del leer. Requiere entrar en la civilización de la letra, del periódico, de la educación y de la erudición. De

otro modo cambia en muy poco la situación real del ser humano. Vivir en el aislamiento, en la ignorancia, en la rutina mental y moral hace prácticamente inútil y accesoria la posibilidad de la lectura. Es como dar un aprendizaje que no va a tener empleo. Las salidas posibles que obtiene ese esfuerzo son sólo dos: la de que se pierda la enseñanza por falta de uso y se recaiga desde todo punto de vista práctico en el analfabetismo, o la de que la reacción individual de algunos de los que adquieren la nueva habilidad los incite a abandonar su medio tradicional y trasladarse a las ciudades. En este caso la cultura escrita no ha ido hasta ellos sino para arrebatarlos a su medio.

El significado de este problema tan grave es vario y complejo, y lleva muchas implicaciones importantes. El problema no se resuelve con lanzar en el mundo de la no lectura misiones y avanzadas de alfabetización que no pueden bastar para cambiar el medio cultural sino, aunque resulte más costoso y lento, en realizar un planteamiento integral del problema. Es decir, no limitarse a encontrar un método fácil para aprender a leer y escribir, sino a la más difícil cuestión de incorporar al campesino y a las zonas rurales a la civilización que tiene su símbolo y su clave fundamental en la palabra escrita.

No alfabetización sola, sino escuela completa, no solamente enseñar a leer un texto ocasional e indiferente, sino incorporar a un mundo moderno en vida, técnicas y relaciones a ese hombre de los campos remotos o de los países pobres que ha permanecido sujeto a una formas de vida y actividad que pertenecen a otras edades y que no van a transformarse, hasta el punto en que sería necesario, para que la habilidad de leer y escribir adquiera todo su valor.

En el fondo se trata de un problema de nivel de desarrollo y hay que tomarlo en su conjunto. Los resultados tan poco consoladores que se han obtenido hasta ahora en el mundo entero con las meras campañas de alfabetización lo demuestran. Se requiere más, mucho más, si lo que se propone no es alcanzar una mera y abstracta cifra de la estadística para mostrarla como propaganda, sino lograr una transformación positiva, en el sentido del progreso de ese hombre olvidado y prisionero de rutinas paralizantes, para quien el esfuerzo de alfabetización escueta, como hasta ahora, ofrece muy pocas posibilidades significantes de mejoría.

1977

OCHOCIENTOS MILLONES DE ANALFABETOS

Cada año vuelve a las reuniones de la Unesco el tema del analfabetismo. Hoy se cuentan en el mundo 800 millones de analfabetos. En cifras relativas la proporción ha disminuido, pero en cantidad absoluta el número ha crecido. Uno de cada cinco hombres en escala mundial no sabe leer ni escribir. La mayor cantidad está en África y le siguen en volumen decreciente Asia y América Latina.

Todos los esfuerzos, a nivel nacional o internacional, realizados hasta ahora no han dado, en términos globales, resultados satisfactorios. Hay países que han logrado disminuir el número de analfabetos, en cambio, en otros se mantiene inmutable y hasta crece.

La experiencia acumulada en estos años revela algunos aspectos importantes. El analfabetismo es una característica de los países subdesarrollados, predomina en el medio rural y muchas veces el costoso esfuerzo de enseñar a leer y escribir a dispersas y remotas poblaciones

campesinas se frustra, porque con frecuencia el somero aprendizaje se borra y el alumno abandonado a su medio recae en el analfabetismo.

Es evidente que se impone una nueva consideración del complejo problema. Habría que regresar a ciertas nociones históricas y sociales fundamentales.

Europa y el resto del mundo estuvieron cubiertos de analfabetismo por lo menos hasta el comienzo del siglo pasado. Leer y escribir era una extraña habilidad de unos pocos. De los letrados, los monjes, los sabios, los escribas. Los campesinos, los artesanos, los burgueses, no tenían ni tiempo ni ocasión, ni interés en aprender el difícil y memorioso proceso de conocer y descifrar los símbolos escritos, Entre los príncipes y los altos señores tampoco abundaban los que sabía leer y escribir. Se creía que era cosa secreta, difícil y casi mágica.

Era que desde el origen mismo de la civilización la inmensa mayoría de los hombres había vivido dentro de una cultura oral. Los libros eran todavía más escasos y raros que los que sabían leer y escribir.

Todo lo que el hombre común de la Edad Media tenía que saber para su oficio y su orden de vida lo recibía por tradición oral de padres a hijos. Lo que interesaba a su espíritu lo recibía por los ojos y los oídos en el sermón del sacerdote y en el maravilloso instrumento audiovisual que era la catedral gótica con sus vitrales, sus ceremonias y sus estatuas.

El urbanismo y la industrialización crearon la necesidad creciente de leer y escribir. Se multiplicaron los libros, aparecieron los diarios populares y rápidamente la mayoría de la población pasó del ámbito de la cultura oral al de la cultura escrita.

El mismo fenómeno, en forma semejante aunque reducida, se ha dado en los países en desarrollo. En las ciudades del Tercer Mundo el analfabetismo es mucho menor que en la zona rural. Menor en el trabajador industrial que en el campesino. De hecho se han formado enclaves crecientes de cultura escrita. Pero el campo del Tercer Mundo, en gran parte, sigue siendo zona de cultura oral. No basta con enseñar a leer y a escribir a un campesino para hacerlo pasar del mundo de lo oral al mundo de lo escrito. A menos que se marche a la ciudad, el medio rural primitivo lo hará inútil y sin aplicación su rudimentaria habilidad de lector. El medio de la palabra hablada terminará por recuperarlo enteramente.

Del largo esfuerzo en la aislada escuela de adultos regresará a un medio en el que ni el libro ni el periódico existen ni tienen validez o necesidad.

La verdad es que el analfabetismo no es un mal aislado que pueda resolverse separadamente, sino una consecuencia de una situación social y cultural. Para que el universo sociocultural de la palabra escrita llegara plenamente al campesino y le hiciera necesaria la habilidad de leer y escribir habría que transformar las condiciones mismas de su existencia y de su sociabilidad.

Hoy se comienza a ver claro que el problema no es solamente de enseñar a leer y escribir, sino de lograr un desarrollo global, dentro del cual el analfabetismo tenga que desaparecer con otras muchas cosas y hábitos.

No es una de las menores causas del fracaso repetido de los planes de ayuda internacional esta tendencia a considerar aisladamente fenómenos que no son causa sino consecuencia de ciertas situaciones.

Es poco el cambio que se puede lograr del campesino que le hiciera necesaria la habilidad de leer y escribir, habría que incentivar los planes de ayuda internacionales para revertir esta tendencia a considerar lo primitivo y tradicional, abandonado en su medio con la sola enseñanza de la habilidad de leer y escribir. Habría que lograr cambiar sus técnicas de trabajo, elevar su productividad, crearle nuevos hábitos de vida y sociabilidad, modificar el medio humano, económico y cultural en que está sumergido y entonces el analfabetismo tendrá que desaparecer inevitablemente.

El verdadero desarrollo exige mucho más que la simple habilidad de leer y escribir.

1978

LECCIONES DE IGNORANCIA

Hace poco, en un excelente artículo publicado en la revista *Diógenes*, el pensador francés Jean Fourastié señalaba el creciente y rave descalco entre lo que dicen los intelectuales de hoy y los descubrimientos recientes de la ciencia experimental. Es, en cierto modo, como si hubieran perdido contacto con la realidad. Hay una realidad cuya nueva fisonomía aparece todos los días en la observación y en la investigación científicas y que, en muchos casos, contradice los principios y las ideas generales que los intelectuales han heredado del pasado y continúan sosteniendo en sus escritos y manifestaciones.

Es, ciertamente, un aspecto complementario de la observación que ya había hecho hace muchos años el científico y escrito inglés C. P. Snow sobre la existencia de dos culturas coetáneas y cada vez más incomunicadas y ajenas. La cultura científica, nueva y constantemente renovada, que se alimenta de las nuevas verdades que diariamente alteran los conceptos de la física, la biología, las ciencias naturales y aun las ciencias del hombre, y la otra, prestigiosa y poco renovada, que es la cultura de las artes y las letras. Desde los filósofos a los periodistas, y desde los pintores hasta los arquitectos se mueven y actúan dentro de un campo de conceptos y valores que, en muchas partes, están siendo desmentidos por los hallazgos científicos recientes. Bastaría pensar en toda la sombra de duda crítica que los descubrimientos recientes de la física (el principio de indeterminación, por ejemplo) o la biología (la noción de los códigos genéticos) han arrojado sobre concepciones tan ancladas en el lenguaje de los intelectuales y hasta de los políticos como son el determinismo o la evolución.

Fourastié piensa que la raíz de ese mal nuevo está en la educación. Nuestra enseñanza parece transmitir un conjunto de verdades inmutables y de evidencias inobjetables. Dice:

> … de acuerdo con la escuela el hombre sabe todo lo que a la humanidad le interesa saber, pero resulta que frente a la vida diaria todo es ignorancia, torpeza, engaño e hipocresía. Según la escuela todo está claro, todo se explica racionalmente mediante causas y efectos, lo real es conocido, el hombre es poderoso, bien informado y eficiente, pero según la vida diaria todo es ignorancia, dudas, inquietudes, insatisfacciones, todo es extraño, inesperado e incoherente.

Lo que aconseja Fourastié es sencillo y sensato y, sin embargo, suena como una herejía en los usos y convenciones de nuestro mundo intelectual. Aconseja:

> Hay que apoyar, por lo tanto, a los maestros que ya hablan de las lagunas del conocimiento humano, de las zonas sombrías que laten en todas las ciencias, de las preguntas hechas y no respondidas, de las cuestiones planteadas cuya solución no es segura, de las aproximaciones con la se conforman hasta las ciencias exactas y de los desajustes que hay entre la realidad y los "modelos matemáticos" que intentan representarla. Por eso toda enseñanza debería completarse con lecciones de ignorancia, con ejemplos de errores.

Esas lecciones de ignorancia podrían ser, por lo menos, tan útiles como la enseñanza positiva de lo que las ciencias tienen por cierto hasta ahora. Consistirían en recordarle al alumno la historia de los errores de que está lleno el avance del conocimiento. Darles un saludable ejercicio de duda que los enseñara a estar menor seguro de lo que se les ha enseñado y que los ponga en el camino de verificar, examinar y comprobar que es precisamente el de ir más allá de lo aprendido.

Buena parte de lo que hoy tenemos por verdades fundamentales de la física y de la biología hubieran sido proposiciones risibles y rechazadas hace apenas veinte o treinta años. Las que parecían inconmovibles evidencias de la geometría de Euclides, no sólo han sido desechadas por la concepción de la relatividad sino que ya desde hace cien años lo habían comenzado a ser por los hallazgos de Gauss.

Las consecuencias finales o futuras que los descubrimientos del estudio de la conducta animal han de tener en todas las ciencias del hombre pueden llevar a un cambio no menos radical de concepciones del que en su tiempo provocaron los aportes de Darwin.

En un tiempo tan marcado por la rápida transición y el cambio continuo todo conocimiento científico es parcial y provisional. El panorama completo no lo tiene nadie y el conocimiento final es prácticamente imposible en la vastedad y simultaneidad con que se modifican, hora tras hora, nuestros saberes. Una enseñanza dogmática condenaría a colocarse de espaldas al mundo que cada día más desnuda sus misterios ante nosotros y a la compleja realidad que apenas comenzamos a concebir.

Las “lecciones de ignorancia” podrían constituir la más segura vía para adaptarlos a las condiciones de nuestro tiempo y de su signo de cambio y para ponernos en el camino de poder comprender y acaso descubrir un poco más.

1977

EL BARBERO Y LA LÓGICA

El barbero de Sevilla afeita a todos los habitantes de la ciudad, con la excepción de aquellos que se afeitan a sí mismos. Esta simple y llana frase, aparentemente tan evidente, fue formulada por Bertrand Russell, en los años en que su mente privilegiada se ocupaba de las intrincadas y difíciles nociones de la lógica matemática, para expresar de una manera ejemplar, los límites y las contradicciones del pensamiento lógico.

A poco que uno reflexione sobre la frase tropieza con su insalvable contradicción interna. Según el enunciado, los sevillanos quedan divididos en dos categorías, la de aquellos que afeita el barbero de Sevilla y la de aquellos que se afeitan a sí mismos. No parece caber duda, pero, sin embargo, la duda insoluble entra con la persona misma del barbero. Es imposible clasificarlo en ninguna de las dos clases. Al afeitarse a sí mismo está, a la vez, siendo afeitado por el barbero de Sevilla.

No es mero juego de ingenio el que proponía Bertrand Russell en esta paradoja semántica, como tampoco lo son las que propuso en su avanzados y reveladores estudios de lógica matemática. Eran una manera de acercarse a los límites del conocimiento por medio de las palabras. Las afirmaciones más simples, las estructuras lógicas más sólidas de apariencia, contienen o pueden contener estas contradicciones insolubles que nos hacen dudar de toda nuestra orgullosa capacidad de conocer la verdad.

En la jerga de los filósofos esto se llama una *aporía*, es decir, una contradicción insoluble que aparece en un razonamiento. Una inconsecuencia inesperada y destructiva de todo el esfuerzo de pensamiento, que no sólo siembra dudas pertinaces sobre todo el proceso de pensar y analizar del hombre, sino que establece una especie de inseguridad permanente en todo los que afirma.

Los griegos, de quienes hemos heredado la mayor parte de lo que sabemos de la lógica y de las matemáticas, también inventaron la paradoja. Lo que pudiera ser el antídoto contra la excesiva seguridad en las conclusiones del razonamiento.

Algunas de esas paradojas antiguas son famosas y guardan toda su validez inquietante y perturbadora. Las que formuló Zenón de Elea para negar el movimiento, han servido de rompecabezas por milenios a los hombres de pensamiento. Aquiles, el de los pies ligeros, no podrá nunca vencer a la tortuga en la carrera. A cada trecho que Aquiles avanza, avanza a su vez la tortuga un pequeño trecho y, como el espacio es divisible al infinito, Aquiles no logrará nunca agotar esa diferencia.

La más antigua y acaso la más famosa de estas paradojas es la que se atribuye a la legendaria figura de Epiménides, poeta, filósofo y profeta del que quedan apenas algunos fragmentos y reminiscencias. En alguna ocasión, el legendario hijo de Creta hizo la siguiente sencilla afirmación: "Todos los cretenses mienten". La elemental proposición contiene una contradicción lógica insoluble. Si todos los cretenses mienten, Epiménides sería la excepción porque no está mintiendo cuando lo afirma y, si está mintiendo, su afirmación no tiene ninguna validez. Hay una excepción todavía más simple de la misma paradoja que consiste en declarar: "Yo estoy mintiendo".

No es tan vano e inútil el juego de las paradojas como podría parecer. Constituye un saludable ejercicio de duda y de prudencia que nos enseña a desconfiar de las afirmaciones y de la lógica y a mantenernos en una fecunda duda razonable.

La afirmación de Epiménides, el barbero de Russell y la tortuga de Zenón, nos dan una valiosa lección de modestia intelectual. No lo sabemos todo, no tenemos siquiera instrumentos seguros para conocer la verdad, y las más simples declaraciones pueden contener, por la condición misma de los límites de nuestro lenguaje, contradicciones insalvables que las destruyen.

En un tiempo en que el dogmatismo científico e ideológico inhibe en gran parte la capacidad de pensar, no sería un ejercicio desdeñable llevar a la curiosidad de los jóvenes, el recuerdo y hasta la diversión de las famosas paradojas. Se ha dicho muchas veces que nuestra enseñanza y nuestro conocimiento medio está plagado de dogmatismos y de verdades a medias. Algunos han llegado a proponer, como ejercicio de salvación, el que al nivel de la enseñanza sistemática se dieran clases de ignorancia. Es decir, se les hiciera ver a los estudiantes todos los errores, las desviaciones y los absurdos en que la ciencia y el conocimiento humano han caído frecuentemente a lo largo de su accidentado y divagante camino. ¿Cómo, lo que se tuvo por verdad evidente un día, apareció al día siguiente, a la luz de nuevos conocimientos, como falsedad? Toda la historia del progreso de la ciencia no es sino la historia de una continua rectificación de errores.

Sin embargo, se continúa aún enseñando las verdades y hallazgos últimos de la ciencia y, lo que es peor, las afirmaciones de las teorías como verdades finales e inapelables.

No sería malo que de vez en cuando algún profesor soltara en el salón de clases la tortuga de Zenón o afirmara, simplemente, la impensable declaración de Epiménides: “Yo estoy mintiendo”.

1979

EL PREMIO NOBEL HABLA INGLÉS

En los tres cuartos de siglo incompletos que cuenta de debatida y prestigiosa existencia, el premio Nobel se ha convertido, a los ojos de los más, en la única medida aproximada del talento de las naciones. Es mucho lo que tiene de arbitrario y falible esta medida variable pero, infortunadamente, no hay

otra que pueda reemplazarla. La lista de sus premios Nobel califica un país o una civilización tanto como sus grados académicos pueden calificar a una persona.

Hay desde luego un ancho margen de error. La Academia Sueca, que los discierne anualmente con un extremo cuidado de la información y de la justicia, no puede escapar a las limitaciones de si situación geográfica, lingüística y hasta política. Todos los hombres, en una u otra forma, somos los prisioneros de nuestra circunstancia y de esa cárcel no podemos escaparnos sino para caer en otra. Todo el mundo sabe o sospecha que los jurados escandinavos tienen que estar, forzosamente, más al tanto de lo que pasa en el ámbito de un cierto sector de la civilización occidental que es aquel que, *grosso modo*, corresponde a los países europeos del norte, a las lenguas germánicas, a la religión protestante y hasta a cierto estilo de socialdemocracia pero, sin embargo, es evidente que hacen sinceros y grandes esfuerzos por estar al tanto de lo que pasa fuera de su mundo. Y además, hay el hecho cierto y preocupante de que es dentro de ese mundo restringido donde pasan la mayor parte de las cosas en materia científica y tecnológica. Puede que los premios de literatura se evadan hacia más remotos e inesperados horizontes, que un día caigan sobre un chileno o sobre un griego pero, en cambio, los que destinan a los méritos científicos en Física, Química y Medicina tienen a concentrarse en ese hemisferio norte de los países industriales y desarrollados en una proporción desmesurada.

Una mirada a la estadística lo demuestra de un modo impresionante. De 283 premios Nobel científicos (Física, Química y Medicina) 145 han correspondido a ciudadanos en los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, los restantes 138 se han repartido en el resto del mundo. Si miramos a los

datos nacionales el contraste resulta todavía mayor, por 91 premios a los Estados Unidos y 54 a la Gran Bretaña, hay 51 a Alemania, 20 a Francia y 58 para todo el resto de Europa.

Esta tendencia al predominio anglosajón se ha acentuado desde 1943. En los años anteriores el conjunto de Europa había recibido 110 premios científicos y los Estados Unidos tan sólo 13. Después de 1943 la tendencia se invierte dramáticamente. Mientras los Estados Unidos alcanzan 78 premios y Gran Bretaña 31, Alemania recibe 22, Francia 5, la Unión Soviética 7 y todo el resto de Europa 22.

Con todo el margen de error y todas las limitaciones de juicio que se le puedan atribuir estos hechos tienen una elocuente significación. Es una realidad evidente que la parte mayor de los grandes descubrimientos científicos recientes se han hecho en los dos grandes países de lengua inglesa. En el caso de los Estados Unidos no siempre por nacionales, sino en muchas ocasiones por ciudadanos naturalizados, pero el hecho que importa es que estos espectaculares progresos y hallazgos han sido realizados en sus centros científicos.

En el caso de los Estados Unidos sería fácil decir, y mucho de verdad hay en ello, que la posibilidad de sostener y hacer funcionar eficientemente grandes centros de investigación científica está estrechamente conectada con la capacidad económica y el poder financiero. Pero en el caso de la Inglaterra de la postguerra habría que buscar otras razones. En medio de una prolongada crisis de reducción en lo económico y lo político de su magnitud mundial, Inglaterra no sólo no ha perdido su capacidad de progreso científico sino que, a creer las cifras del Nobel, la ha aumentado. Por 23 premios antes de 1940, ha recibido 31 después de 1943.

Mucho tiene que ver con estos resultados no sólo la abundancia de recursos financieros y de instalaciones de investigación costosas y admirablemente equipadas en su elementos humanos y materiales, sino además, y acaso sobre todo, la existencia de una vieja tradición de investigación, análisis y experimentación. Hay una herencia de búsqueda de la verdad científica en el mundo anglosajón que ha forjado un estado de ánimo y unos métodos que favorecen extraordinariamente la posibilidad de los descubrimientos. Centenares de disciplinados equipos de hombres de ciencia trabajan diaria e incansablemente en búsquedas convergentes. Lo que se encuentra en un campo sirve para ayudar en otro. Más que en la casualidad o en la genialidad se confía en el método, en la disciplina y en el espíritu de equipo.

Es acaso esto lo que más falta en los otros países y de manera evidente en los que se hallan en vías de desarrollo. Pueden tener hombres de ciencia notables, pueden adquirir laboratorios costosos, pero no pueden improvisar una tradición de disciplinada y rigurosa pesquisa científica.

Se habla mucho en el mundo de hoy de transferencia de tecnologías. La tecnología y su madre la ciencia no son bienes materiales que pueden adquirirse y transportarse como un producto acabado, son más bien el resultado de actitudes mentales y de hábitos de investigación que se han mantenido y perfeccionado por generaciones. Lo primero que habría que lograr transferir son esos hábitos de trabajo y esa organización mental. Sin eso lo demás no pasará de ser bienes transitorios y costosos que nunca llegarán a aclimatarse enteramente.

Si el premio Nobel parece hablar preferentemente inglés, esforcémonos en la buena y laboriosa manera porque no solo él sino la ciencia, que pretende

representar y simbolizar, llegue a hablar en las lenguas de los países que aspiran al desarrollo.

1975

EL PODER DE MAÑANA

La forma de poder dominante del mundo de mañana ya existe hoy, en medio de nosotros, sin que la inmensa mayoría la perciba o se dé cuenta. La constituye la extensión continua y creciente de ese nuevo complejo de conocimientos, de técnicas y de organización que se llama “la informática” y todos sus anexos y derivados. Ya sabíamos que todo es información, que todo puede reducirse a información, desde la palabra hasta los fenómenos biológicos, pero carecíamos de los medios y los conocimientos para procesarla, dirigirla y extenderla a todas las formas de la relación humana. Desde 1945, en dos direcciones principales, ha marchado el esfuerzo de los grandes centros de saber y de poder: la utilización del átomo y el desarrollo de la informática. El hombre en la luna es, finalmente, un producto del desarrollo de la informática.

En los últimos años hemos sido testigos, más o menos lejanos, del espectacular desarrollo de los “cerebros electrónicos”. Desde aquellas primeras máquinas enormes y muy costosas hasta los nuevos modelos que se caracterizan por su pequeña dimensión, su fácil manejo y sus costo asequible.

A la computadora aislada se ha ido sustituyendo la noción de red de informática. Una interconexión, parecida a la del sistema nervioso en el organismo vivo, tiende a conectar y a integrar en redes planetarias los grandes centros de informática, por medio de la utilización de los satélites de información y de los "bancos de datos". Ya hoy una gran parte de lo que el hombre sabe y necesita saber está incorporado a memorias electrónicas gigantescas y puede ser consultado en segundos por los que tienen acceso a los grandes "bancos de datos". Esto involucra muchas cosas, desde la muerte de los archivos y bibliotecas actuales, hasta la reducción del papel de los especialistas en conocimientos, desde el cambio de la estructura de los servicios y la drástica reducción del personal secretarial y administrativo, hasta el control superior y final de los conocimientos y su utilización. Todos los sistemas de conocimientos e información serán modificados, toda la estructura de las decisiones, todo el sentido de la concurrencia y el poder local y acaso la estructura misma de la enseñanza, la cultura y la sociedad.

Dos países dominan hasta ahora ese nuevo y gigantesco medio de transformación, Estados Unidos y Japón. Principalmente Estados Unidos, en especial por medio de alguna inmensa empresa especializada, disponen ya de la estructura esencial de una red mundial de informática, con satélites de comunicación, bancos de datos y flujo y obtención universal de la información. Ese mundo futuro, que en inglés algunos llaman la "compunication" y en francés la "telemática", ya existe y opera, está controlado por uno o dos países y significa el planteamiento del futuro de las naciones en términos totalmente nuevos.

El presidente de Francia, Valery Giscard d´Estaing, ha solicitado la preparación de un informe a dos especialistas asistidos de un equipo muy

calificado de expertos de la administración y de la ciencia francesa. El informe resultante, firmado por Simón Nora y Alain Minc, acaba de ser publicado por el gobierno francés.

Su lectura ha despertado emoción e inquietud. Es el mundo de mañana que se nos presenta inesperadamente y nos anuncia su inexorable y amenazante presencia. En el informe se dice significativamente:

> Toda revolución tecnológica, en el pasado, provocó una profunda reorganización de la economía y de la sociedad. Representaba a la vez una crisis y los medios para salir de ella. Tal fue el caso de la aparición de la máquina de vapor, del ferrocarril y de la electricidad. La revolución informática tendrá consecuencias mucho mayores. No constituye la única innovación técnica de los últimos años pero representa el factor común que hace posibles y acelera todas las otras. Especialmente en la medida en que altera todo el tratamiento y la conservación de la información habrá de modificar el sistema nervioso de las organizaciones y de la sociedad entera.

Según el informe lo que anuncia la "informática" es una "crisis de civilización". Esto significa que hay que plantear los problemas de desarrollo económico, de independencia, de soberanía y de intercambio en términos nuevos y distintos. Nadie, ningún país y finalmente ningún hombre, puede escapar de esa red que crece hora por hora y cubre toda la actividad humana. Es una cuestión que por sus propias características desborda el marco de la acción nacional para convertirse en un problema fundamental del equilibrio político y económico del planeta.

Hace mucho que se advertía que el progreso científico y tecnológico estaba concentrado en un grado extraordinario en unos pocos centros mundiales de investigación y de ciencia, que constituía un privilegio de poder casi inexpugnable. Ahora tenemos que darnos cuenta de que ese poder existe y se ejerce por medio de esa nueva y creciente red de conocimiento y de decisión que es la informática. El nuevo sistema nervioso de una nueva sociedad y hasta de una nueva humanidad que a todos nos abarca hoy o nos ha de abarcar mañana.

1978

INFORMÁTICA Y PODER

Lo más importante de todo lo que está ocurriendo en el mundo de hoy es la inmensa transformación de las comunicaciones y de la información. Una transformación tan vasta y tan radical que escapa a la comprensión de la mayoría de nuestros contemporáneos. Tenemos conocimiento de lo que significa hoy las telecomunicaciones, la posibilidad de enviar en segundos un mensaje alrededor del planeta, hemos entrado en pleno en la era de la televisión y de la radio y tenemos alguna noción de lo que se puede lograr con las computadoras y los cerebros electrónicos, pero tendemos a pensar que todo esto no representa otra cosa que un espectacular aumento de facilidades, de capacidades y de medios al servicio de la sociedad.

Habría que preguntarse ¿de cuál sociedad? No seguramente de ésta que conocemos sino de otra muy distinta que no se parece ni a la de la ciencia ficción ni a la de las utopías políticas. Una sociedad que será fundamentalmente distinta de las que hemos conocido hasta hoy.

Toda transformación importante de la técnica ha provocado siempre un cambio equivalente en la sociedad. La domesticación del fuego, el inicio de la agricultura, la invención de las máquinas, el vapor, el motor de explosión, la electricidad, la aviación, el átomo, identifican grandes etapas de la evolución humana y han dado origen a formas sociales diferentes.

Los hombres de finales del siglo XVIII no pudieron darse cuenta de todo lo que significaba la aparición de la industria mecanizada. Fue mucho después de que todas las inmensas consecuencias de la mecanización fueron visibles cuando llegaron a comprender que había ocurrido un cambio no menos completo e importante que el ocasionado por las mayores conmociones políticas y lo llamaron la Revolución Industrial.

Lo que ocurre hoy es similar, pero de mucho más alcance y rapidez de implantación. La informática, que está en pleno desarrollo, significa no sólo una nueva manera de transmitir y de almacenar conocimiento, sino una nueva concepción del poder y una nueva organización de la sociedad.

Desde los griegos hasta hoy, el saber y el poder, tan estrechamente asociados, estaban representados y condensados en el libro, la escritura y la biblioteca. Hoy ya no es exactamente así y muy pronto pudiera dejar de ser así enteramente.

Las memorias electrónicas de las computadoras permiten hoy acumular sumas y totalidades de información que ningún ser humano pudo nunca abarcar o vislumbrar siquiera y que ninguna biblioteca ha llegado a contener jamás. Todo lo que está en las bibliotecas y en los archivos, todo el volumen de la información diariamente producida en la tierra, todas las cuentas, las estadísticas, los sucesos y las modificaciones cuantitativas llegarán a estar

en memorias de computadoras y, finalmente, centralizadas en algunos cuantos grandes bancos mundiales de datos. El acceso y el control de estos bancos de datos, que recogerán diariamente y acumularán toda la información existente y reducible a símbolos, constituirá la base cierta del nuevo poder en escala universal.

En consecuencia, tendrán que desaparecer todas las actividades actuales de recopilación, archivo y manipulación de información, la mayor parte del personal secretarial, las formas de conservar y trasmitir los conocimientos, la enseñanza y el concepto mismo de la sabiduría y el conocimiento. Todo podrá ser sabido en un segundo para el que tenga la posibilidad de acceso y la técnica de uso para recibir la instantánea y exhaustiva respuesta del banco de datos.

Esta nueva realidad ya existe entre nosotros. Ya funcionan en algunos países los primeros bancos de datos. Ya el desnivel creciente de la información acumulada y utilizable comienza a ser mucho más grande que todos los otros desniveles conocidos entre países.

Eso es lo que constituye lo que los franceses llaman la *télématique* y los norteamericanos la *compunication*. Es decir, la clave del saber y la del poder en el mundo de mañana, que ya es, en gran parte, el mundo de hoy.

Constituiría el más peligroso anacronismo continuar ignorando las inmensas implicaciones de esta sobrecogedora novedad. Continuar pensando que el libro, la escritura, la biblioteca, los métodos tradicionales de enseñanza, aprendizaje y transmisión de conocimientos, que no son otra cosa que transmisión de información, pueden tener validez frente a este nuevo y descomunal poder.

La capacidad de decisión y, en la misma medida, la capacidad de acción son consecuencias directas de la información. El desarrollo de la informática, en la forma en que se ha dado hasta ahora, tiende a concentrar esa capacidad en muy pocos centros.

Por eso no se exagera al decir, con preocupación sincera, que éste es el más importante hecho de nuestro tiempo.

1978

POLÍTICA Y CULTURA

Dos palabras vagas y confusas se combinan en lo que llamamos, en nuestros días, con obsesionante frecuencia, política cultural. No existe ninguna definición satisfactoria y generalmente aceptada de la cultura. Cada vez que se emplea el nombre puede cubrir las cosas más dispares y diferentes. Desde el concepto de los antropólogos que abarca todo lo que no es naturaleza y que ha sido creado por el hombre, hasta el muy restringido de los que lo reservan a las manifestaciones superiores de las letras y de la creación artística. Un término que puede comprender lo mismo la técnica de la cestería, que el teatro de Shakespeare, las danzas totémicas primitivas o la música de Shomberg, la arquitectura o el folklore, tienden a perder significación en la misma medida de su amplitud.

No es menos vago y caótico el contenido de la palabra política. Desde su más restringida definición, como arte del gobierno, hasta la inmensidad del campo, diariamente extendido, que cubren las llamadas ciencias sociales. La verdad es que esto conduce a que nadie sepa ni pueda definir que es una política cultural, que entra en ella y que queda excluido de ella.

Utilizando una frase que se hizo famosa durante la última guerra, podríamos decir que es un enigma envuelto en un misterio.

Desde luego, el gobierno y ciertas actividades culturales nunca han estado separados. Siempre ha habido una relación entre los dos vagos campos. Desde las sociedades primitivas, en las que la danza ceremonial es una forma de disciplina social y de actividad de jefatura, desde el primero que tuvo la ocurrencia de acompañar el avance de los guerreros con cantos y con tambores, hasta las más refinadas formas en que un Pericles, o un Augusto o un Luis XIV utilizaban como instrumentos poderosos de unidad y de orden la obra de los artistas y los poetas. El Partenón fue un gran acto político que realizó de una manera insuperable la tendencia a unificar en una sola expresión lo que hoy llamaríamos Estado, emoción estética e ideología.

Algo de esta antigua preocupación unitaria aparece detrás del empeño moderno por dotar a los Estados y a los partidos de una política cultural. Crear su Partenón en el que el príncipe y la colectividad entera puedan sentirse presentes e identificados. Las dificultades para una centralización y unificación semejantes se han hecho casi insuperables en el mundo de hoy.

No en vano pasó Occidente la gran transformación del racionalismo crítico, desde el Renacimiento, que creó la disidencia y el pluralismo, no sólo en lo político sino en lo cultural. La historia de la evolución cultural de Europa en los últimos dos o tres siglos es la de la herejía, la desintegración y la diversidad. Ha sido un proceso continuo y acelerado de eliminación de modelos, de normas, de géneros y de definiciones. La expresión occidental del arte o de la literatura ha cambiado más y se ha hecho más inabarcable y contradictoria en los últimos cincuenta años que en los cuatro siglos

anteriores. La mayoría de los Estados liberales han renunciado a dirigir la cultura y se han ido resignando a un mero papel de testigos benevolentes y de proveedores de condiciones materiales para que la creación libre pueda desplegarse. A quien lo dude le bastaría comparar, con todo el inmenso abismo que los separa, un salón oficial de arte de 1900 con lo que actualmente es la Bienal de París o la de Venecia.

Tal vez el crecimiento desmesurado del Estado, que ha sido una de las mayores características del mundo contemporáneo, nos haya llevado a pensar ingenuamente que el Estado lo puede todo sobre el hombre y que la cultura puede ser engendrada por la política. Es, posiblemente, una mera inversión de términos y una apariencia engañosa. Las tentativas totalitarias de imponer un tipo de pintura o de arte nunca han logrado arraigar y adquirir vida propia.

En la oscura mezcla de los dos términos vagos que encierra o pretende encerrar la expresión: política cultural, se pierde de vista el hecho más profundo y cierto de que la cultura no es una creación de la política y nunca lo ha sido y que, por el contrario, la política es y no puede ser otra cosa que una manifestación más de la cultura general de un pueblo. Tan creación de su carácter colectivo y de su grado de evolución histórica como sus danzas, sus cantos, su arquitectura, su alimentación, su folklore o sus creencias. La creación cultural ha logrado siempre, en una forma u otra, independizarse o resistir al Estado; lo que nunca se ha logrado, en cambio, es que eso que llamamos la política, el Estado o el Gobierno, llegué a no ser reflejo y consecuencia de la situación cultural de un pueblo en un momento dado.

Tanto el emperador Bokassa, del África Central como la Confederación Helvética, son genuinos productos de una situación cultural.

1977

REPENSAR LA EDUCACIÓN

Pienso que entre las múltiples y variadas actividades de la Unesco, que cada día se multiplican y extienden, hay una que es fundamental y que debe constituir el tema básico de su reflexión y de su búsqueda.

Estamos en la víspera del año 2000, del comienzo del siglo XXI, del inicio del Tercer Milenario de la Era Cristiana, y ya podemos vislumbrar con mucha aproximación lo que será el panorama del mundo en esa hora tan cercana.

No menos de 6 mil millones de seres humanos congestionarán el globo. Distribuidos desigualmente en diversos climas, regiones, culturas, formas políticas y sociales, mentalidades y creencias, pero, fundamentalmente, agrupados en dos categorías definidas. Una, la más poderosa y menos numerosa, constituida por aquellos países, en gran parte concentrados en el Hemisferio Norte, en América, Europa y parte de Asia, a los que llamamos de distintos modos: países industriales o ricos, o desarrollados o avanzados; otra, numerosa y extensa, que ocupa la mayor parte de Asia, África y América latina, y comprende los llamados países pobres, subdesarrollados, en desarrollo, no industrializados o, más simplemente, el Tercer Mundo. Hoy suman los dos tercios de la humanidad, mañana serán más de las cuatro quintas partes. Por una siniestra paradoja, el lecho del pobre es más fértil que el del rico.

La distancia entre esas dos porciones de la humanidad no sólo no tiende a disminuir, sino que aumenta cada día. No es sólo el paso de la pobreza a la riqueza, difícil de apreciar o medir en cifras o magnitudes, sino el más sutil

y fundamental de la situación de pasividad recibidora a la de actividad creadora, de la de atraso a la de avance. Y ésta ya no es solo una cuestión de Producto Territorial Bruto, ni de densidad de población, ni de nivel del gasto público. En los últimos años, desde la crisis energética, hemos conocido países que han recibido descomunales aportes de dinero y continúan siendo estructuralmente pobres.

La diferencia básica reside en la capacidad creadora, en la mentalidad ante la vida y en la capacidad de conocimiento. El poder de los países desarrollados reside esencialmente en el monopolio del saber, la ciencia, la tecnología y la investigación que han llegado a adquirir y que, por su propio dinamismo, aumenta constantemente.

La gran cuestión que cada día se va a plantear de manera más aguda y trágica a los países atrasados es la de salvar el creciente foso de saber que los desventaja y retrasa con respecto a los desarrollados y poderosos. ¿Cómo lograr el acceso y la participación efectivos en el conocimiento y la creación científica y tecnológica y no en su mera utilización secundaria?

Esto implica repensar nuevamente todo el problema de la educación en las sociedades en desarrollo. Enfrentadas a la contradicción dolorosa y difícil de tener que dar cada día alguna educación, generalmente mediocre e incompleta, a una población creciente que aspira irracionalmente a un acceso general e ilimitado de todos a todos los grados académicos, y por otra parte, acaso más vital, de formar núcleos dirigentes de las más alta calificación científica e intelectual, que puedan no solamente asegurar la incorporación y la participación a la creación científica y tecnológica universal, sino además dar la orientación necesaria para enfrentar los

graves problemas del desarrollo frente a la masificación y la limitación de los recursos y las oportunidades.

Todo el problema del desarrollo de los países pasa por la educación. No basta ya con enseñar conocimientos más o menos útiles, en una forma insuficiente, al mayor número posible. Es necesario educar para la vida, para ser ciudadano del siglo XXI, para entender el mundo en que ya estamos viviendo, sus desafíos, sus riesgos inmensos y sus grandes posibilidades, con una mente abierta, al día, en la ciencia del día, y dirigida, fundamentalmente, a las necesidades y características de la situación local.

Resolver la grave contradicción que está planteada entre la masificación, que tiende a degradar la educación y a hacerla ineficaz, y las exigencias de alta calidad del conocimiento en un mundo cada vez más exigente y difícil en materia de ciencia y tecnología. El mundo de la electrónica, de la bioquímica, de la manipulación genética y de la telemática. La vieja cuestión de qué enseñar, a quiénes enseñar y para qué enseñar, debe estar hoy en el centro de las preocupaciones de los países en desarrollo, si es que piensan seriamente en hacer el duro esfuerzo necesario para salir de la dependencia y del atraso y acceder plenamente al saber, que es el nombre moderno del poder.

Las tentativas de planes de desarrollo del Tercer Mundo, en los últimos años, han estado lejos de ser satisfactorias. Muchas han terminado en frustración y en fracaso. Podría hacerse un triste inventario con los resultados de las reformas agrarias emprendidas con enorme esfuerzo y en nombre de los más generosos propósitos.

Tal vez el mal reside en que no se ha sabido comenzar por la educación. No por la extensión mecánica de una educación formal y neutra, copiada de alguna circunstancia social y culturalmente distinta, sino por una educación nueva, repensada y replanteada en términos de la realidad del mundo actual y de las características y posibilidades de los pueblos atrasados dentro de ese mundo complejo y desequilibrado, donde cada día más el saber es el poder y se concentra en menor número de países y de hombres.

1979

LA CRISIS DE LA EDUCACIÓN[2]

No es mera retórica decir que para mí este es un duro compromiso. No hay cuestión que más haya preocupado a los venezolanos, casi desde el nacimiento del país hasta hoy, que la de la educación. No hay cuestión más debatida ni más angustiosa y no hay cuestión tampoco más fundamental y más decisiva para nuestro presente y para nuestro porvenir.

De modo que venir aquí a trazar un cuadro panorámico de este inmenso problema es una exigente tarea y mucho más venirlo a tratar frente a gentes que han dedicado su vida y sus preocupaciones a este mismo asunto y que tienen sobre él muchísimas cosas que decir y que aportar. De modo que yo no soy aquí sino por simple y mero azar un primo inter pares, un dialogante que por un azar, en esta vez no alfabético, que generalmente me es contrario, me ha tocado hablar en primer término. Y pido excusas por esto mismo, por esa especie de audacia con que aquí vengo a descorrer el telón,

---

[2] Transcripción de la Conferencia dictada ante la Asociación Tribuna 83, 10 de agosto de 1980.

no sobre un nuevo drama, sino sobre el más viejo drama, el más padecido y el más angustioso que los venezolanos hayamos conocido nunca.

La educación está en crisis

La educación está en crisis. Eso lo sabemos perfectamente todos. No solamente está en crisis en nuestro país. No es una peculiaridad nuestra. Está en crisis en el mundo entero. Yo vengo de pasar algunos años en los pudiéramos llamar el centro neurálgico de los problemas educativos del mundo, que es la Unesco, y allí pude palpar muy de cerca la dimensión gigantesca del problema, los aspectos difíciles y complejos que reviste, la dificultad de hallar soluciones adecuadas, las divergencias fundamentales que existen en los enfoques y todo lo que caracteriza a esta gran cuestión central. Por lo tanto, no me puedo hacer ilusiones de que podamos hallar soluciones rápidas, ni fáciles. Creo que, a lo sumo, podemos llegar a diagnósticos de la enfermedad y decir qué males sufre el enfermo. Pero de allí a pasar a un plan terapéutico eficaz, para poderlo restituir a lo que consideraríamos saludable y deseable, hay un inmenso trecho y hay diferencias muy considerables en materia de opinión.

En esa crisis mundial de la educación convendría recordar siquiera lo que podríamos llamar algunos puntos centrales de ella. Algunos rasgos fundamentales, algunos aspectos que la definen y la caracterizan.

La masificación de la enseñanza

La primera es la masificación de la educación. Todos conocemos y ya es un lugar común el fenómeno de la explosión demográfica que la humanidad viene sufriendo en los últimos años. Pensemos que desde el origen del mundo, desde que el hombre apareció en la Tierra hasta el año de 1900, en

un crecimiento lento, a veces detenido, a veces con regresiones, había llegado a alcanzar la cifra de mil millones de habitantes. Pensemos que de 1900 a hoy, hemos cuadriplicado esa cifra en un galopante crecimiento, que no tiene precedentes ni en la historia

Humana ni en la historia animal. Y pensemos que la mera extrapolación de esas cifras anuncia que para el año 2000, que es pasado mañana, puede haber en la Tierra entre 6 mil y 8 mil millones de habitantes, es decir, ocho veces toda la población del mundo que desde el origen del hombre hasta el año 1900 logró formarse en la Tierra.

No voy a entrar aquí en detalles manidos que todos ustedes conocen, de todo lo que esto significa de desproporción entre los recursos no renovables y las necesidades crecientes, sino que voy a referirme simplemente a las exigencias de tipo social que esto plantea a los Estados y a las sociedades. Esto ha traído desde luego la masificación de la educación, esto ha traído el que en las puertas de las escuelas, de los liceos y de las universidades, se aglomeren muchedumbres que antes no se veían sino en los ejércitos o en las inmensas migraciones de pueblos. Y esto es el hecho diario que están confrontando todos los países, en mayor o menor grado, de una manera más previsible y controlable o de una manera más caótica e inabarcable.

Esta masificación, esa cuantificación, ha traído problemas muy complejos. En primer lugar, un problema que salta a la vista, que es el problema de los costos. Una educación para todos cuando todos se han multiplicado varias veces, representa un volumen de recursos materiales y humanos, destinados a la educación, del cual tampoco nunca ha habido precedente. Y esto plantea problemas fiscales, problemas de equilibrio de los gastos públicos, plantea problemas de disponer de un personal para manejar esa

inmensa muchedumbre que se agolpa a las puertas de los institutos de enseñanza y para hacer algo más que un simulacro de educación.

La multiplicación de los saberes

El otro aspecto es que estamos viviendo en un mundo donde ha ocurrido igualmente una explosión del conocimiento. Se ha dicho que, posiblemente, lo que los hombres sabemos hoy, el volumen total del conocimiento del que se dispone hoy, más o menos en un porcentaje de 80 % se sabe desde los últimos cincuenta años. De modo que estamos asistiendo a una velocidad de innovación en el conocimiento, de crecimiento del saber, de multiplicación de las disciplinas del conocimiento como el hombre no conoció nunca y que luego se traslada, como consecuencia inmediata, a la multiplicación de tecnologías y de la creación de instrumentos, de aparatos y de sistemas, que suplen no solamente el trabajo humano sino el cerebro humano. Esta multiplicación del conocimiento plantea un problema no menor, tal vez mayor que el problema de la masificación de la población estudiantil porque se trata de encontrar dos cosas muy difíciles, cómo estar al día en un saber que está cambiando tan velozmente y de manera tan multiplicada en tantos frentes y cómo encontrar en un número suficiente, para enfrentar esa inmensa demanda, los docentes suficientemente dotados para no enseñar la ciencia de anteayer ni la de ayer, sino la que esté más próxima a la de este momento, porque esta misma no la conoce sino un grupo mínimo de investigadores. De modo que este desafío de la explosión de los conocimientos, de la pluralidad de las ciencias, de la multiplicación de las ramas, ha venido a complicar el problema. Si lo que nosotros tuviéramos que transmitirle a esos millones y millones de jóvenes que se acumulan en las puertas de los institutos de enseñanza fuera una vieja enseñanza

tradicional muy simple, el problema sería perfectamente manejable, formar maestros para eso no es difícil, conseguir manuales suficientes para eso tampoco es difícil, pero ¿qué les estaríamos enseñando? ¿una ciencia arqueológica? ¿ los estaríamos preparando para el mundo que dejó de existir hace treinta o cuarenta años o los estaríamos preparando para el difícil, el complejo, el casi impredecible mundo de mañana?

Este aspecto complica la situación muchísimo más que el aspecto cuantitativo. Pero el otro resultado de este aspecto es, desde luego, un descenso de la calidad. En la medida en que el saber se ha hecho más complejo, más variado y más inabarcable, es más difícil abarcarlo y es más difícil transmitirlo. De modo que muchas veces o estamos transmitiendo un saber que ya dejó de tener vigencia o lo estamos transmitiendo de una manera sumamente parcial e incompleta y, por lo tanto, estamos sencillamente en un desfase de lo que enseñamos para un mundo en el cual vivimos y no nos estamos preparando ni estamos preparando a los jóvenes para vivir en él.

Las dos culturas

Esto trae además problemas de otra índole, que apenas voy a señalar de paso. Trae el problema de lo que se ha llamado, muchas veces, las dos culturas. Hasta ayer, cuando digo ayer digo la primera guerra mundial, y aun la víspera de la segunda guerra mundial, la educación, sobre todo la de los grados superiores, era una educación científica y humanística en la que no había mucha separación entre una cosa y otra, todavía quedaba un poco la imagen renacentista de aquellos hombres universales como Leonardo Da Vinci, que uno no sabía dónde terminaba el artista y dónde comenzaba el científico y dónde comenzaba el tecnólogo, esa imagen desde luego ya no

era reproducible, pero tampoco se había llegado a una segmentación tan grave, como para convertirse en idiomas separados y en casi psicologías incomunicables.

Yo he pensado que podríamos imaginar una escena dantesca, por lo trágico de lo que significa, sentar, por ejemplo, a algunos resucitándolos y a otros tomándolos de la vida actual, a un hombre como Picasso, a otro como Beethoven, a Einstein, a Freud y, en fin, ustedes pondrán unos cuantos otros, para que dialoguen. Yo me imagino que sería casi un diálogo de sordos y que mucho del lenguaje que está halando uno de ellos, no lo van a entender los demás. No lo van a entender los demás, porque los saberes han fragmentado los lenguajes. Hay un lenguaje matemático sin el cual es absolutamente imposible entrar en las ramas más elevadas de la ciencia de hoy, por muy inteligente que sea un hombre y por mucha sensibilidad que tenga. Y ese lenguaje matemático hoy ha invadido la química, la física y la biología, de modo que todo el que no posea ese lenguaje fundamental está condenado a estar incomunicado, y el que lo posee está condenado a no poder comunicarse sino con ese círculo limitado que habla esa misma lengua.

Y lo mismo pasa con los que se han mantenido en una cultura humanística. Se ha escrito mucho, y se han publicado trabajos muy buenos sobre esta tragedia de lo que llaman el problema de las dos culturas. Las dos culturas que existen en el mundo de hoy y que posiblemente son más de dos, que son la cultura humanística y la cultura científica, y se ha estudiado la manera de tender puentes hasta donde fuera posible, cosa nada fácil, no para crear hombres universales, que no podemos ya en soñar en crearlos, sino para formar hombres con una información válida, más o menos general. Hombres

que sepan mucho de lo suyo, pero que sepan algo, que tengan una información suficiente de lo otro, de lo que no les pertenece y no es su disciplina. Uno de los hombres que más estudiaron esto, que es un famoso inglés a quien las circunstancias de su vida colocaron un poco en una posición privilegiada para contemplar estos dos campos, fue el famoso C.P. Snow. Snow era un novelista, hombre de gran cultura humanística y, simultáneamente, era uno de los más respetados y autorizados científicos nucleares que tenía Inglaterra. De modo que este hombre participaba, privilegiadamente, de esa situación ambivalente en que podía pasar la frontera tan erizada y tan difícil de esos dos mundos con mucha facilidad. Y fue él, uno de los primeros que hablaron de este problema y decía que tan grave era que un hombre lleno de ciencia no pudiera darse cuenta de lo que significaba la *Novena Sinfonía* de Beethoven, como era grave que un hombre lleno de literatura, de cultura humanística y artística, no supiera lo que significa la Segunda Ley de la Termodinámica. Y esto es cierto, esto es un poco, de manera sucinta, el gran drama de esa bifurcación, que no solamente es en dos ramas, sino en muchas subramas que hoy día constituyen uno de los grandes problemas de la transmisión de conocimientos y de poder tener una visión válida del conjunto.

Enseñanza y sociedad

El otro problema es el de la enseñanza y la vida o de la enseñanza y la sociedad. ¿Para qué enseñamos? Ese es un problema relativamente reciente. El mundo vivió dominado por una cultura oral, prácticamente desde los orígenes de las civilizaciones más remotas hasta comienzos del siglo XIX. El problema se planteó desde comienzos del siglo XIX hasta hoy y se ha ido agravando.

¿Por qué? Porque el mundo se dividía en una cultura oral, que era la cultura de la inmensa mayoría de la población, que era la de los campesino y allí la enseñanza y la vida estaban estrechamente mezcladas; el hijo del salvaje no va a la escuela, lo cual no significa que no recibe educación, recibe mucha educación, recibe posiblemente mucha más educación y más efectiva y más completa que la que recibe el hijo del hombre civilizado. ¿Por qué? Porque aprendía viviendo, aprendía a sembrar acompañando a su padre al campo, aprendía a pescar y a cazar, acompañando a su padre a la pesca y a la caza, desde que podía moverse y caminar. No era que su vida estaba dividida en una parte en que vivía en medio de los otros y una parte en que vivía en aprendizaje, y cuando estaba en su casa aprendía cómo se construía o se reparaba la choza, cómo se prendía el fuego, cómo se conservaba el mismo y cómo se curaba el animal. De modo que había una unidad extraordinaria de cultura, enseñanza, vida y sociedad. Pero cuando surgió la Revolución Industrial y apareció el inmenso fenómeno del urbanismo, entonces la cultura escrita, que había sido una cultura de minorías, una cultura de clerecía, como se decía en el lenguaje de la época, y que además para esas gentes que seguían ese camino también tenía una estrecha vinculación de aprendizaje y vida, se extendió.

¿Cuál era la cultura clerical de los hombres de la Edad Media y del primer Renacimiento? La de los que o iban a formar parte de una Corte y, por lo tanto, lo que aprendían lo estaban aprendiendo en la manera de vivir y en las cosas que le valían para esa vida cortesana, o lo aprendían en la Iglesia, lo que les servía para la carrera eclesiástica y eso lo hacían desde que tenían diez años, de modo que no había ruptura entre aprendizaje y vida. Aprendizaje y vida era una sola cosa para la minoría de la cultura escrita y

para la inmensa mayoría de la cultura oral. Pero cuando la Revolución Industrial trajo las grandes aglomeraciones urbanas entonces surgió en pleno el problema. ¿Cómo se reemplazaba ese aprendizaje de la experiencia vital? ¿Cómo la escuela, que ya no era vida, sino una institución especializada de enseñanza, podía reemplazar la vida, o complementar la vida? ¿Cómo podía evitarse que hubiera un divorcio y una separación creciente entre lo que la escuela enseña y lo que la vida es, la vida que rodea al niño en el barrio, en la casa, en la calle? Ese problema se ha ido agravando cada día más y ha llegado a revestir aspectos graves y trágicos.

Hay quienes dicen que la educación actual en el mundo lo que hace es desarraigar a los hombres, inadecuarlos para la vida, no prepararlos para incorporarse a ningún trabajo efectivo. Uno podría preguntarse, por ejemplo, un bachiller que ya es un hombre que tiene prácticamente doce o catorce años de escolaridad, si interrumpe su educación a esa altura ¿puede incorporarse a la vida? ¿Tiene alguna posibilidad que ofrecer en el mercado de trabajo? ¿Tiene algún aporte que hacer a la vida social que lo rodea? Es un analfabeto social. Es un inválido desde el punto de vista de la actividad productiva y sólo después podrá tomar un rumbo hacia una carrera de educación superior, o hacia una carrera técnica. Pero hasta ese punto, él no ha aprendido nada que le sirva para la vida, ni para incorporarse a la sociedad.

Hay un abismo evidente, y ese abismo forma parte de problemas muy grandes. Yo recuerdo haberle oído a un hombre a quien respeto mucho y aprendí a respetar en los años que me pasé en la Unesco, que es su actual director general, el señor Amadou Mahtar M´Bow, quien nació en la condición más humilde, era hijo de campesinos senegaleses en la época

colonial. Pudo por un azar del destino ir a una escuelita primaria y en esa escuelita adquirió sus primeros conocimientos y con su inteligencia natural logró que se le presentarán algunas facilidades que lo hicieron poder escapar de esa especie de grillete, de la situación tribal en que vivía su familia.

Por lo tanto, es un hombre que conoce eso a fondo, y él me decía, y lo ha dicho públicamente, que siente mucha angustia cuando ve la separación entre el trabajo y la vida que está ocurriendo en la escuela en el Senegal. Decía:

> Cuando yo era niño, a nosotros en nuestra casa nos enseñaban a trabajar, teníamos que trabajar, el niño campesino sale con su padre desde que puede trabajar y eso no es una explotación del niño, esa es una idea de la Revolución Francesa absurda, eso es enseñarlo a vivir, eso es enseñarlo a formarse como un hombre verdadero. Pero cuando tomamos los modelos europeos y empezó la separación de la escuela y de la vida -dice él- se creó un problema en el mundo africano muy grave y es que ese niño que aprendía a incorporarse a una vida productiva, a una sociedad, a una estructura social, ese niño se encontró de pronto confinado a una escuela donde se le enseñaban nociones teóricas y donde quedaba cortado completamente de esa raíz de su incorporación a una sociedad determinada y que a eso había que buscarle un remedio en alguna forma, de asociar la escuela y el trabajo, la escuela y la producción, la escuela y la sociedad.

Esta es otra de las cuestiones que están planteadas en escala mundial y no solamente en los países en desarrollo, donde es más dramático el caso,

sino aun en los países muy desarrollados, en Francia, o en Inglaterra, o en Estados Unidos.

Escuela y antiescuela

El otro problema, desde luego que es una derivación de la separación de la escuela y la sociedad, de la separación de la enseñanza y la vida, es el problema de la educación formal y la no formal. Cada vez más la escuela es un islote cerrado e incomunicado frente a un mundo complejo que es la sociedad creciente y cambiante del mundo moderno y la escuela no está preparando al niño para esa sociedad, ni la enseñanza formal que se le da en la escuela está vinculada a ese hecho.

Yo pienso muchas veces que a un muchacho que está al nivel de secundaria, por qué no se le puede enseñar a escribir a máquina, por ejemplo, que siquiera sería una actividad que le podría servir para algo. No. Se le enseñan nociones filosóficas, se le enseñan nociones abstractas, se le enseña a memorizar hechos que no tienen ninguna aplicación inmediata en su vida ordinaria, y, desde luego, el abismo se acentúa y además se le enseña de una manera aburrida, de una manera pesada, memorizada, que no le excita, ni lo incorpora ni forma parte de su vida.

En cambio la sociedad que lo rodea tiene un atractivo gigantesco. El primer atractivo que tiene es que es vida verdadera, que es la calle, que es el barrio, que es la familia, que es la televisión, que es la radio, que es el cine, que son las revistas pornográficas, que es la pandilla, Todo eso tiene un poder gigantesco de atracción, de despertar interés, porque eso es la vida y eso es lo contrario de la escuela. Los valores que él aprende allí son los contrarios de los que la escuela pretende enseñarle. De modo que esa

antiescuela, que está frente al pequeño espacio de la escuela, ese inmenso espacio viviente de la antiescuela, es poderosísimo y nadie necesita ser profeta para pensar que la lucha entre los valores, que la pequeña escuela aislada quiere enseñar, y los valores, llamémoslos así porque lo son, que la antiescuela enseña con tanta eficacia, esa lucha, se resuelve, se está resolviendo y se seguirá resolviendo en contra de la escuela.

Esto ha llevado a la conclusión de que habría que ampliar el sentido de la educación en el mundo entero. Hace pocos años la Unesco nombró una comisión compuesta de hombres muy distinguidos, de todas las grandes regiones culturales y geográficas del mundo, que presidió una gran figura francesa, el presidente Edgar Faure, que ha sido presidente del Consejo de Ministros de Francia, presidente de la Cámara de Representantes y que es un hombre de gran estatura intelectual y política, y esa comisión realizó una evaluación de la situación de la educación en el mundo, en un mundo en transición, y publicó un trabajo que ha tenido mucho éxito y se ha comentado mucho, que tiene un nombre muy significativo, se llama *Aprender a ser*. Porque, esa era la idea central. Ya no se pueden aprender técnicas, ya no puede la escuela resignarse a enseñar nociones sino que la escuela tiene que enseñar al hombre a ser, a realizarse, a vivir y esto es, sin duda alguna, una realidad evidente. A mí me complace mucho como venezolano, que esto que como una gran novedad y como una respuesta al desafío de los tiempos actuales, un grupo muy ilustre y valioso de intelectuales, de políticos y de educadores del mundo entero halló, esto lo había dicho un venezolano iluminado y extraordinario, siglo y medio antes de esta publicación de la Unesco. Siglo y medio antes nuestro Simón Rodríguez, nuestro olvidado Simón Rodríguez, nuestro desconocido Simón Rodríguez, había dicho, y no

era una frase simplemente, era todo lo que de esa frase estaba articulado en todo lo demás que hizo y ensayó: "Ha llegado el tiempo de enseñar a los hombres a vivir". Simón Rodríguez pensaba que lo que había que enseñar no era gramática, ni aritmética, ni geografía, había que enseñar a vivir.

Una educación muy costosa

Sería bueno que ahora regresáramos en este panorama galopante al caso venezolano concreto. Todos estos problemas se reflejan, desde luego, en el caso venezolano, sólo que se reflejan de una manera peculiar. No se reflejan exactamente ni como en el Senegal, ni como en Francia, ni como en Inglaterra, ni como en otros países latinoamericanos.

La primera cuestión que tendríamos que ver es que nuestra educación está resultando extraordinariamente costosa. Debe ser en este momento una de las más costosas del mundo. Yo tengo aquí unas cifras que les voy a citar a la ligera, porque aunque la mayoría de los de aquí presentes las conocen, a veces tenemos la tendencia a olvidar. Esas cifras son éstas: el presupuesto nacional vigente para el año 1980 llega a un total de 57 mil millones de bolívares. Es una cifra monstruosa, gigantesca, nunca vista, lo que pasa es que las gentes nos acostumbramos rápidamente a todo y ya hemos perdido un poco la sensibilidad a estas dimensiones astronómicas del gasto público. Ahora, de esa cifra, el gasto en educación presupuestado es de 8.934 millones de bolívares, 9 mil millones de bolívares en cifras redondas, y de esa cifra presupuestada, no ejecutada, la ejecución va a ser mucho mayor, la educación universitaria se lleva 2.991 millones, es decir, 3 mil millones de bolívares, que es la tercera parte de la cifra total. La educación superior, no universitaria, la de los institutos parauniversitarios, tecnológico, se lleva 568, y en este momento existen solicitudes de créditos adicionales en esas ramas

por 1.500 millones de bolívares. De modo que la parte que podríamos llamar educación superior globalmente, universitaria y no universitaria, va a subir, con la aprobación muy posible de esos créditos, a 5 mil millones de bolívares, que viene siendo muchísimo más del 50 % del gasto presupuestado en educación, y el gasto presupuestado en educación, si es que no hay créditos adicionales en las otras ramas, va a sobrepasar la suma del 10 mil millones de bolívares. Venezuela no llegó a tener un presupuesto nacional de 10 mil millones de bolívares sino hace escasamente seis o siete años. Venezuela hace veinte años no llegaba a tener para todo el país un presupuesto de 3 mil millones. Venezuela hace cuarenta años atendía todos los gastos del país con menos de 500 millones de bolívares. De modo que esto les revela a ustedes el monstruoso crecimiento.

Yo aquí les voy a citar una cifra, de la cual puedo dar fe porque yo fui ministro de Educación de Venezuela en 1940, y hace cuarenta años la población de Venezuela era de 3.800.000 habitantes y el miserabílisimo presupuesto de Educación, da risa nombrarlo, era de 22 millones de bolívares, para atender desde el kindergarten hasta la universidad. En 1980, cuarenta años más tarde, tenemos 16 millones de habitantes y 10 mil millones de presupuesto educacional. Esto quiere decir que mientras la población ha crecido cuatro veces, el gasto educativo ha crecido cuatrocientas cincuenta y cuatro veces.

De un rendimiento mínimo

Es evidente que algo aquí escapa a la razón y significa una desproporción sin duda alguna, y una desproporción grave. Pero lo más grave no es que hayamos llegado a estas cifras, lo que ya es muy grave y plantea problemas de financiamiento gigantesco que pueden afectar toda la vida nacional de

un modo amenazante, sino que frente a esto el rendimiento es ridículamente pequeño.

Ese rendimiento ridículamente desproporcionado lo reflejan estos datos que les voy a dar y que son de la OPSU, de la Oficina de Planeamiento de la Educación Superior. El año de 1980, este año, ingresaron a las universidades 99 mil bachilleres, es decir 100 mil bachilleres. ¿Con qué notas venían esos estudiantes de la secundaria? Venían con estas notas que debían abochornarnos a todos los venezolanos, que debían no dejarnos dormir, que debían provocar en todos nosotros una revulsión para ver qué está pasando con esto. Con calificaciones de 19 y 20, tres estudiantes. No 300, no 3 mil, no 30 mil, tres. Es irrisorio. Con calificaciones de 18, 275 estudiantes; con calificaciones de 16 a 17, 1.826 estudiantes; con calificaciones de 12 puntos, que son muchas veces calificaciones de favor, porque ya un estudiante al que se le pone 12 puntos es porque tiene fallas gigantescas, 25 mil. Con calificaciones de 11, 43 mil, y con calificaciones de 10, que es una calificación, casi vergonzosa, 6 mil.

De modo que de los 100 mil estudiantes, más de 74 mil tenían calificaciones iguales o inferiores a 12 puntos, esto explica por qué, en gran parte, según las mismas cifras de la misma fuente oficial, de 100 inscritos en las universidades nacionales, fracasa el 85 %, termina el 15 %. De cada 100 estudiantes, 15. Si nosotros aplicamos eso a la cifra actual de 300 mil estudiantes en educación superior, quiere decir que 255 mil están condenados a fracasar. Esto es una tragedia. Esto es un despilfarro monstruoso, no solamente de recursos de dinero, sino de recursos de hombres. ¿Qué respuestas les vamos a dar a esos 255 mil fracasados? ¿Qué les vamos a decir? ¿Qué por debilidad, que por complacencia nuestra

los hemos dejado coger un callejón sin salida? ¿Qué no hemos tenido el valor, ni la inteligencia, ni la decisión, para decirles con toda franqueza: "ustedes no pueden ingresar a un nivel universitario, ustedes tienen otros caminos abiertos?"; ¿o es más fácil cruzarse de brazos y dejar que de 300 mil estudiantes que están en estos momentos en las universidades 255 mil hayan de fracasar? Sin preguntarnos tampoco lo que valen los 45 mil que se van a aprobar, porque estas cifras de las notas a nivel de secundaria, no son muy distintas a nivel universitario. De modo que para producir 45 mil estudiantes graduados nosotros estamos haciendo un gasto universitario para 300 mil estudiantes.

Con mucho valor, señalando este trágico y grave problema, decía el director de la OPSU, el seños Antonio Luis Cárdenas, a quien me complace reconocerle este gesto raro en nuestro medio de hablar con franqueza y con valor cualquiera que fueran las consecuencias, dice: "Nuestros bachilleres no saben leer, no profundizan, no piensan y tienen un vocabulario que sorprende por su pobreza". Esto se ha dicho muchas veces y ha sido visible en declaraciones de todas clases, de la imposibilidad en que están de redactar, la imposibilidad en que están de coordinar.

Se ha señalado muchas veces que nuestra educación se está convirtiendo ya en una educación que no enseña ni a leer ni a escribir. A nivel de secundaria, no se enseña a redactar. Da vergüenza a veces ver la forma en que nuestros abogados redactan, las faltas crasas de castellano que cometen; las dificultades para expresarse; la pobreza del vocabulario que tienen que usar en los niveles universitarios y ¿por qué? Porque ni siquiera leen, ni siquiera escriben, ni siquiera están leyendo libros, están leyendo

apuntes, memorizando “chuletas”, están contestando cuestionarios con una X, con una pregunta de ¿verdadero o falso?

¿Qué tipo de educación les estamos dando, y a quién queremos engañar con esto? ¿Engañarnos nosotros mismos? Engañar a esos pobres que están jugándose literalmente sus vidas en las universidades sería un crimen monstruoso que no tendría calificación.

Yo creo que la batalla del futuro para Venezuela posiblemente la estamos perdiendo a nivel de la educación. Y tal vez la hemos perdido ya definitivamente. Es todo el porvenir de este país el que está en juego. Y lo estamos viendo con una impasibilidad extraordinaria. Lo estamos viendo con una resignación fatalista increíble. Como si eso fuera el producto de un fenómeno de la naturaleza, como si hubiera sido un terremoto que ha ocurrido en el país y que nosotros no podíamos hacer nada para evitarlo, cuando hemos tenido todos los medios para evitarlo, cuando hemos tenido todos los medios para enfrentarlo, cuando hemos podido, y no han faltado voces alertas que lo digan, encarar ese problema y tenderle una mano para salvar a todos esos jóvenes.

Mitos suicidas

Aquí hay unos mitos y unos conceptos errados que desgraciadamente han proliferado. Uno de esos mitos es la llamada democratización de la enseñanza. O estoy de acuerdo en que la enseñanza hay que democratizarla; pero ¿qué quiere decir democratizar la enseñanza? ¿Democratizar la enseñanza es que todo el mundo debe ser filósofo? ¿Es que todo el mundo debe tener un doctorado universitario? ¿Es que un país puede vivir con filósofos y doctores en astronomía cuando no tiene ni los

mecánicos ni los obreros cualificados, ni los técnicos medios que necesita para su desarrollo? Sería un país macrocéfalo monstruoso, hidrocéfalo, diría yo, que es peor aún, condenado a no poder vivir.

Esa democratización de la enseñanza no puede ser que todo el mundo pueda entrar en la universidad, que todo el mundo pueda obtener un grado, porque esto es una falsificación. De lo que se trata no es de dar grados, de lo que se trata no es de tener grados, de lo que se trata es de saber. Y con todos los grados del mundo en las manos, el ignorante sigue siendo ignorante, el ineficaz sigue siendo ineficaz, y el fracasado sigue siendo fracasado. De modo que la democratización tiene que ser darle a todos oportunidades iguales, pero la oportunidad igual no puede llegar a que el que toma el primer grado de primaria esté asegurado de llegar a una universidad. Está asegurado de llegar si tiene las condiciones para llegar. De modo que las oportunidades deben extenderse a todo el país. Deben extenderse a todos. Pero la educación debe ir escalón por escalón encaminando, debe ir escalón por escalón diversificando, debe ir escalón por escalón abriendo un abanico de posibilidades y vías distintas porque si no, todavía vamos a estar viviendo con los viejos males que señalaba hace 150 años Miguel José Sanz de la idolatría del doctorado, y que repetía a mediados del siglo pasado Cecilio Acosta, cuando hablaba del título que da pan, de la creación de un proletariado académico sin empleo y sin posibilidad que ya se observaba en aquella Venezuela pobre y estrecha en que vivía Acosta.

El otro aspecto es el de un curioso sentimiento de antielitismo. Se ha pensado que todo lo que sea dar una educación especial a gentes con capacidad superior es elitesco y eso hay que acabarlo. Esa es una

monstruosidad. El mundo entero de hoy está en manos de minorías sabias. Si hoy se escogieron 200 mil hombres en toda la tierra y se les hiciera morir esta noche, el mundo andaría muy cerca de caer en la barbarie mañana en la mañana, porque a ciertos niveles de conocimiento y de investigación, fatalmente lo que hay son minorías. Son el fruto de selección sobre selección. Esto lo saben mejor que nadie los países socialistas. En los países socialistas no hay antielitismo, es todo lo contrario. No hay países más elitistas que los socialistas. Su sistema educativo consiste en producir honres de calificación extraordinaria y de capacidad excepcional por medio de una selección rigurosa tramo a tramo.

Nosotros sufrimos de ese prejuicio. Mucho más grave hoy porque ya se conocía, pero hoy es evidente que saber es poder. El poder, el verdadero poder, que reviste aspectos económicos, políticos, militares y de toda índole se asienta en una sola fuerza que es el saber. No es poderoso un pueblo porque tenga una gran población,, sería el más poderoso país del mundo la India y no lo es. No es poderoso un pueblo porque tenga inmensos recursos naturales, si no los países petroleros serían los más poderosos de la tierra, y no lo son. S poderoso un pueblo por su capacidad intelectual, por su capacidad de producir y avanzar científica y tecnológicamente. Por eso en el mundo se han ido creando polos de desarrollo científico muy concentrados. Esos polos de desarrollo científico están estrechamente asociados con la capacidad de conocer, con la selección de las gentes que sirven, con la búsqueda en el mundo entero de la gente con algún talento para utilizarlo, porque tienen el sentido claro de que esa es la fuerza y el camino del porvenir, y nosotros estamos pensando que eso es elitismo, que nosotros no debemos gastar un céntimo en formar gentes muy capaces, en

darle posibilidades de realización plena al hombre de algún talento creativo que podamos producir, y que estamos condenando a perderse por esa idea de que eso es elitismo. Estos son unos mitos esterilizantes, paralizantes, suicidas y contrarios al interés, más elemental del país. Sin embargo, como en la famosa fábula “El rey está desnudo”, todos sabemos que está desnudo pero no nos atrevemos a decirlo.

Repensar la educación

Yo creo que estamos en el caso ineluctable de repensar la educación. Está el mundo en el caso de repensarla. Y estamos nosotros muchísimo más urgidos de hacerlo. Esta abundancia de recursos petroleros que en gran parte malgastamos; no va a durar siempre. Ya estamos llegando casi al tope de la capacidad de producir divisas petroleras de Venezuela. El porvenir inmediato del mundo anuncia para dentro de 10 o 15 años una situación de equilibrio. Las fuentes alternas van a desarrollarse, de modo que Venezuela no puede dormir plácidamente en la confianza de que va a haber un flujo de divisas petroleras que le permitirá seguir no dando la cara a las verdades, seguir cerrando los ojos ante realidades amenazantes, y continuar en este falso juego de verdades a medias o de verdades convencionales.

Ese repensar la educación tiene que partir en primer lugar de la eficiencia del sistema. Contestamos abierta y francamente, ¿para qué educamos? ¿a quiénes educamos? ¿y cómo educamos Trazarnos unas metas y unos rumbos para el país que queremos hacer de Venezuela, y poner la educación al servicio de ese destino venezolano, y de esa realización el destino nacional en un mundo sumamente complejo que va a pedir a los demás países inmensos esfuerzos de capacidad intelectual, y en un país como Venezuela, donde estas generaciones nuevas van a afrontar las

situaciones más riesgosas y peligrosas que ninguna generación venezolana ha confrontado que es la situación pospetrolera, que ya está aquí, que ya está tocando la puerta.

Tendríamos que condicionar la educación y repensarla con vistas a las necesidades del país ya la situación del mundo. Hacer una educación, mucho más realista, mucho más empírica, mucho más con los pies en la tierra, mucho más con la mirada puesta en el mundo en que estamos entrando y en las exigencias que ese mundo impone. De otra manera estaríamos llevando no solamente a las nuevas generaciones al fracaso, sino al país entero al fracaso. El país no puede contentarse con seguir produciendo masivamente semiletrados, más o menos inútiles, sino que tiene que producir los técnicos y los científicos del más alto nivel posible que son necesarios para que desempeñe su papel de gran nación y para que entre con pie seguro en el mundo que está amaneciendo y que ya existe en el resto del planeta.

Simón Rodríguez, nuestro maestro

Yo creo que nosotros tenemos un excelente maestro para emprender este camino, y es el viejo Simón Rodríguez. Simón Rodríguez dijo, con una antelación verdaderamente espeluznante, con una anticipación extraordinaria, qué era y qué debía ser la educación para estos países. Desagraciadamente en 150 años no se le ha oído, no se ha hecho caso, ha sobrevivido, más que todo, en una crónica escandalosa de chascarrillos y de anécdotas banales, pero en lo fundamental y en lo serio delo que tuvo de que decir, no hemos tenido ni voluntad, ni gusto para oírlo. ¿Y es que decía Simón Rodríguez? Simón Rodríguez se anticipaba al problema de que era necesario utilizar la escuela para crearla sociedad. El no pensaba que se

cambiaba a sociedad con una revolución, con un hecho de violencia armada, él había presenciado el más grande que ha conocido la América Latina, que era la Independencia, y lo decía: “La independencia está declarada pero no está fundada. Lo que hacemos es una tregua”, decía él.

Ahora tenemos que hacer pueblo, porque si no tenemos pueblo no tenemos independencia. No tenemos República. Vamos a hacer los republicanos, vamos a formar los ciudadanos de un país en crecimiento, vamos a convertirlos en la gente capaz de realizar esa República, en la escuela.

Eso se dice ahora, pero en 1828 no lo decía nadie. Lego establece un nexo muy estrecho entre la escuela y la sociedad porque para él la escuela no era sino una manera de enseñar sociabilidad, es decir, enseñar a las gentes a vivir en sociedad, a vivir en un mundo moderno, a valerse por sí mismos, a ser útiles a los otros, a realizarse ellos y realizar el país, no vivir segregados en compartimientos estancos. Esto lo terminaba con esta frase bellísima, con esta noción extraordinaria frente a todos los europeizantes de su tiempo, frente a todos los hombres que en América no pensaban sino en una manera de parecerse a los franceses, o los norteamericanos, de traer inmigración europea masiva para que esa inmigración nos transformar en qué? En europeos de segunda? Eso no era lo que pensaba Simón Rodríguez. Pensaba que teníamos que ser originales, que teníamos que partir de nuestras realidades y que a través de la escuela teníamos que hacer todo lo necesario para colonizar al país con sus propios habitantes.

Este desafío está todavía en pie, y está ante nosotros. Yo me permitiría invitar a los venezolanos de hoy, a los dirigentes de la educación venezolana a que fuéramos a recuperar ese muerto, a devolverle la vida y la palabra a Simón Rodríguez para que nos repita la lección que inútilmente dijo hace

150 años y que sigue siendo todavía la clave de una solución sensata completa y eficaz de la educación para Venezuela.

LA ECONOMÍA LLEGA A LA UNIVERSIDAD

La creación de la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales es un aporte fundamental para la formación de una conciencia venezolana activa y dirigente.

Viene a incorporar al sagrado semillero de la universidad una disciplina viviente y actuante con el estudio de aquellas Ciencias que más directamente se relacionan con el bienestar colectivo y la grandeza y progreso de los pueblos.

Abre hoy nuestra universidad una ancha ventana de luz hacia el panorama universal y nacional para contemplar y analizar todos los complejos problemas de la producción y circulación de las riquezas y de la convivencia de las distintas clases sociales, que habrá de reflejarse en un futuro próximo en la organización de nuestra vida colectiva y en la orientación de nuestro destino histórico.

Faltaba a nuestra enseñanza superior este limo viviente y fecundo del estudio sistemático y completo de las ciencias sociales y económicas, no con el objeto de formar al profesional dogmático y generalmente estéril, sino con el propósito, mucho más humano y eficaz, de poner a un puñado de hombres capaces en el camino del conocimiento y de la investigación de todas las cuestiones dinámicas y complejas que se relacionan con la riqueza y el equilibrio social de las naciones.

Si algo caracteriza nuestra época es esa suerte de cenestesia social que hace que el individuo se sienta profundamente integrado a todas las manifestaciones y fenómenos de la colectividad humana. Es ese condicionamiento de lo individual por lo nacional y lo universal.

Nada de lo que ocurre o pueda ocurrir es enteramente indiferente para el individuo. La guerra a la crisis del más remoto pueblo repercuten automáticamente en la vida del individuo. Y ello no es únicamente el resultado de la mayor difusión de la cultura y de los grandes adelantos en las comunicaciones, sino una consecuencia de la constante y tenaz universalización de las relaciones económicas. El salario del campesino de nuestras sierras depende en gran parte de las fluctuaciones de los precios en las grandes bolsas universales. Y si del aspecto universal pasamos al nacional, los fenómenos de las repercusiones, inesperados para el profano, no son menos sorprendentes. El aumento de la burocracia, el desequilibrio de la balanza de comercio, la situación crítica de la agricultura y de casi todas las ramas de la producción nacional, son otros tantos efectos del incremento de la industria petrolera en Venezuela.

Diariamente los hechos nos están probando que no existe economía nacional aislada, ni fenómeno económico independiente del resto de los demás factores de la vida económica.

En muchos perdura el concepto arcaico de que la economía puede continuar siendo aquella eglógica y estática estampa de la Europa de la primera mitad del siglo XVIII. Sin duda ignoran o desestiman la formidable Revolución Industrial que se inició en los últimos años de ese mismo siglo y que había de transformar profundamente la vida y las relaciones de los pueblos. Al artesano que trabajaba las materias de su región, se sustituyó la gran

industria que emplea los materiales de las más distantes regiones. Al mercado local y a la feria pintoresca se sustituyó el enorme intercambio de mercancías y servicios entre todas las naciones de la tierra, A la bolsa de lana donde guardaban los ahorros de la cosecha, los complejos mecanismos del crédito internacional. Al viejo doblón del buen oro, que era una joya, más que una moneda, vino a sustituirse el libro de contabilidad de los bancos o esos signos representativos cuyo valor llego a evaporarse en instantes durante los dramas monetarios de la postguerra. Surgieron los vastos problemas internacionales de la distribución y el aprovisionamiento de materias primas, los problemas del nivel de vida y de la capacidad adquisitiva de las masas, los problemas de la interdependencia de las monedas atadas a la suerte del intercambio económico; la tragedia de las grandes crisis que en horas provocaban fantásticos desplazamientos de riquezas.

El hombre estaba cogido en las inmensas ruedas del mecanismo económico y su reacción natural debía ser un esfuerzo por conocerlo y controlarlo.

El siglo XIX se inicia con las más halagadoras esperanzas económicas. La escuela clásica inglesa afirmaba, cada día con más énfasis y con más genial razonamiento, que el interés del individuo coincidía siempre con el interés general, que la vida económica estaba presidida por leyes inmutables que no podían ser alteradas y que bastaba dejar actuar libremente esas leyes para que automáticamente se establecieran la armonía y el progreso. El Estado quedaba reducido al honorífico y simple papel de un Productor de Seguridad. No todo resultó tan risueño. Ya desde los comienzos surgieron, entre los propios fundadores, Ricardo y Malthus con su profunda investigación que Carlyle había de llamar lúgubre. Después vinieron las

grandes crisis periódicas, el pauperismo y la agitación creciente de las masas trabajadoras, y la reacción ideológica desde las diferentes posiciones. Aquel siglo concluye en la desconfianza de la libertad económica y en una multiforme exaltación de la función del Estado, que han continuado acentuándose hasta nuestros días.

Nuestra patria, por razones de la más diversa índole que van desde la historia hasta la geografía, permaneció largo tiempo indiferente a la gran batalla económica que se libraba en el mundo occidental y a las consecuencias que necesariamente sufría. Nuestra independencia coincidió con la época de mayor prestigio de la escuela clásica, y era lógico que nuestros libertadores adaptaran los principios de aquella nuestras instituciones. Desde santos Michelena, hasta el ayer inmediato hemos practicado por tradición un liberalismo económico sin convicción y sin energías, que ni correspondía a nuestras necesidades ni a la política coetánea delos demás países.

En un pueblo desprovisto del sentido agresivo y creador del capitalismo, la vida económica abandonada al empirismo y a su propia suerte degeneraba en un remanso, en lugar de ser el primer instrumento del progreso y de la transformación nacional. Nos decíamos fieles a un liberalismo teórico, sin pensaren las consecuencias sociales, políticas y culturales que la condenación al papel de productores de materias primas debía ocasionar a la nación. Nos seguíamos creyendo liberales, mientras el Estado, antes del petróleo, mantenía por medio de barreras artificiales las escasas y exangües industrias y, después del petróleo, por medio de la distribución de aquella renta, y de la fijación del tipo de cambio, venía a intervenir, sin proponérselo, todos los aspectos de nuestra vida económica.

Hoy, el Estado venezolano por medio de las protecciones arancelarias, las primas, los contingentes, la centralización del cambio, la distribución del Presupuesto, es el centro de toda la economía nacional. Ante este hecho brutalmente simple y cierto, resulta absolutamente bizantino ponerse a discutir sobre la conveniencia de que el Estado intervenga o no en la vida económica. El hecho es que el Estado interviene y está interviniendo en nuestra vida económica, porque nuestra vida económica no es sino un reflejo de la riqueza del Estado. La cuestión vital para los venezolanos no es una vida económica propia y creciente, ante la que pueda plantearse un día el problema de la intervención o de la no intervención.

La riqueza del Estado y muestra economía toda dependen hoy, en proporción formidable, del petróleo. El petróleo no es ni una cosecha ni una renta, sino el consumo continuo de un capital depositado por a naturaleza en el subsuelo. Ese término de la riqueza petrolera, de la que estamos viviendo, es la más trágica interrogación que surge en el panorama de nuestro futuro económico y social.

La gran labor es la de aprovechar la riqueza transitoria y decreciente de las minas para transformarla en riqueza reproductiva, regular y creciente de la agricultura y de las fábricas. El gran propósito es, como ya lo dije en otra ocasión: “sembrar el petróleo”.

Tal es la importancia decisiva que tienen las cuestiones económicas sociales para nuestra Venezuela. Por ello n puede ser más útil ni más patriótica la vocación que os ha congregado aquí.

En nuestra escuela se van a formar los soldados alertas que van a librar la dura batalla de nuestra economía, que no es otra que la batalla por la grandeza, por la independencia y por el progreso de la patria.

El “pensum” de estudios es lo suficientemente amplio para asegurar una información eficiente. La escuela dará el bagaje esencial para que acabéis de formaros en la lucha.

Para que acendréis y convirtáis en acción los fermentos que de ella recibiréis, Y espera, con firme confianza, que sabréis devolverle a nuestra materna Venezuela, en ejemplo, en investigaciones y en acción, el capital de conocimientos que os va a confiar. Alberto Adriani, escribió una frase que yo me permito proponeros como regla de conducta y fuente de meditación:

Es mucho más fácil discurrir sobre ideas generales, tejer diatribas ácidas y atiborrar cráneos proletarios de ideas abusivas y propósitos desordenados, que pasar meses en el estudio silencioso y metódico de algunos de nuestros problemas técnicos e imponerse ua disciplina de trabajo que permita dominarlo con desenfado.

En nombre de la Universidad Central de Venezuela os doy la bienvenida y os deseo, con patriótico egoísmo, el mayor fruto de vuestros estudios.

MEMORIA QUE EL MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL PRESENTÓ AL CONGRESO NACIONAL EN SUS SESIONES ORDINARIAS DE 1940

Ciudadanos Senadores:

Ciudadanos Diputados:

Os presento mi respetuoso saludo y hago votos por el acierto de vuestras eminentes labores al rendiros cuenta del trabajo del Ministerio de Educación.

No os diré que las actividades del Despacho se han desarrollado de una manera normal durante el año de la cuenta, porque semejante calificativo, que huele a rutina, no puede convenir al sorprendente ritmo de creación y de superación tenaz que impulsa a la Venezuela de nuestros días, pero puedo deciros que en ningún momento se ha negado el empeño a los reclamos de la inmensa tarea que corresponde a todos y cada uno de los servidores de la educación nacional.

No escapan a vuestra ilustración ni a vuestro celo de patriotas, la magnitud y las complejas modalidades de las cuestiones relacionadas con la educación en nuestro país, Se trata de dar a todo un pueblo, disperso en un enorme territorio, trabajado por las más variadas influencias étnicas, mesológicas y sociales, una educación que, al hacer activas sus potencias morales y materiales, asegure a la Patria el máximum de servicio útil de sus hijos en todos los campos. Esas cuestiones comprenden desde el número y costo de los planteles, desde la edificación escolar, hasta el contenido y las formas dela enseñanza, hasta la formación delos maestros y profesores, hasta los problemas no exclusivamente docentes del alumnado.

El actual Gobierno puede legítimamente enorgullecerse de haber realizado una gran labor educacional, tanto más cuanto que no puede n debe concentrar todo su esfuerzo en la satisfacción de una sola necesidad cuando

otras muchas requieren atención urgente yy sería nugatorio y demagógico invertir en escuelas todo lo que el país necesita para caminos, puertos, comunicaciones, defensa, salubridad, estímulo a la agricultura ya las industrias; porque una población condenada al aislamiento, a la pobreza, a la enfermedad y al desorden, no puede obtener ningún fruto de la escuela. Se ha progresado en todos los sectores paralelamente, en forma coordinada y sobre terreno firme, y ello constituye la garantía más preciosa de este entusiasta despertar del alma venezolana.

La educación primaria constituye la clave, la esencia y la condición necesaria de todo el sistema educacional. Con una escuela primaria deficiente o mal orientada se desnaturaliza y anula la eficacia de tods las otras ramas de la enseñanza, y lo que es peor, se desnaturaliza y anula la capacidad latente del hombre en el niño. Esta consideración se agrava aún más cuando se piensa que una gran porción de la población escolar no pasa de la escuela primaria y con el solo bagaje cultural que ella le ofrece sale a afrontar la vida.

En 1935 existían en Venezuela 2.161 escuelas primarias, de las cuales 1.372 eran Federales. Para el año de la cuenta existen 5.499, de las cuales 2.325 son Federales; lo que representa un incremento total de 254%. Para la población escolar señalada por el Censo Nacional de 1936, que era de689.288 personas, la inscripción escolar alcanzaba a137.126 alumnos, o sea el 19,9% de la población escolar. Para 1939, tomando en cuenta que por virtud del crecimiento vegetativo la población escolar puede estimarse en 720 mil, la inscripción alcanzó a 295.462 alumnos, o sea el 41,03% de dicha población. Lo que representa haber más que duplicado la capacidad de inscripción en tan corto lapso. Del Presupuesto del Departamento se

invertían en educación primaria, en 1935, Bs. 5.812.206, mientras la apropiación correspondiente en el Presupuesto vigente alcanza a BS. 13.898.820. Teniendo en cuenta que el Situado Constitucional constituye la casi totalidad de la renta de los Estados, y que las sumas que éstos destinan a educación son casi exclusivamente para primaria, no sería ilógico añadir a esta cifra los BS. 8.372.790 a que asciende el total de las partidas de educación en los presupuesto estatales, lo que elevaría la suma total invertida por el Erario en esa rama a más de 22 millones de bolívares.

A lo expuesto hay que agregar las partidas invertidas en el cuadrienio 1936-1939, por órgano del Departamento respectivo, en la construcción y reparación de edificios para planteles educacionales, y las cuales ascienden a Bs. 15.504.667,71.

No se ha limitado la acción del Gobierno a realizar este sorprendente progreso, que implica a su vez muy cuantiosas erogaciones por concepto de material de enseñanza, de inspección, de misiones rurales, etc., de distribución de trajes, calzado, alimentos y medicinas muchos niños, sino que también ha querido estudiar y resolver los problemas extraescolares que influyen en la mayor o menor eficiencia de la enseñanza, y entre éstos el muy señalado de la desnutrición de una gran parte de la población escolar. Los ensayos realizados, hasta ahora por los Poderes Públicos y por iniciativa privada han sido siempre empíricos y muchas veces poco satisfactorios. No se han verificado los estudios necesarios para determinar la más conveniente organización administrativa, ni el poder nutritivo de las distintas dietas a base de productos criollos, ni el costo mínimo por comensal. El Despacho ha juzgado que antes de proceder a prodigar comedores escolares más o menos útiles o nominales, se imponía la

conveniencia de practicar de un odo científico todas las investigaciones previas. Al efecto se ha comisionado al Consejo Venezolano del Niño para dirigir y practicar esos estudios en un Comedor Escolar Experimental que comenzará a funcionar en breve en la ciudad de Caracas y cuyos resultados servirán para el establecimiento de verdaderos comedores escolares en el próximo año económico, y para orientar al respecto, la acción de los demás organismos públicos y privados.

Cierto es que aún a pesar de tan notable y varia labor se necesitaría duplicar otra vez la capacidad de inscripción para asegurar teóricamente la educación primaria a toda la población escolar actual. Ello significaría, sin detenernos en los problemas de la dispersión de la población y de la erogación cuantiosísima, el funcionamiento simultáneo de 14 mil grados aproximadamente, Aún en épocas de tan extraordinaria riqueza fiscal, como la que Venezuela vive, semejante carga sería excesiva para el Fisco e injusta, porque en ninguna parte el Estado puede ni debe costear la educación de todos los ciudadanos, antes por el contrario, sufraga tan solo una porción que es casi siempre menor que la que cubren las administraciones regionales y municipales y las instituciones privadas,

Por otra parte no es lógico plantear en esta forma teórica y abstracta una cuestión de rasgos tan concretos y prácticos, olvidando que gran parte de nuestra población es rural y se halla diseminada en campos y pequeños caseríos, lo que impondría una excesiva multiplicación de la escuelas sin que por ello se redujese el alto porcentaje de inasistencia escolar, y encareciendo, no obstante, de un modo ruinoso, el costo medio de la educación por alumno.

Aún prescindiendo de todas las anteriores consideraciones es evidente que nada se ganaría con crear de la noche a la mañana todas las escuelas que faltan, mientras no se disponga del suficiente número de maestros aptos. Serían escuelas nominales cuyo elevado costo estaría en flagrante desproporción con su rendimiento. La verdad es que por el momento solo contamos con 769 maestros graduados en servicio, y sí puede atenderse al crecido número de escuelas existentes es porque, en inmensa mayoría, el maestro venezolano, consciente de su extraordinaria responsabilidad y entregado a su generosa vocación, ha hecho y está haciendo cada día admirables esfuerzos por vencer sus deficiencias.

Visto desde este ángulo el problema cuantitativo de las escuelas pasa a segundo plano para ceder su puesto al de la formación del magisterio. Se hace aún mucho menos importante si se piensa que tampoco bastaría con prodigar títulos de maestros a quienes no presentan otra credencial que el haber pasado un tiempo más o menos largo en una escuela normal. El maestro, tanto como una elevada conciencia de su responsabilidad moral, necesita conocer a fondo lo que va enseñar y cómo va a enseñar. Aquí tenemos en pie el problema del contenido y la forma de enseñanza. En un país de tan variados escenarios geográficos, donde las condiciones mesológicas y, consecuencialmente, la actividad económica, cambian de una región a otra, la enseñanza No puede tener un contenido único sino el riesgo de hacerse neutra y baldía. Es necesario que la escuela esté en el lugar por algo más que por la resolución administrativa, por su decidida orientación hacia el lugar, como fuerza transformadora y suscitadora de energías y por el entronque regional que sepa dar a los temas generales de

La docencia. Semejante adaptación de la enseñanza a la realidad y a las necesidades del país tiene que comenzar por los maestros.

A en este sentido se han dado trascendentales pasos, especialmente en la educación normal rural y en la revisión que actualmente se lleva a cabo de los programas de primaria.

Planteado en esta forma, el problema adquiere sus verdaderas proporciones. Es precisamente por haberlo planteado en estos términos honestos, exactos y rigurosos por lo que el Gobierno del señor Eleazar López Contreras está en condiciones de anunciar su solución razonable y metódica.

En efecto, para el año 1935 existían dos escuelas normales federales y un plantel particular, con una inscripción total de 141 alumnos. En la actualidad existen cinco planteles federales y catorce privados con una inscripción total de 1.105 alumnos. El gobierno tiene el propósito de incluir en el próximo Presupuesto la partida necesaria para la creación de cuatro nuevas escuelas normales, con 10 que aumentará la capacidad de inscripción a más de mil alumnos por año. Es, pues, evidente que en un corto espacio de años Venezuela podrá contar con suficiente número de maestros aptos. Esta seguridad se hace aún más viva si se tienen en cuenta los esfuerzos que se vienen realizando por capacitar al magisterio en ejercicio: los cursos intensivos que se celebran anualmente en Caracas en la época de vacaciones, los cursos por correspondencia del Centro de Extensión Pedagógica del Ministerio, donde están inscritos mil maestros, y los numerosos centros de colaboración pedagógica que funcionan en todas las circunscripciones escolares.

Con la continuidad del esfuerzo hasta hoy realizado por el Ejecutivo Federal y con la cooperación de los demás organismos públicos y de la iniciativa privada, puede afirmarse que en corto tiempo, en forma eficaz y por un proceso lógico, la educación primaria será cuestión resuelta en Venezuela.

La importancia de la educación secundaria es trascendente porque a ella compete formar el acervo de cultura general humanística y científica de la población estudiosa. Si el panorama de las ciencias y las letras que el Liceo debe revelar al estudiante es superficial, incoherente o falso, la clase culta del país irá adquiriendo esas lamentables características. La educación secundaria debe proveer dos cosas esenciales: un esquema coordinado y armónico de la cultura viva y una disciplina del trabajo intelectual, para servir ambas de derrotero para los estudios ulteriores y de fundamento sólido de la actividad social del individuo.

Muchas causas convergen para frustrar, en parte, la alta misión de nuestros estudios secundarios. Podríamos enumerar entre ellas la corta duración de la enseñanza y los defectos del pensum, pero ciertamente hay otras de mayor monta. Nuestro sistema de estudios ha tenido, por ininterrumpida tradición, un marcado carácter de unilateralidad. Desde la escuela primaria hasta la universidad hay una especie de canal continuo que niega al alumno toda salida eficiente que no sea la de la profesión liberal. Este país esencialmente agricultor, criador, minero y marinero, por imposición de su realidad económica y geografía humana, no ha acudido en forma eficaz, con su sistema de enseñanza, a preparar el capital humano que necesitan esas actividades. Los hombres que pudieron ir al campo o al artesanado con multiplicada aptitud y claro sentido, se ven arrastrados, sin decisión creadora, al liceo y después a la universidad, o quedan entre los rezagados

que luego ensayarán, sin ninguna orientación anterior, una actividad cualquiera. El defecto es viejo y arranca de remotas raíces. Se ha intentado corregirlo, en la medida en que las leyes vigentes lo permiten, creando escuelas de artes y oficios e introduciendo en las escuelas rurales el trabajo agrícola, pero la reforma eficaz tendría que comenzar por la diversificación completa y paralela de la enseñanza primaria, a fin de que la escuela no desemboque íntegramente en el liceo. Pero, entre tanto, la situación actual lleva a la Educación Secundaria un crecido contingente de alumnos no vocacionales que, en gran parte, fracasan o concluyen mediocremente el ciclo, ocasionando innumerables inconvenientes, entre los que no es el menos grave el descenso moral y pedagógico del nivel de la enseñanza.

La multiplicación y difusión de los institutos de enseñanza secundaria es otro grave inconveniente para el mejoramiento de esta rama. Son muchas las poblaciones pequeñas, de escasos recursos, donde el reclutamiento del profesorado es un verdadero problema, que tienen o solicitan un instituto de segunda enseñanza. Si debido a los esfuerzos del Despacho y al celo de una gran parte del profesorado ha sido posible mejorar extraordinariamente y obtener un notable rendimiento de la enseñanza secundaria en los grandes centros, en cambio se mantiene insoluble la cuestión sentimental de muchos de esos institutos situados en pequeñas poblaciones.

Las siguientes cifras revelan con escueta elocuencia el avance realizado en secundaria. En 1935 se invirtieron en esta rama Bs. 510.230, y los cursantes inscritos alcanzaban a 1.800.

En el año de la cuenta se han invertido Bs. 1.613,760 y el número inscritos es de 3.497.

Durante el año el Ministerio se ha esforzado en consolidar los progresos alcanzados en secundaria y en continuarlos. A principios del año escolar y en vista de la extraordinaria afluencia de candidatos en los principales liceos, se inició la necesaria selección del estudiantado. La experiencia ha demostrado que un sensible porcentaje de los inscritos, por diversas razones, no terminan el año; y resultaba absurdo que el Estado invirtiese cuantiosas sumas en ofrecer educación secundaria gratuita a quienes no están en capacidad de corresponder con labor estudiosa y disciplinada conducta. Este primer ensayo ha dado muy satisfactorios resultados que recomiendan su definitiva implantación. También se han obtenido buenos frutos de la insistente tarea, que consta en la parte documental de esta Memoria, de reafirmar la disciplina la noción de la responsabilidad en el alumnado, que en algunos planteles habían alcanzado muy bajo nivel.

Dentro de las posibilidades que ofrece nuestro sistema legal se han alcanzado efectivos progresos en la rama de secundaria. Nuestros principales liceos oficiales soportan ventajosamente la comparación con cualquier instinto similar: el profesorado se ha seleccionado rigurosamente y las dotaciones de material son suficientes. Por otra parte, en el Instituto Pedagógico Nacional, a la vez que se completa la formación del profesorado activo, se forman en los más modernos métodos, nueva promociones de profesores que irán a viralizar la enseñanza en aquellos sitios donde aún se advierten deficiencias docentes.

Valiosos adelantos se han realizado también en Educación Superior, de los que se da cuenta pormenorizada en esta Memoria.

Copiosamente y repetidas veces se ha hablado de las deficiencias de nuestra enseñanza universitaria. Deficiencias en parte imputables al

profesorado, en parte a la impreparación del estudiante, en parte a la insuficiente dotación de locales y de materiales de enseñanza. Quienes así hablan, olvidan a menudo que, en la medida en que esos males existen, no son propios de la universidad, sino más bien el reflejo en la sociedad de las deficiencias del sistema educativo general. Si no todos los profesores son tan capaces como se quisiera, ello podría encontrar paliativo en la frecuente interpretación del estudiante y en la exigüidad del trabajo docente universitario. No podría hacer gran cosa un eximio profesor con un estudiante que trae insalvables deficiencias de secundaria y menos aún en tres horas de trabajo por semana. Tampoco se alcanzaría nada con dotar de los mejores laboratorios y del más moderno material a la universidad, cuando la inscripción no se limita a la capacidad efectiva de ese material y los cursos han de ser siempre superiores a la posibilidad real de la enseñanza práctica.

El remedio lógico está en modificar a la universidad dentro de una reforma global de toda la educación y en modificarla en la efectividad de su enseñanza a base de la limitación de la inscripción y de la identificación del trabajo docente. Entonces sí podría exigirse y obtenerse aptitud de los profesores y dedicación de los estudiantes a fin de que la universidad cumpla con fecunda plenitud su triple misión de severa formadora de profesionales, de tenaz taller de investigaciones científicas y de luminoso centro de irradiación de la cultura hacia toda la sociedad.

En lo referente a Educación Especial me permitiré destacar los siguientes puntos. Se ha procedido a una completa y definitiva reorganización de la Escuela Técnica Industrial que en su nueva forma constituirá un precioso apoyo para el progreso industrial del país. Se ha comisionado al efecto aun

distinguido especialista extranjero, cuyo plan, adoptado ya por el Gobierno se inserta en esta Memoria. De positiva utilidad ha de ser esta reorganización que hará definitivamente de éste un plantel modelo que, a la vez que ofrecerá nuevos rumbos a la juventud estudiosa, dotará al país de un valioso conjunto de verdaderos técnicos industriales y de artesanos de primer orden.

Con idénticos propósitos de mejoramiento útil ha sufrido reformas la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres. Se ha hecho más práctica y adecuada la enseñanza, introduciendo nuevas técnicas menores, dando preferencia al trabajo de talleres y suprimiendo algunas asignaturas que poco se compadecían con el nivel medio de conocimientos de las educandas, tales como francés, apreciación musical, etcétera.

La Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas ha continuado dando un excelente y progresivo rendimiento que se constata en el creciente esplendor de sus exposiciones anuales. Desde los textiles y la cerámica decorativa, hasta los vitrales, los grabados de agua fuerte, la pintura, la pintura al fresco y la escultura, se han introducido fundamentales innovaciones docentes, que aseguran medios de expresión más directos y firmes a la rica sensibilidad plástica del artista venezolano.

Es de justicia señalar el firme adelanto de la Educación Física en el año. a ella compete ayudar a la formación del carácter en el educando, inculcarle fundamentales prácticas de vida higiénica y ofrecerle la plenitud del goce de su energía corporal. Con este objeto se ha aumentado el número de profesores y el horario de las prácticas, se ha propagado y estimulado notablemente el deporte escolar, distribuyendo numerosos equipos y organizando juegos y campeonatos interescolares y universitarios, y por

primera vez se ha organizado u curso técnico de monitores de educación física que proporcionará en breve un nutrido grupo de profesionales capacitados para dirigir este importante aspecto de la educación.

Acción y pasión del acomodamiento de los conceptos occidentales a un ambiente ajeno a la elaboración deseos conceptos. Esa dualidad angustiosa y dramática del mundo conceptual y del mundo vivo americano ha sido el más activo fermento de nuestra peculiar conducta histórica, y nuestros héroes del pensamiento y de la acción lo han sido en la medida en que intentaron a empresa sobrehumana de una síntesis de lo conceptual y de lo real; concepto y realidad continuos y vivientes, que dieran a nuestra América la unidad armoniosa necesaria para la realización de su destino. Esa tentativa que es, acaso, lo más alto de la gloria de Bolívar, se ha ido repitiendo en las generaciones sucesivas, en veces ahogada por la irrupción violenta de los hechos.

Restablecer esa y tradición, reincorporarla y hacerla activa, es lo que ha propuesto el Gobierno al auspiciar la publicación de la “Biblioteca Venezolana de Cultura”, donde el estudioso de hoy podrá adquirir el estimulante contacto con el pensamiento de nuestros grandes varones, donde podrá tomar pie en las investigaciones pasadas para continuarlas en el presente, La Geografía de Codazzi, con su exaltadora presencia de la tierra venezolana, iniciara estas publicaciones. Luego vendrán las obras de Toro, de González, de Bello, las ideas de nuestros estadistas, las antologías literarias, etc., a permitir que la acción de hoy entronque y se oriente en tan valiosos antecedentes.

Con el mismo objetivo de formar un ambiente propicio a la gestación y difusión de la cultura, se han iniciado numerosos y variados ciclos de

conferencias diarias, exposiciones de arte, conciertos, danzas y coros infantiles. El renacimiento cultural venezolano es palpable y crece cada día forjando nuevas realidades y más ricas promesas.

En este rápido esquema de las cuestiones de la educación nacional podéis apreciar los meritísimos progresos realizadas por el Gobierno, Ante las enormes y complejas necesidades no ha faltado en ningún momento la decidida voluntad de servir a la Patria. La obra realizada en estos cuatro años no tiene precedentes en nuestros anales administrativos. No obstante, muchas deficiencias subsisten que no ha estado en la mano del Gobierno remediar porque son inherentes al sistema legal de educación y requieren la reforma de las leyes. Vuestras luces y vuestro patriotismo son garantía suficiente de que en la oportunidad en que el Ejecutivo Federal presente el nuevo proyecto de Ley de Educación. Se harán aquellas reformas impostergables, justas y útiles que nuestro sistema educativo requiere para que Venezuela pueda magnificarse con toda la capacidad de sus hijos.

MEMORIA QUE EL MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL PRESENTÓ AL CONGRESO NACIONAL EN SUS SESIONES ORDINARIAS DE 1941

Ciudadanos Senadores:
Ciudadanos Diputados:

Al someter a vuestra elevada consideración la Memoria y Cuenta del Ministerio de Educación Nacional, correspondiente al año de 1940, formulo los votos más sinceros porque el acierto dirija siempre las arduas y fecundas labores que os incumben.

La Reforma Educacional

Permitidme, en primer lugar, hacer referencia a la trascendental reforma de la educación contenida en la Ley pertinente, que tras argos e ilustrados debates mereció vuestra aprobación en las pasadas sesiones del Congreso Nacional.

Pocos conceptos alcanzan el valor mágico y la carga de emoción colectiva que representa el de la reforma educacional. Desde las más remotas eras, desde que el hombre volvió la mirada hacia su propio existir y pudo considerarlo como un elemento condicionado y conexo con otros fenómenos, hubo de ocurrirle el pensamiento de que no podría lograrse una modificación sustancial de la condición humana sino modificando la educación, el proceso formativo físico y moral del párvulo la construcción del hombre en el material del niño.

No sé si en nuestro tiempo pudiéramos hacer gala de un convencimiento tan absoluto y confiar a la sola educación la total transformación del hombre, cuando mejor conocemos la definitiva influencia que junto a ella, y al igual que ella, ejercen el medio físico, el ambiente social, la herencia biológica, los poderosos factores económicos, la psicología individual, etc, pero también es cierto que tampoco podría intentarse esa transformación, prescindiendo de la educación y, acaso, sin comenzar por ella.

Las oportunidades del individuo en la lucha por la vida, la aptitud de la nación para llenar su destino espiritual, histórico y económico, son indudablemente, cuestiones cuya respuesta básica está en la educación.

En cada oportunidad histórica, como en cada medio social y físico, sus propias condiciones y tendencias determinan las aptitudes que el ser humano ha de desarrollar so pena de fracasar en su misión y de dimitir la empresa que le está asignada en la inmensa labor colectiva de la historia. La labor de la educación no puede ser otra que desarrollar en el individuo el conjunto de virtudes y capacidades necesarias para cumplir su cometido histórico. Es este el sentido en que la educación es formativa.

Una reforma educacional venezolana no podría, pues, tener otro objeto que formar hasta donde es posible los hombres que Venezuela está necesitando. Hombres de recia disciplina moral y social contra la anarquía y la indolencia que por tantos años nos han destruido, hombres de capacidad técnica para el trabajo y la producción, contra el empirismo, la improvisación y el escaso rendimiento; hombres capaces de luchar con éxito contra la naturaleza hostil; hombres con un claro sentido de sus deberes para con la Patria, para con los demás venezolanos y para consigo mismo; hombres, en una palabra, capaces de sacar adelante la empresa, de crear una gran nación en el maravilloso marco geográfico de Venezuela

No tenemos la cándida presunción de imaginar que es ésta una preocupación de nuestros días y que estamos descubriendo conceptos que hasta ayer estaban fuera de la luz. Bastaría para despertarnos de tan insensato sueño invocar algunos grandes hombres de nuestro pasado. Miguel José Sanz, en los primeros albores del siglo XIX, comenzó a clamar por una reforma de ese estilo: ”Generalmente se juzga no existir más ciencia

fuera de la contenida en la Gramática de Nebrija, la Filosofía Aristotélica, las Institutas de Justiniano, la carta Phillippica, la Teología de Gonot y de Lárraga; y se cree que basta con saber redactar memorias, decir misa, lucir condones de Doctor o llevar hábitos sacerdotales o monacales; que la decencia prohíbe trabajar la tierra y ordena el desprecio de las artes mecánicas y útiles… y aquellos que no pueden llevar tan lejos sus pretensiones, aspiran por lo menos a ser notarios, escribanos, suplentes de sacristán, o pertenecer a alguna comunidad religiosa en calidad de lego, pupilo o reconocido, por manera que los campos se hallan desiertos y su fertilidad testimonia contra nuestra negligencia". Sin duda el cuadro exagera el tinte sombrío, pero contiene evidentes verdades. A su vez, don Simón Rodríguez recomienza la impetración con su agria voz de empecinado: "Con escritores, con literatos, con doctores no se forman repúblicas… Saber sus obligaciones sociales es el primer deber de un republicano y la primera de sus obligaciones es vivir de una industria que no le perjudique, ni perjudique a otro, directa ni indirectamente. El sistema de educación que se ha planteado por medio de escuelas, colegios y universidades, no puede formar un pueblo, que es lo que falta. Es preciso recurrir a otro sistema, que ha de proponerse alcanzar estos tres resultados: educación popular, destinación de ejercicios útiles y aspiración fundada a la propiedad". En otro momento Cecilio Acosta, ese luminoso testigo admonitorio de lo que pudiéramos llamar, con Ganivet, nuestra "gloria triste", dice con tenaz clarividencia:" ¿Hasta cuándo se ha de negar entrada a la dicha que toca importuna a nuestra puerta? ¿Hasta cuándo se ha de preferir a Nebrija que da hambre, a la cartilla de las artes que da pan, y las abstracciones del colegio a las realidades del taller? Pues bien: si talcosa es la perfección, póngase los fundamentos para alcanzarla: si no come quien argumenta, sino quien obra,

prefiérase el escoplo al silogismo: si no hay propiedad pública ni particular sin el trabajo, hónresele para que aliente, edúquesele para que rinda, alárguesele la mano amiga para que florezca. Vamos, vamos por fin a ver si tenemos hombres de provecho en vez de hombres baldíos… Enséñese lo que se entienda, enséñese lo que sea útil, enséñese a todos, y eso es todo". Todavía podríamos, si no nos detuviese el temor de ser prolijos, llamara declaración a Bello, a Baralt, a Vargas, a Cajigal, A muchos otros, pero al fin propuesto las citas hechas nos parecen suficientes.

La reforma educacional venezolana tenía que atender entre otros muchos a cuatro objetivos principales: En primer lugar estar concebida para la formación del carácter moral y del sentido de la responsabilidad en el educando; en segundo término, extensión suficiente y estrecha coordinación delos distintos planes de estudios que garanticen al educando en cada etapa y en cada sector el mínimum de una buena información científica o cultural luego, y concomitantemente con el anterior requisito, formación e información adecuadas para hacer al hombre útil al medio en que se va actuar; y por último; como condición necesaria, para hacer posible los tres objetivos anteriores, disposiciones legales generales y uniformes, que garanticen o impongan su realización. Todos estos objetivo se alcanzan satisfactoriamente en nuestra reciente reforma educacional, y se alcanzan con fidelidad al pensamiento de nuestros grandes letrados, y por otra parte, dentro de las más pura y tradición legal de nuestro pueblo.

Ya he aludido a lo más alto del pensamiento venezolano en la materia, pero también sería conveniente recordar que, desde los primeros tiempos, nuestros legisladores tuvieron clara consciencia de que la educación debía orientarse en el sentido útil para la nación y que debía estar controlada y

uniformada por el Estado. Los dos artículos que a continuación cito, de la inmortal ley de 28 de julio de1821, dictada por el Congreso de Cúcuta, así lo confirman:

Artículo 7º. El Poder Ejecutivo fomentará por cuantos medios fuere posible el estudio de la agricultura, el comercio, de la minería y de las ciencias militares necesarias para la defensa de la República.

Artículo 8º. El plan de estudios será uniforme en todos los colegios y casas de educación. Lo formará el Gobierno supremo…

Desde su primer artículo la Ley de Educación establece su peculiar posición al arduo problema educacional venezolano. Frente al enciclopedismo inerte ya a fría, uniforme y rutinaria transmisión de conocimientos más o menos adecuados o útiles proclama fines formativos primordiales, y al efecto declara que:

El Estado venezolano considera la educación como un proceso integrador del individuo desde el punto de vista de su desarrollo biológico y de su desenvolvimiento mental y moral. Como fines primordiales el Estado venezolano asigna a la educación pública los de levantar progresivamente el nivel espiritual y moral de la Nación venezolana, adiestrar a los ciudadanos para el desarrollo de su capacidad productora, intelectual y técnica y fortalecer los sentimientos de cooperación y solidaridad nacional.

Estos objetivos logran desde la escuela primaria elemental por la orientación vocacional que se deriva de la introducción de la ficha psicopedagógica, de la obligatoriedad de la educación física, por la creación de instituciones como la Cruz Roja Infantil, las Asociaciones de Padres y Maestros, las visitas a fábricas y plantaciones, el aprendizaje de manualidades y

pequeños oficios y la adaptación de la escuela al medio ambiente y a las características regionales, a fin de familiarizar al niño con la naturaleza circundante y las formas de producción y trabajo. Con el mismo fin se incluyeron entre las asignaturas de primaria elemental nociones elementales de producción, especialmente agrícola y cursos de economía doméstica y oficios del hogar, ara hembras, y de orientación económica regional para varones.

De gran trascendencia ha sido la división de la educación primaria, tanto elemental como superior en urbana y rural. Con ello se ha reparado el antiguo y grave error que consistía en ignorar en nuestros planes educacionales que Venezuela es una nación principalmente rural, de cuya población el 78% puede considerarse como población campesina.

La creación de la escuela rural va a darle al campo un hombre más apto para transformar en fecunda realidad su gran riqueza potencial, y a arraigar, en una forma justa y útil, el labriego a la tierra que lo sustenta. Esta sola innovación sería suficiente título de gloria para nuestra reforma educacional.

Las ramas en que se divide la educación en la nueva Ley, se coordinan y complementan en la forma más conveniente y armoniosa.

Tenemos en primer término la educación preescolar, no obligatoria, de tipo intuitivo que se suministrará a los niños de 3 a 7 años de edad en Jardines de Infancia.

A continuación la Educación Primaria Elemental, obligatoria a partir de la edad de 7 años, dividida según lo hemos indicado en urbana y rural, y que se cursa en cuatro grados sucesivos, que no tienen por qué corresponder a

igual número de años, pues se prevé el caso de promociones extraordinarias.

Con el objeto de facilitar el cumplimiento de la obligatoriedad a quienes habiendo pasado de la edad escolar tengan los conocimientos necesarios, sea introducido una disposición que permite a los mayores de 18 y 20 años obtener el examen de opción a los certificados de Primaria Elemental y Superior, respectivamente, sin necesidad de cursar regularmente lo grados.

La Primaria Superior no obligatoria, siguiendo la misma división de la Elemental, se divide en Escuela Preparatoria Urbana y en Escuela Granja. Esta última es realmente el embrión de un plantel de artes y oficios rurales.

Al término de la educación primaria superior se abren paralelamente para el educando, según le medio, la vocación y la actividad económica regional, la educación secundaria, la normal y la especial, que comprende, por medio de disposiciones de la más adaptable elasticidad, el aprendizaje de los oficios y técnicas necesarias para el desarrollo del país.

En materia de Secundaria la reforma ha sido sustancial. Se ha dividido esta rama en dos ciclos sucesivos: el primero de cuatro años, con fines de información cultural general, que da derecho al certificado de suficiencia en Educación Secundaria; y el segundo ciclo de dos años de verdadera especialización preuniversitaria en tres tipos básicos: Filosofía y Letras, Ciencias Físicas y Matemáticas y Ciencias Biológicas.

Este segundo ciclo no solamente dará la indispensable amplitud y extensión a nuestros estudios de secundaria, que eran, en verdad, insuficientes, sino que permitirán también colmar las deficiencias que la enseñanza del primer ciclo pueda presentar en determinados lugares, y por este medio, llevara la

universidad promociones de estudiantes de preparación suficiente y homogénea.

También son notables los alcances de la reforma en materia de Educación Superior. Se ha otorgado a las universidades toda la autonomía compatible con su situación presente y su inmediato desarrollo futuro, se les ha dotado de todas las atribuciones necesarias para desempeñar satisfactoriamente su misión triple de planteles de formación de profesionales superiores, de centros de investigaciones científicas y de activas agencias de divulgación científica y de orientación cultural. El sistema de concursos para la provisión de los cargos docentes, la selección del estudiantado, los exámenes trimestrales y la extensión de la enseñanza experimental y de la investigación metódica, les garantizan la mayor eficiencia, disciplina y progreso continuo en su alta misión.

El sistema de exámenes se ha modificado en la forma radical que aconseja la experiencia. Al antiguo sistema de confesionario individual que facilitaba injusticias y complacencias, y a la escritura apresurada de temas numerosos que no permitían darle un valor específico a la prueba escrita en relación con la oral, se ha sustituido el del examen oral ante el jurado pleno, uno de cuyos miembros es el profesor de la asignatura; y el de la prueba escrita sobre un tema único con tiempo suficiente.

Las distintas ramas en que se divide la educación han sido hábilmente coordinadas, y un fácil sistema de equivalencias ha permitido sortear los inconvenientes que provienen de la división y especialización rigurosas.

Por no ser prolijos nos abstenemos de mencionar las valiosas transformaciones que se han realizado en la Educación Normal; la

posibilidad de crear institutos de experimentación pedagógica; la facultad de adaptar los términos del año escolar primario a la características y necesidades del trabajo en las distintas regiones, etcétera.

La reforma corresponde a sus fines esenciales; ha dado amplitud y profundidad suficiente a los estudios; ha fomentado en forma optimista la moralidad y la responsabilidad en la vida docente; ha sido hecha con miras a satisfacerlas necesidades espirituales y materiales presentes y futuras de Venezuela y garantiza al país el fruto que de la educación nacional debe esperar; la formación de venezolanos íntegramente útiles para la faena mental, espiritual y práctica que de sus hijos solicita la República.

Estamos lejos de los sueños del doctor Pangloss y de creer que reforma en la letra es por sí sola reforma en el espíritu y en la carne. La reforma educacional, la reforma de existir, del conocer y del obrar, no puede serla obra espontánea e inmediata de la promulgación de una ley, por sabia y adecuada que ésta sea. Es por el contrario obra lenta, penosa y tenaz que en el tiempo y en la mancomunidad del esfuerzo tiene su más preciso instrumento. Era menester comenzar por reformar la Ley, pero sólo como primera etapa indispensable; ya hecha ésta queda en pie la otra, la ardua, la inmensa reforma de lo viviente y lo actuante. Ésta también ha comenzado. Ha comenzado en el venero de energía patriótica del espíritu venezolano, en la devoción de educadores y educandos, e el diario esfuerzo que realizan los profesores, padres y alumnos a todo lo ancho de nuestro territorio, y ha de afirmarse y creer cada día más a medida que en la conciencia colectiva se hace clara la idea de que la solución completa de la cuestión educacional no puede serla obra exclusiva de la Ley, ni la del Gobierno, sino el fruto del esfuerzo total y coordinado de la Nación entera.

La labor del año de la cuenta

Durante el año civil de 1940 el Ministerio ha continuado el metódico desarrollo del amplio y eficaz programa educacional que desde su histórico manifiesto del 21 de febrero de 1936, el presidente General López Contreras ofreciera a la Nación.

Parte capital de esas labores ha sido la vasta empresa de reglamentar adecuadamente la nueva Ley de Educación y de asegurarla transición, con los menores tropiezos posibles, del antiguo régimen legal derogado al vigente.

Esta necesaria tarea, cuya extensión compite con el extremo cuidado que exige, se ha venido realizando con delicada atención y notable rapidez.

A sean dictado y están en vigencia el Reglamento de las Escuelas Primarias y de la Obligación Escolar; el de Liceos, Colegios y Cátedras de Educación Secundaria; el de la Inspección Oficial de la Educación primaria; el de la Escuelas Normales Urbanas; el de Educación Superior Universitaria; el de la Enseñanza Comercial; el de la Escuela de Música, el de Estudios de las Escuelas de Enfermeras; el de Educación Física; el de Museos Nacionales; el de la Escuela Superior de Artes y Oficios para Mujeres; el de los Estudios de Servicio Social, y se encuentran en estudio para ser promulgados antes de la reunión del Congreso otros de no menor interés.

También, y en consecuencia con el mismo propósito general de la reforma educacional, se han promulgado los nuevos programas de Educación Primaria que subsanan sensatamente los defectos que la práctica había venido señalando en los derogados; igualmente se han publicado nuevos programas de Educación Secundaria y de Normal Urbana. Por esta obra de

gran trascendencia para el país, merecen parabienes el Consejo Técnico de Educación.

Aun en medio de las grandes dificultades económicas que las consecuencias de la guerra presente acarrean al Estado venezolano, ha sido posible incrementar la difusión educacional. En efecto, durante el año de la cuenta el Ejecutivo Federal ha creado 8 escuelas graduadas y 82 unitarias, y 189 cargos diurnos de maestros y 4 nocturnos.

Es evidente que si las dificultades anotadas persisten, este ritmo creador no podrá ser mantenido, y entonces se presente acaso la oportunidad de revisar a fondo uno de los más importantes aspectos del problema educacional venezolano, que es el de su financiamiento.

Ateniéndonos a la sola educación primaria, de los 5.467 planteles existentes para la fecha en la República, pueden considerarse tan solo como no costeados totalmente por el Erario Nacional, los municipales que son761 y los particulares que alcanzan a 218. La proporción del apoyo financiero del Estado es evidentemente abrumadora, pues sostiene más de cuatro quintas partes de los planteles- Este hecho alcanza su verdadera magnitud si se tienen en cuenta las siguientes circunstancias: el costo medio actual por alumno y por mes en educación primaria federal es de Bs. 8,54, lo que calculado para el año escolar arroja Bs. 102,48. Si relacionamos esta cifra con la población escolar actual que se estima en 720 mil niños, el costo de su educación sería muy inferior a 73 millones de bolívares por año, que tendrían que ser sufragados en su mayor parte por el Presupuesto Nacional.

Esta elevadísima cifra que comprende solo parcialmente el costo de la educación primaria, pues no incluye los gastos imprescindibles de local,

dotación, material de enseñanza, etc., tendrá que ser considerablemente aumentada al apreciar las necesidades de las otras ramas de la educación tales como: Secundaria, Normal, Superior, Especial, Artística, cuyos costos actuales por mes y alumno se publican en otra parte de esta Memoria, y que son igualmente sostenidos en forma mayoritaria por el Erario de la República.

Es indudable que la forma actual de financiar la educación constituye una carga imposible para las finanzas del Estado, aun en esta época de riqueza fiscal que nos depara el petróleo; es indudable que una revisión a fondo del sistema se impone, a fin de que la cooperación privada participe en forma justa en la carga educacional que hasta ahora ha sido, injustamente, deber exclusivo del Estado. Ya que el proyecto de Ley presentado en las pasadas sesiones del Congreso, el Ejecutivo Federal aseguraba el paso previo para esa necesaria transformación, al establecer la gratuidad imperativa únicamente para la enseñanza primaria suministrada en los planteles oficiales, dejando en consecuencia, a salvo, la posibilidad de hacer pagar el costo de las otras ramas de la enseñanza a aquellos que estuvieren en capacidad de hacerlo, pero un malentendido, aunque ciertamente generoso espíritu liberal, hizo que desapareciera tan sabia previsión, al transformarse el Proyecto en Ley, quedando en forma imperativa la gratuidad de la enseñanza en todas las ramas en los planteles oficiales.

Por las mismas circunstancias económicas derivadas de la guerra y el consecuente reajuste del Presupuesto Nacional, no fue posible crear las cuatro nuevas escuelas normales que me había permitido anunciaros en la pasada Memoria. No obstante, la labor de preparación y mejoramiento de los maestros se ha continuado con empeño. Se ha logrado la creación de

dos escuelas nuevas normales por el Ejecutivo del Estado Zulia; se ha continuado e incrementado el sistema de la enseñanza normal por correspondencia para maestros en ejercicio. Los cursillos intensivos de perfeccionamiento pedagógico en época de vacaciones alcanzaron notable amplitud en el pasado año. En lugar de uno solo en Caracas funcionaron tres estratégicamente distribuidos: uno en Caracas para los maestros del Centro, con asistencia de 500 maestros, otro en Cumaná para los del Oriente, con la asistencia de 210, y otro en San Cristóbal para los de Occidente, al que asistieron 300 maestros. Además, los Inspectores Técnicos y las Misiones Rurales, en escala más modesta, han organizado periódicamente cursillos y centros de colaboración pedagógica.

Las Misiones rurales reorganizadas a fondo en su composición, funcionamiento y personal están dando muy apreciables frutos. Se les ha asignado e carácter de Subinspectorías y son utilizadas por los Inspectores para funciones de supervisión y organización de escuelas en los lugares más necesitados del medio rural. Actualmente funcionan 6 misiones y 3 incompletas.

La acción del Despacho en materia de Primaria no se ha concretado únicamente al solo funcionamiento del plantel de enseñanza. Se han incrementado y estimulado las instituciones que pueden hacer más fructífera y honda la labor de la escuela en el educado y en el medio social, y entre ellas especialmente la Cruz Roja Juvenil y as Asociaciones de Padres y Representantes. Se inició también durante el año, la distribución de libros de texto a los escolares pobres, no en forma de gratuito y humillante donativo, sino como un préstamo sometido a una serie de obligaciones por parte del beneficiario, lo que ciertamente contribuirá a desarrollar en el

educando sentimientos valiosos de solidaridad, responsabilidad y deber. En esa forma se han distribuido 42.487 ejemplares de textos de Primaria Elemental.

Con la cooperación del Ministerio de Agricultura y Cría, se organizó el Concurso del Maíz, el cual terminó con un sencillo y significativo acto en Caracas, el 25 de diciembre último, para otorgar los premios a las mejores mazorcas obtenidas en las Escuelas Rurales y en los Clubs Agrícolas 5V.

El problema. Más que escolar social, de la desnutrición de muchos educando, ha sido, por primera vez, objeto de un estudio científico a fondo. Bajo la dirección del Consejo Venezolano del Niño, el Ministerio tiene en servicio desde el pasado año un Comedor Escolar Experimental en esta ciudad. En él se vienen verificando investigaciones que no vacilo en calificar de trascendentales. Contra el concepto simple de dar alimentación al niño pobre sin preguntarse en qué forma, ni cuál alimentación, el comedor ha iniciado su labor. Ya los primeros resultados obtenidos son de un gran valor, yal estar completos, el Ministerio se promete publicarlos para que sirvan de orientación definitiva a su acción y a la de los demás organismos oficiales y particulares en la materia. El comedor suministra actualmente almuerzo unos 200 escolares escogidos entre más de 1.200 en una de las zonas menos favorecidas económicamente de la capital, pues se desea llevar a él únicamente niños hiponutridos. Una de las primeras comprobaciones obtenidas es la que los niños realmente hiponutridos no se encuentran en proporción muy alta, así como también que no todos los hiponutridos lo son por causa de miseria y escasa alimentación, sino por estar sometidos a una alimentación que, aunque abundante, no es adecuada. En el comedor se practican mediciones del metabolismo para determinar el desgaste calórico

de un escolar nuestro, así como análisis de los alimentos criollos para determinar las dietas, y los costos de las que pueden proporcionar alimentación completa a un escolar venezolano.

Comoquiera que en el cuerpo de esta Memoria se encontrarán pormenorizadamente todos los datos que pueden indicar la labor del año, y por no pecar de extenso y minucioso, me limitaré a señalar los rasgos más importantes de ella.

En Educación Especial se han comenzado a poner en práctica los planes anunciados el pasado año, para la definitiva reorganización de la Escuela Técnica Industrial. De un instituto más nominal que efectivo, y que llevaba una vida lánguida y difícil, se está haciendo un activo centro de educación industrial. La inscripción actual alcanza a 104 alumnos en los cursos diurnos y 45 en los nocturnos. Varias empresas privadas han becado aprendices y la inscripción para el nuevo año se anuncia notablemente superior, lo que hará indispensable la construcción de un edificio ad hoc, cuyos estudios preliminares ya están verificados. También se va a comenzar la construcción de la Escuela similar que ha de funcionar en Maracaibo. La Escuela de Artes y Oficios para mujeres es, por su parte, uno de los planteles de mayor vitalidad en la República.

En Educación Secundaria se han logrado notables progresos en la eficiencia de la enseñanza, en el nivel pedagógico y en la disciplina de los Institutos, por medio de la selección del estudiantado, la boleta de retiro la intensificación de la enseñanza experimental, el justo rigor de los exámenes. Muchas deficiencias, no obstante, quedan todavía en pie y se deben a la casi invencible dificultad de conseguir profesorado idóneo y estable para muchos Colegios del Interior; deficiencias que habrán de desaparecer al

comenzar a funcionar el Segundo Ciclo de Educación secundaria, previsto en la nueva Ley, y al obtenerse una suficiente y regular promoción de profesores de Secundaria en el Instituto Pedagógico Nacional. En el año de la cuenta se han trasladado para nuevos edificios construidos especialmente el Liceo "Baralt" de Maracaibo y el Liceo "Andrés Bello" de esta capital.

En Educación Superior ha sido grande el alcance de la reforma implantada por la nueva legislación. La eficiencia de la labor universitaria ha aumentado visiblemente. Se han iniciado, con magníficos resultados, la selección del estudiantado los exámenes trimestrales de prueba, los trabajos de investigación en Seminario para las Escuelas principalmente teóricas; la ampliación y dotación de material de trabajo para las escuelas experimentales; como complementarios de la Escuela de Medicina funcionan los valiosos Institutos de Cirugía y de Medicina Experimentales, se ha aumentado extraordinariamente la capacidad de trabajo del Instituto Anatómico, que, por primera vez, hoy cuenta permanentemente con más de100cadáveres; se han establecido locales perfectamente dotados para los trabajos prácticos de las Escuelas de Odontología y Farmacia de la Universidad Central, y en esta misma, por Resolución del 24 de Septiembre de1940, se sacaron a concurso, con una reglamentación rigurosa y justa, 61 cargos docentes.

Además, en el próximo año comenzarán a funcionar las Escuelas de Agronomía y Arquitectura. La de Filosofía y Letras no ha parecido lógico ponerla a funcionar hasta tanto no terminen el Segundo Ciclo de Secundaria los primeros bachilleres especializados de esta rama.

En la ilustre Universidad de los Andes se han hecho igualmente todas las reformas compatibles con las posibilidades del Presupuesto y las naturales limitaciones del medio.

Por razones económicas no fue posible iniciar durante el año el funcionamiento de la Universidad del Zulia que con tan loable empeño han venido reclamando los hijos de esa valiosa porción de nuestra Patria. Por lo demás, no es ésta la oportunidad para plantear nuevamente el grave problema del financiamiento de la educación al que ya he aludido, y al que estrechamente se vincula la creación de la Universidad del Zulia, como también se vincula estrechamente a la cuestión, aún más elevada, de la política universitaria que convienes a un país de población y recursos materiales y científicos limitados, donde el Estado asume a la totalidad delos gastos de la Educación Superior; como es el caso de Venezuela; es decir, si es más conveniente esparcir; y por consiguiente empobrecer, en numerosas universidades, las capacidades científicas y materiales que poseemos, o por el contrario, concentrar y aumentar en consecuencia el aprovechamiento de esas mismas capacidades, en un gran centro de primer orden, cuyo acceso estuviera asegurado por medio de becas y otras formas de ayuda, a los jóvenes capaces de todas las regiones del país.

La Educación Artística que hoy es asignatura ordinaria en el Bachillerato, demostró los grandes progresos alcanzados en la ocasión de la última exposición de la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas, donde no solo se da una completa y rigurosa formación al artista puro, sino que también al través de variadas técnicas de aplicación se está poniendo la semilla vigorosa de la futura industria artística nacional, desde la juguetería y los tapices, hasta la cerámica y los vitrales.

El Despacho puede hablar con satisfacción de la obra de alta difusión cultural que viene realizando, como una contribución a la formación y reconocimiento del espíritu venezolano.

En el año de 1940 se dictaron. Patrocinadas y organizadas por el Ministerio,185 conferencias públicas, por conferencistas nacionales y extranjeros, sobre los más variados e interesantes temas.

Se realizaron, igualmente, siete exposiciones de Bellas Artes, entre las cuales, por su indudable valor para el progreso cultural, merecen mencionarse la de los cuadros de antiguos maestros y el Salón Anual de Arte Venezolano.

Fue inaugurado el Museo de Ciencias en el bellísimo local construido para él en el Parque de Los Caobos.

El Despacho ha continuado la publicación de sus tres revistas que tan excelente acogida han obtenido tanto en el interior del país como en el exterior: la Revista Nacional de Cultura; Educación, que es una revista especializada en temas pedagógicos y profesionales más interesantes para el maestro venezolano y Onza, Tigre y León, revista para niños, en gran parte escrita e ilustrada por niños.

La Biblioteca Venezolana de Cultura, creada para dar difusión y aportar a la luz de nuestras cuestiones el pensamiento de los grandes venezolanos de todas las épocas, el conocimiento de los libros fundamentales relacionados con Venezuela y otras obras generales de alto valor científico y literario, ha comenzado a llenar satisfactoriamente su programa. En su colección “Viajes y Naturaleza” ha publicado la insuperable y centenaria Geografía de Venezuela por Agustín Codazzi, en tres volúmenes, y el Viaje

de las Regiones equinocciales del Nuevo Continente por Alejandro de Humbolt, en cinco volúmenes con ilustraciones, que es la primera edición fiel en castellano y la primera vez en que el extraordinario y excitante panorama que de nuestra tierra hizo el gran naturalista ha sido puesto en todas las manos venezolanas capaces de utilizarlo. La colección "Antologías", comprende hasta hoy la Antología de Costumbristas Venezolanos del siglo XIX, la Antología de la Moderna Poesía Venezolana, en dos volúmenes. La colección "Clásicos Venezolanos" se ha iniciado con el volumen *Reflexiones sobre la ley de Libertad de Contratos de 1834 y otras obras* por Fermín Toro, que es casi un redescubrimiento nacional del gran pensador a quien González pudo llamar "el último venezolano"; y la "Colección Vargas" destinada a obras de ciencias biológicas ha comenzado también con un volumen del ilustre fisiólogo español Augusto Pi Suñer, titulado *Principio y Término de la Biología*.

No se ha limitado a esto solo la obra de la Biblioteca, sino que también ha editado un pequeño opúsculo de Pensamientos del Libertador y ha comenzado la difusión de la música nacional con los siguientes cuadernos: *Cancionero popular del niño venezolano*, *Diez canciones infantiles*, por V. E. Sojo, y *Primer cuaderno de canciones populares venezolanas*.

Al incremento de la educación física se le ha dado toda la importancia que merece en un país que por su naturaleza exige un fuerte y equilibrado desarrollo físico de sus hijos.

Se ha llevado a término el primer curso de Monitores de Educación Física. Se ha intensificado el deporte, escolar, habiéndose celebrado cinco campeonatos, y por el servicio de transporte escolar, especialmente

utilizado para reuniones deportivas y excursiones, se han transportado durante el año 456.794 alumnos.

Acto de alta transcendencia y verdadera coronación de esta labor fue la imponente y conmovedora parada de 8 mil escolares de Carayacas en rigurosa fonación gimnástica el 17 de diciembre en el Hipódromo Nacional como homenaje al Padre de la Patria en el aniversario de su muerte. Ninguno de los que asistieron a ese acto olvidará fácilmente la maravillosa visión de disciplina de los 8 mil escolares evolucionando a una sola voz de mando, ni los graciosos conjuntos de danza, ni la avasalladora fuerza emocional con la que millares de gargantas infantiles entonaron por primera vez la hermosa "Canción de la juventud venezolana".

Para concluir este recuento de la labor del año, a grandes rasgos, añadiré solamente que, durante él, se distribuyó material de enseñanza a los planteles educacionales por un valor de BS.882.537,80.

La labor educacional en el quinquenio 1936-1941

En su programa de Gobierno de febrero de 1936, el presidente López Contreras anunció: "La organización de la educación nacional, con el fin de poner a los diversos grupos de nuestro pueblo en condiciones de afrontar con suceso la lucha por la vida, y de nivelarnos con los pueblos más adelantados, es una de las tareas que el Gobierno considera como fundamentales". Esa tarea ha sido acometida con una amplitud y un alcance realmente excepcionales, y cuando pueda considerarse con la suficiente perspectiva histórica merecerá en justicia el aplauso de la posteridad.

No intentaré siquiera hacer el recuento completo de esa obra, pero sería imperdonable que en este transcendental momento de la vida pública de la

Nación, no señale someramente los rasgos más salientes y claros de esa labor.

Se ha hecho una profunda reforma e institucional y práctica de la Ley, de los sistemas, de las formas y del contenido de la educación venezolana. Se ha levantado el nivel moral e intelectual del magisterio por medio de una mejor formación en escuelas normales, selección rigurosa, estabilidad, y estímulos oportunos. Se ha creado la educación rural. Se ha comenzado a resolver el arduo problema de la edificación escolar, y fuera de los grandes edificios levantados en Caracas, Maracaibo, San Cristóbal, etc,, se han edificado locales para escuelas rurales.

Fundadas dese las más remotas épocas subsistían en el país para 1935, 2.161 escuelas primarias; en el quinquenio que expira este año han sido creadas, entre Federales, Estatales y Municipales 3.486 nuevas escuelas. Podríamos pues, decir sin hipérbole que durante el Gobierno del General López Contreras se han creado más escuelas que durante toda la existencia de la República.

Para 1936, de la población escolar, que según el censo alcanzaba 689.288 niños, solo estaban inscritos en las escuelas 137.126 o sea el 19,9%. Es decir, que década 100 niños venezolanos solo 20 tenían escuela. Para 1941, estimando razonablemente que la población ha llegado a 720 mil individuos, se ha computado la inscripción en 360 mil o sea el 50% de la población escolar. Es decir, que para hoy, después de cinco años, de cada 100 niños venezolanos 50 tienen escuela. Esta proporción no es solamente sin recedentes en nuestro país, sino que también es una de las más altas de los países iberoamericanos. Este progreso asegura un rápido y formidable descenso del índice de analfabetismo.

Para este año están en ejercicio 8.087 maestros en las escuelas primarias del país.

Para 1935 existían 3 escuelas normales con una inscripción de161 alumnos; para 1941 existen 19 planteles normales, con una inscripción de 1.138 alumnos.

Para 1935, en Educación Secundaria Federal, existían 3 liceos y 17 colegios con 188 cátedras remuneradas y 3.076 alumnos; en la actualidad funcionan 11 liceos y 17 colegios con 678 cátedras remuneradas y 5.762 alumnos. El número de inscritos, en el último quinquenio, en esta rama, es igual al que suman los 20 años anteriores.

Se ha creado el Instituto Pedagógico Nacional; nuevas escuelas universitarias, tales como las de Agronomía, Veterinaria, Ciencias Económicas y Sociales y Geología. La inscripción de estudiantes en nuestras dos universidades que alcanzó el número de1.532, ene 1935, para hoy llega a la magnitud de 2.605 estudiantes.

Para rematar estos daros sucintos señalaré por último que la suma de los Presupuestos de Educación del quinquenio es de Bs. 110.255.192, suma que solo es igual a la invertida por el mismo concepto en los 15 años anteriores.

Tal es en síntesis, la obra realizada. Obra de creación, de esfuerzo y de fe. Podemos decir que el problema educacional venezolano ha comenzado a resolverse a fondo, pero es menester que la acción no desmaye, que se haga cada día más luz sobre estas cuestiones, que pueda contarse con la cooperación de todos y que se garantice la continuidad de la labor realizada.

Séame permitido, para concluir, manifestar en esta solemne ocasión el noble empeño con que todos los servidores de la educación nacional, han cooperado en la obra del Presidente López Contreras, obra clara, eficaz y grande que merece la gratitud de todos los venezolanos.

Índice

Apéndice